



ASIA

ASIA

DE

ASIA

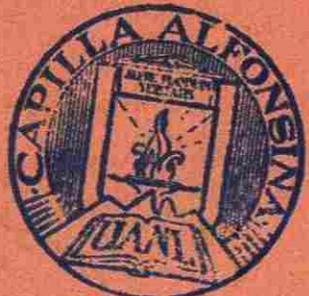
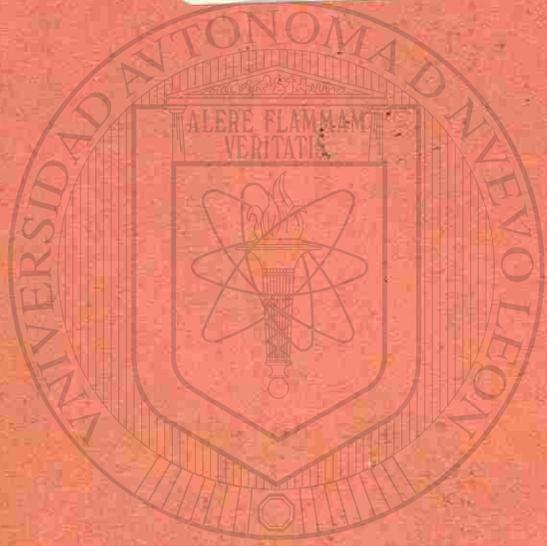
ASIA

ASIA

PQ4683

.A3

D68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DOS DRAMAS DE ESCUELA

POR

EDMUNDO DE AMICIS



Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adq. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catálogo _____

N
A516d
31052
-8-

29

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL ITALIANO

POR H. GINER DE LOS RÍOS

- 1.—1870-71.—*Recuerdos*, 3 pesetas.
- 2.—*La vida militar*.—*Bocetos*, (Primera serie), 3.
- 3.—*La vida militar*.—*Nuevos bocetos*, (2.^a serie), 3.
- 4.—*Páginas sueltas*, 3.
- 5.—*Retratos literarios*, 3.
- 6.—*España*, 3,50.
- 7.—*Efectos psicológicos del vino*. (Conferencia), 1.
- 8 y 9.—*Italia*. Dos tomos. 6.
- 10, 11 y 12.—*Los amigos*. Tres tomos, 9.
- Los amigos*, (nueva edición ilustrada), un tomo.
- 13.—*Poesías*, traducidas en verso castellano, 3,50.
- 14.—*Turín, Londres y París*, 2,50.
- 15.—*Impresiones de América*, acuarelas y dibujos, 3.
- 16.—*Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas*. (Con 4 fotograbados de Laporta), 3.
- 17.—*En el Océano*. Viaje a la Argentina (con una carta prólogo del autor y su retrato), 4.
- Constantinopla*. Dos tomos, 5.
- Novelas*. 3.
- Corazón (Cuore)*. Diario de un niño, con prólogo de Fernanflor, 3,50.
- Holanda* (En colab. con Muñiz Carro), 4.

Obras de Edmundo de Amicis.

DOS DRAMAS
DE ESCUELA

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS



MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores

10—CAMPOMANES—10

1892.

98015

31052

853

A.

PQ 4683

A3

D68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía Franco-Española, 26-Ballén-26.

ADVERTENCIA

El presente libro sale á luz traducido al español, antes que se publique en italiano.

De los trabajos que lo componen, uno es enteramente inédito, y debemos al autor la deferencia de que sea conocido en España antes que en Italia.



UN DRAMA EN LA ESCUELA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA maestra Faustina Galli se puso muy contenta cuando obtuvo el traslado de la sección de muchachos de la escuela de Norberto Rosa á la sección de niñas de la escuela de Saboya; bien porque en los municipios rurales casi siempre había enseñado á muchachas, ya porque en la escuela Dora, situada en un arrabal de gentes del pueblo, los padres de sus alumnos, eran, por lo general, braceros y verduleras con quienes tenía que bregar sin descanso.

Y no era que la maestra Galli despreciase al pueblo (á quien amaba por instinto y por sentimiento cristiano); sino que á los padres que entraban en la escuela con las manos metidas en los bolsillos, blasfemando porque se

había perdido una pluma; á las madres que venían á pedirle cuenta por haber impuesto un castigo, puestas en jarras y con frases de plazuela en los labios, no podía acomodarse su ánimo varonil pero delicado y aunque intrépido ante el peligro, agitado ante una villanía.

Además, las palabras soeces incorregibles de aquellos muchachos, nacidos, puede decirse, y crecidos en la calle; y más aún, el ver su obra educadora continuamente contrastada é inutilizada casi en absoluto por la mala voluntad ó el mal ejemplo de las familias, eran para ella un tormento que ya no podía soportar. Estuvo algún tiempo indecisa antes de solicitar salir de allí: luego, colmó la medida, la bribonada del hijo de una lavandera, que, á la salida de la escuela, para hacer que le entregase el vade que por castigo le recogiera, le había agarrado el sombrero, arrastrándolo por las dos cintas, á modo de carreta, por las escaleras llenas de lodo.



II

La nueva escuela de niñas, próxima al centro de la ciudad, con una población de ochocientas muchachas, la minoría del pueblo bajo, le agradó, al menos como espectáculo.

El salón de la planta baja á donde daban las puertas de ocho clases y la de la dirección, con los innumerables sombrerillos de todas formas y de todos colores colgados en las paredes en cuatro larguísimas filas, tenía el aire de una sala adornada para una fiesta. También el aspecto de sus alumnas de la sección 3.^a, con los delantales blancos, con aquella variedad de peinados, con trenzas, rizos, bucles, con los cabellos sueltos, con aquellos lazos y aquellas medias de todos matices, era bastante más gracioso que el que ofrecían sus antiguas clases de niñas en los pueblos.

Percibía en la escuela vago olor de finas esencias, de flores escondidas y de ropa lim-

pia, que le causaba tanta alegría, como la fragancia de un jardín.

Y divertiale el verlas llegar por la mañana á la escuela, unas correctamente enfiladas y otras en pelotón, llenando la calle; parecía que nunca acababan de pasar: cientos de muchachas entre los once años y los trece, con un palmo de cintura y un metro de piernas, enteramente rectas desde la infantil cabeza hasta los largos pies, semejantes á bastones vestidos; otras más pequeñas, pero de una precocidad de líneas curvas casi cómica, con las formas de una mujer reducida: en las cuales la naturaleza no debía hacer más que dar un empujón de abajo á arriba; señoritas casaderas, que llevaban la cartera con el brazo caído y con cierto abandono, como diciendo:—¡Fijense ustedes, que es el último año que la llevo!—y luego una muchedumbre de niñas de todas clases, vestidas y adornadas con las más extrañas invenciones é industrias caseras, con plumas estrafalarias en los sombreros, de alas desproporcionadas ó enteramente impropias, con sus nombres bordados como los rótulos de las cajas, al través de los delantales, con cinturones de terciopelo descolorido, con casaquillos hechos de tela de cortina ó de jerga; con borce-

guies, zapatitos, zuecos, botitas rusas; manguitos de piel de gato y calcetas agujereadas, sombreros de muchacho y capuchas monjiles, falditas de bailarina y sotanas de fanteche: una mezcla de lujo y de miseria; de pujos de soberbia y de nobles extravagancias, de monerías y de gracias minúsculas é ingenuas, que hacían sonreír con las lágrimas en los ojos á la maestra Galli.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
REGISTRADO
GENERAL DE BIBLIOTECAS



III

La directora procuró calmar su contento desde los primeros días. Era aquella una mujerona como de cuarenta y cinco años, una especie de sargento de la guardia civil, vestida con austeridad no exenta de elegancia, metida en un corsé que la tenía siempre derecha como en coraza de acero, con enorme sombrero negro empenachado de grandes plumas, que la asemejaban á un catafaleo.

Estaba profundísimamente persuadida de que no hay mujer alguna por cima de una directora de escuelas municipales, exceptuando, si acaso, á la reina de Italia. Tenía *bajo sus órdenes*, como solía ella decir, á diez y ocho maestras en la sección central, y catorce en dos escuelas anejas; y decíase, que todos los días al despertar y al irse á la cama, las contaba con la punta de los dedos llena de inefable complacencia. Era muy temida de las alumnas á quienes hacía entrar en

fila á sombrillazos, sin que nadie la hubiera visto jamás dedicarles una caricia; trataba con particular dureza á las madres jóvenes y guapas y era severísima, además, para los trajes de las maestras, á quienes no permitía ni colores demasiado vistosos, ni vestidos demasiado cortos, ni sombreros demasiado anchos, ni flores en el pelo, ni rizos, ni perfumes.

A las que llegaban con un minuto de retraso, enseñábase el reloj sin decir palabra.

Quería que todas, antes de salir, se presentasen á preguntarle, *si le ocurría algo*. No le sentaba bien que se recibieran cartas en la escuela, ni que fueran dando saltitos para andar, ni que saludasen apretando la mano á la inglesa. Su modo de mirar era como de quien está persuadido que tiene una gran potencia en los ojos; y hablaba con palabras escogidas y graves, haciendo una pausa en cada frase como para advertir la resonancia que debía hacer en el ánimo del oyente.

En cuanto á su cultura, nadie la podía conocer, por lo encubierta y protegida que siempre iba bajo la majestad; las maestras, sin embargo, decían que jamás leía un libro, porque estaba tan llena de sí misma que era imposible que ninguna idea ó conocimiento nuevo entrase en ella. La defendía admira-

blemente la conserje, una mujerona atlética y barbuda, con andar de pato; la cual sospechábase que le servía de espía, é infundía terror á todos. Si dos maestras se entretenían hablando, antes de entrar en clase, se plantaba al lado de ellas, con la calceta en la mano, mirándolas descaradamente. Decíase asimismo que la directora hacía vigilar á las maestras por los agentes de orden público. En suma, en todo el magisterio tenía fama, no inmerecida, de ser la más feroz comedora de maestritas de Turín.

No obstante, á la Galli le pareció que ella no había hecho tan mala impresión. Porque en realidad de verdad, reñía todas las condiciones que se requerían para caerle en gracia: tenía treinta y dos años, la edad media que la directora prefería, porque más jóvenes eran ligeras, y más entradas en años poco manejables: guapilla, pero sin llamar la atención por su hermosura, y vestida con modestia; sin tener á sus padres en la ciudad y por consiguiente más suya; buena en apariencia, pero de un carácter sostenido y firme, que sabría enfrenar la bondad, de la cual la directora desconfiaba. En el primer mes marcharon de perfecto acuerdo, sin que durante él se cruzaran entre ambas por ra-

zones del servicio más de veinte palabras.

Solamente alguna que otra vez que entraba llena de frío en la dirección, preguntaba:

—¿Me permite calentarme un poco los pies?

A lo que la directora contestaba:

—Sí, caliéntese.

O bien:

—¿Puedo sentarme un momento?

—Síéntese.

Otras veces le decía con gravedad:

—Vigile usted á tal muchacha: *hay mácula*.

Porque se ocupaba mucho de las cuatro ó cinco alumnas peores de cada clase y daba con ello á entender que, para este fin, contaba con un servicio secreto de policía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Y no se necesitaba nada menos para tener á raya á una familia de maestras de tan diverso temperamento y de ideas tan diferentes como eran las de la escuela de Saboya.

La que desde un principio inspiró mayor simpatía á la Galli fué la maestra Massi, de cincuenta años, casada con un maestro, cargada de hijos á quienes iba á acompañar y rocojer, atosigada, á escuelas é institutos; buena ama de gobierno aun con sus propias alumnas, á quienes explicaba cómo hacía los gastos, cómo cocinaba, cómo daba vuelta á los vestidos, cómo ahorra el céntimo; mordisqueando panecillos aun en la misma escuela, porque entre grandes y chicos no le dejaban tiempo para comer en casa; y siempre lo mismo, ahogada, mal peinada, todos los años en cinta y todos los días de buen humor, como si nunca cruzara por su mente un sólo pensamiento.

Le agradaba también á nuestra maestra, por el contraste, la Dorini, el tipo de la profesora que busca marido: no muy joven ya, sin ocuparse de otra cosa más que de trapos, y artista en los ratos de ocio; proveía á los gastos de lujo pintando flores en las cajas de dulces, llevaba á la escuela, el *Diario de la moda* y paquetes de cintas y de encajes, donde trabajaba por su cuenta; siempre que podía, hacía entrar el amor en los temas de composición, y todos los meses creía haber logrado inspirar á alguien una *pasión definitiva*, algo en parte por virtud de la lengua francesa, de la cual no dejaba de intercalar una palabra ó una frase á cada paso á despecho de toda la corte celestial.

Ésta, siempre en lucha con la directora á causa de los vestidos cortos, y fría con sus colegas mal vestidas, representaba la aristocracia de la moda.

Otro tipo digno de estudio era la Dechiari: representaba la aristocracia de la inteligencia y de la educación: una criatura paliducha, elegante, con gafas de oro y las pierneillas toreadas, oyente en la Universidad, orgullosa con su título de Historia y Literatura, más orgullosa todavía de haber estado tres años en Florencia; de tal modo, que no

leía los periódicos de Turín por no estropear la lengua, y orgullosísima con dar lecciones particulares á hijas de condesas y duquesas; las cuales altanerías por otra parte, no le impedían de ir recogiendo suscripciones para hacer imprimir un libro suyo de lectura. Todos los años armaba cuestiones con sus compañeras porque no quería niñas pobres en su escuela; y aun para dar á entender que era de familia rica, no iba á cobrar su sueldo más que cada seis meses.

Había también en la escuela de Saboya la maestra de "modelo antiguo", que en casi todas las secciones existe: una muchacha de unos treinta y cinco años, vestida de portera de monjas, con los cabellos lisos y el cuello alto, puntual como un cronómetro, que no hablaba de otra cosa más que de programas y reglamentos, que daba sus clases de idéntica manera hacía diez años, enemiga de novedades, seca con sus compañeras, imparcial con las alumnas, hablando como una gramática, y tan meticulosamente severa en materia de lengua que una vez había llegado á encontrar trece impropiedades en una página de Carlos Gozzi, que una muchacha le había presentado como suya. A esta le llamaban la *fastidiosa*.

La "Alegria", de la sección en cambio, era una hermosa y endiablada maestra napolitana, de blanquísimos dientes y voz vibrante, á quien la directora reprendía muchas veces por los cánticos que se le escapaban de la boca, aun estando en clase, y por la monería desenvuelta con que subía las escaleras á grandes saltos, sin cuidarse de lo que dejaba ver; lo cual "mal se avenía con la dignidad de una educadora."

Hacia contraste extraordinario con ella una maestra pequeña, de edad intermedia, religiosísima, que se había separado de su marido (decían) porque por distracción le había roto un crucifijo, y que, antes de los exámenes, daba á las niñas estampas de santos para que de noche las pusieran sobre el corazón y poder hacer bien sus trabajos; cuyas niñas se entretenían luego en atormentarla con preguntas falsamente ingenuas, que le hacían sonrojarse y balbucear como una culpable.

La más curiosa y original de todas era una denominada la *misteriosa*: una figura alta y extraña; siempre vestida de negro y con velo del mismo color: ésta, tenía la escuela á media luz, hablaba con voz profunda, agitando una vara larga, y no daba más que temas

tristes: servía de secretaria á la *Caja para las honras fúnebres de los maestros*, y contábase que era espiritista, y que tenía un cuarto tapizado de negro como una cámara mortuoria, en la que ninguna de sus compañeras había logrado penetrar; porque, apenas terminada la clase, desaparecía como una sombra y nadie sabía dónde iba ni en qué empleaba su vida.

Por último, había otra maestríta llamada Frosetti, de veinticinco años, gorda y chiquitina, redonda como una bola, con la cara de luna sonrosada, y un modo original de accionar que parecía como si continuamente estuviera palpando por todas partes un cuerpo esférico; tenía una habilidad maravillosa para imitar el semblante, la voz y los movimientos de cualquiera; tanto que, siempre que podían la rodeaban sus compañeras y se ponía á remedar á la directora, á la portera, á las mamás de las alumnas con una perfección que era un desternillarse de risa.

Estas constituían las maestras típicas.

Y como ocurre siempre, cada una de ellas trataba de formar á sus alumnas á su propia imagen y semejanza.

Las de la Dorini, tendían un poco á la ma-

bición y á las maneras afectadas; en la clase de la *misteriosa*, dominaba la huronería, la "maestra del antiguo régimen," fabricaba pequeños autómatas; las escolares de la *Dechiari* equivalían á una academia de marisabidillas; las de la beata se daban aires de santurronas; las muchachas de la *Frosetti* eran burlonas y se reían á escondidas del mundo entero.

Había además dos maestras jóvenes suplentes que hacían á la directora una corte humildísima, como á una soberana.

V

La maestra Galli sufrió pronto un desengaño en la escuela, reconociendo que las alumnas de la ciudad no son tan sumisas como las del campo; porque éstas la consideraban como á una señora, de condición superior á ellas, mientras que las de la ciudad en tal sentido, ó la trataban como á igual ó se consideraban superiores en mucho á ella misma.

Aparte de que se encontró con que las alumnas de la ciudad son más fingidas, é ingeniosas para inventar todo género de excusas á su negligencia y de malas artes para leer las lecciones á escondidas, más obstinadas en no confesar sus injusticias, más impacientes ante las censuras, y más decididas é irónicas en las respuestas. Entre ellas las había profundamente astutas, que la adulaban con admirable finura para obtener buenas notas; orgullosas, que antes que

sufrir el castigo de sentarse en un banco aparte, preferían ser enviadas con una portera á su casa; enemigas rabiosas que se ensuciaban los cuadernos, se quitaban las ligas, se rompían las plumas y los lapiceros, se metían debajo de los bancos y se mordían las piernas. Eran más distraídas que las del campo, ocupadas en un cambio continuo de ramitos, de chucherías, de sortijas y brazaletes de pocos cuartos, comerciando clandestinamente con álbums chiquitos, cartas, cuadernitos, en los cuales escribían gracias, pensamientos, noticias, cosas misteriosas.

No hablemos de la vanidad femenina, que á la maestra le tenia llena de estupor, porque llegaban hasta arrancarse unas á otras las plumas de los sombreros colocados en las perchas, cuando tenían que salir de la clase, y había entre ellas quien llevaba un espejito á la escuela, frasquitos de agua de olor, hierros para rizarse el pelo, peines para poderse dar un atusoncillo antes de salir. No era extraño asimismo que las sorprendiera disputando sobre asuntos ajenos á la escuela, como la pequeñez de los pies, la belleza comparada de las respectivas hermanas y los nuevos vestidos de la maestra Dorini y otras señoras. Y no era esto lo peor;

pues en los primeros días, ocurrió tener que arrancar de manos de una niña una carta escrita por un alumno de las escuelas elementales: lo cual le habría causado indignación si no hubiera tenido esto de cómico: que estaba firmada por *dos* amantes. Al cabo del primer mes tuvo que suprimir los ramitos de flores que casi todas llevaban en el pecho en determinados días, cuando venía un joven médico municipal á visitar todas las semanas la escuela, porque se propagaba en las muchachas una *conjuntivitis granulosa*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VI

Su ademán noble, la bondad justa y firme de sus actos, logró obtener mucho en poco tiempo. Por el lado de los padres sin embargo, no encontró tantas ventajas como esperaba en la nueva escuela, respecto de la que había dejado; porque si bien es cierto que la mayor parte era gente educada, entre los mal criados había cinco ó seis que valían por ciento. La más terrible era una mujer del pueblo, mujer, según decía, de un "ex empleado municipal," (había sido barrendero de la villa), una mujerona membruda y fornida, con los ojos bizcos, gran panza que acertaba por delante las faldas sucias, descubriéndose dos zapatos de hombre. Su marido era mozo de cuerda, cuando le convenía, y frecuentaba las tabernas; ella campaba con las limosnas de la parroquia, iba á velar los muertos, y ponía su mesita de caramelos y confites en las fiestas de los barrios bajos y de los inmediatos pueblos.

pues en los primeros días, ocurrió tener que arrancar de manos de una niña una carta escrita por un alumno de las escuelas elementales: lo cual le habría causado indignación si no hubiera tenido esto de cómico: que estaba firmada por *dos* amantes. Al cabo del primer mes tuvo que suprimir los ramitos de flores que casi todas llevaban en el pecho en determinados días, cuando venía un joven médico municipal á visitar todas las semanas la escuela, porque se propagaba en las muchachas una *conjuntivitis granulosa*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VI

Su ademán noble, la bondad justa y firme de sus actos, logró obtener mucho en poco tiempo. Por el lado de los padres sin embargo, no encontró tantas ventajas como esperaba en la nueva escuela, respecto de la que había dejado; porque si bien es cierto que la mayor parte era gente educada, entre los mal criados había cinco ó seis que valían por ciento. La más terrible era una mujer del pueblo, mujer, según decía, de un "ex empleado municipal," (había sido barrendero de la villa), una mujerona membruda y fornida, con los ojos bizcos, gran panza que acertaba por delante las faldas sucias, descubriéndose dos zapatos de hombre. Su marido era mozo de cuerda, cuando le convenía, y frecuentaba las tabernas; ella campaba con las limosnas de la parroquia, iba á velar los muertos, y ponía su mesita de caramelos y confites en las fiestas de los barrios bajos y de los inmediatos pueblos.

Ella se emborrachaba también, y cuando los dos volvían á casa calamocanos, se pisoteaban como bestias, amenazándose con cuchillos y gritando tanto, que necesitaban acudir los guardias. Tenían una sola hija, precisamente alumna de la Galli, y que algunas mañanas venía á la escuela pálida de terror por las escenas de mal género que había presenciado en casa, y agotada de cansancio por no haber podido pegar los ojos en toda la noche. Desde el principio la madre cobró odio á la maestra. Habiéndola maudado á llamar dos veces porque la niña había llegado á la escuela aterrorizada, le contestó mil impertinencias.

—Qué, ¿cree usted que tengo yo tiempo que perder?...

—¡No ha visto usted hoy, señorita, á su novio sin duda, cuando tan negro tiene el humor por la mañana!

Pero luego, atrayéndola por las buenas, la profesora, por lástima de la niña, se ponía aún más fastidiosa; se iba allí, dos ó tres veces por semana, pretendiendo que la Galli se estuviera oyéndola: refería, despidiendo subido olor á aguardiente, las batallas que había sostenido con su marido:

—Él me sujetó así, yo le tiré de los pelos

de este modo, él me pegó pif, y yo paf,—y todas las particularidades é incidentes del pugilato, vanagloriándose de su fuerza, tendiendo el brazo:

—¡Aquí tiene usted una barra de hierro!

La proeza más grande de su vida es haberse escapado de las garras de un guardia de orden público que la había detenido por escándalo nocturno. A pesar de esto, en sus ojos sanguinolentos, bajo la expresión torva y soñolienta, aparecían de vez en cuando ráfagas de una antigua bondad quemada por el alcohol. En esos momentos mostraba un grande amor hacia la niña (á quien de ordinario maltrataba á golpes), y la colmaba de caricias extremadas, que la dejaban asombrada y llena de desconfianza. La niña tenía nueve años y medio y una carita simpática; estaba estropeada y parecía medio estúpida á fuerza de golpes y de terror, guardando en la escuela la actitud de una mendiga que sabe que la toleran allí por compasión.



VII

Tenía sin embargo entre sus compañeras una amiga: una muchachilla de doce años, que el año anterior había pertenecido á la clase de la maestra Dorini, y se encontraba, á pesar de su edad, tan atrasada, á causa de una grave enfermedad que la había recluido en casa veinte meses, cuando estaba entre la primera superior y la segunda.

Se llamaba Julia Orveggi; desde el primer día había llamado la atención de la maestra por la palidez de su semblante de convaleciente, y por la melancolía de sus ojos que siempre la estaban mirando. Era su padre un antiguo empleado de Correos, que había dejado el servicio al cumplir los cincuenta años por enfermedad al corazón, y que casi todos los días, por la mañana y por la tarde, venía á traer y llevar á su hija. A la hora precisa, en medio de la muchedumbre de padres y criados que esperaban la salida de

las muchachas, siempre en el mismo sitio, á la izquierda de la puerta del salón, veíase aquella figura de empleado paciente y metódico, alto, algo encorvado, envejecido antes de tiempo, descuidado en el vestir, con cara benévola y honrada, en la cual había pintada una tristeza que jamás se desvanecía, ni siquiera con la sonrisa inexplicablemente afectuosa que brillaba en sus ojos al aparecer su hija.

En la actitud con que se ponía á buscarla entre las demás, yendo á su encuentro con los brazos tendidos y llevándosela en seguida, comprendíase bien que sentía por ella un cariño entrañable, y que no había para él otro afecto en el mundo; la niña, por su parte, correspondíale con igual ternura: no se sonreía más que al ver á su querido padre.

Saludaba éste á la maestra con profundo respeto, y cada tres ó cuatro días le pedía informes de su hija, con el sombrero en la mano, hablando con la voz un poco trémula de la gente buena y débil que ha sufrido mucho; y al oír que la niña era tranquila y atenta y que estudiaba, la miraba sonriendo, y cada mirada parecía una bendición.

Como nunca había visto más que al padre, la maestra creía que era viudo; pero un día la desengañó diciéndole que "su señora," iría á saludarla.

A los dos meses de haber comenzado la escuela, la señora no había parecido por allí todavía.

La Galli, sin embargo, no se sorprendió, porque sabía que varias madres no se dejaban ver en todo el año, enviando á pedir noticias á los criados, á los dependientes y aun á los ayudantes de la profesión de los maridos, y cuando las maestras les rogaban que fueran, por alguna falta grave de sus hijas, se excusaban por carta, pretextando que el tiempo estaba húmedo ó que era "día de recibir."

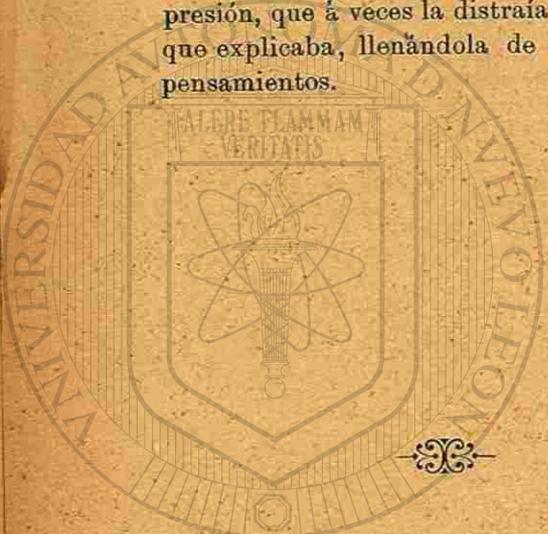
Chocábale en cambio mucho cómo iba vestida la muchacha, la cual llevando cosas buenas, conformes con el bienestar de la familia, mostraba señales evidentes del abandono de la madre; porque á veces llevaba un vestido de finísima lana y medias de algodón que rabiaban de verse juntos, un sombrero de terciopelo y zapatitos sin tacones, y debía ir mal abrigada interiormente, porque el frío la entumecía. Por estos y otros indicios sospechaba la maestra que la madre

no debía querer mucho á la niña, y la juzgó antes de verla.

Pero, ¿cómo era posible no querer á aquella criatura?

Era menuda, airosa, con la cabeza inclinada hacia un lado y plegada sobre el sutilísimo cuello con la gracia de una flor. Sus negros ojos tenían una fijeza y una penetración extraordinarias; su bondadosa mirada expresaba una melancolía de persona adulta, melancolía derivada no de la naturaleza misma, sino de una desgracia; y la expresión de su rostro, si bien ingénuo, dejaba entender que ella debía saber ó sospechar al menos, muchas cosas tristes de la vida. No demostraba su bondad, como otras muchachas de corazón expansivo, con besos y palabras ternezas, sino con el olvido de las muchas cosas pequeñas de mala índole, que en todas las escuelas hacen las perversas á las buenas, y las holgazanas á las que estudian; y lo perdonaba todo en seguida, compadeciendo afectuosamente á la que le hacía daño, y como si todas las ofensas fuesen nada comparadas con la causa, cualquiera que fuese, de su constante tristeza. La maestra nunca había visto en sus manos ni una flor, ni un lazo, ni ninguna de las cien bagatelas que

corrían en manos de las otras. La niña miraba siempre á la maestra con dulcísima expresión, que á veces la distraía de la lección que explicaba, llenándola de melancólicos pensamientos.



VIII

Sentábase en uno de los primeros bancos, junto á la hija del mozo de cuerda, en quien había puesto un especial afecto desde que una mañana llegó á la escuela trastornada, trémula, contando entre sollozos que su padre había vuelto á casa todo ensangrentado á causa de una herida recibida en riña. Su simpatía por la vecina databa sin embargo de años atrás, desde un invierno en que su madre había servido de *asistenta* en su casa para encender las estufas, y llevaba consigo á la niña para poder cerrar la bohardilla.

Acordábase de la pobre niña vestida de harapos, con quien la madre no le consentía jugar, y que se pasaba horas enteras inmóvil en un rincón del recibimiento, mirando con tímida curiosidad cuando se abría una puerta, los muebles bonitos y los cuadros de las habitaciones inmediatas; recordaba asimismo la gozosa avidez y la vergüenza juntamente

que pasaba al cojer de la alhacena lo que encontraba á mano para ofrecérselo sin que la vieran; y al calor de tales recuerdos, llenos de compasión, á los que se enlazaba la memoria de sus primeras tristezas de niña despreciada y abandonada, creció la amistad nueva.

Por esto mismo también la maestra Galli le tomó cariño. Fingía no ver los regalillos que su amiga le llevaba entregándoselos por debajo del banco, ni cuando le apuntaba la lección ó le recogía cariñosamente el pelo detrás de la oreja para consolarla de los terribles sobresaltos de la noche. La pobre niña, por su parte, á quien nadie quería y á quien sus compañeras despreciaban, mostraba por su amiga la gratitud y devoción humilde de una criada: la oprimía contra su cuerpo como á un perro friolero, mirándola llena de admiración; y muchas veces, durante la lección, procurando que no la vieran, le echaba el brazo por la cintura. Cuando salían en fila, siempre se ponía á su lado. Porque su índole era dulce: los sufrimientos la purificaban de la corrupción que le entraba por los ojos y por los oídos en la torpe compañía en que vivía.

IX

La niña Julia tenía también una enemiga declarada, María Vinini, hija de un ex oficial de caballería, viudo y disoluto, rubio y de hermosa figura, que frecuentemente venía á la escuela á observar con atención extraordinaria las botitas de las alumnas más crecidas y los contornos de las maestras más jóvenes; de la maestra Dorini especialmente, la cual no pasaba ni una vez siquiera por delante de él sin endilgarle alguna palabrita francesa. Esta María Vinini era "la belleza" de la clase, y un saco de vicios: una amalgama de todas las pésimas cualidades de sus peores compañeras. Tenía cara de virgen-cita con ojos de diablo; armoniosa la voz y chillona la risa; una blancura mármorea, y la soltura y los gestos vigorosos de una mujer.

Vestía con cierta elegancia algo llamativa, como hija de gentes del teatro, y en la escue-

la se ocupaba también más de su persona que de sus estudios. Estaba siempre apretándose cuando una mano cuando otra con el pañuelo retorcido ; para hacérselas pequeñas! se limpiaba los dientes con hojas de salvia, se perfumaba sin tino, y cuando venía el médico municipal, se mordía los labios hasta hacerse brotar sangre para que su boca apareciera roja. Tenía una soberbia de reina, no aceptaba en silencio ni siquiera las más corteses censuras. Porque un día la maestra le echó en cara lo mal escrito que estaba el trabajo de composición, al siguiente le presentó una página de palotes. Otra vez que la excitó para que modificase sus maneras le respondió con gran frescura lo siguiente:

— *Ya no se usa ser tan tímidas.*

A tal punto llegó su audacia, que aprovechándose de una momentánea ausencia de la maestra, se lanzó á cambiar en el libro-registro de las notas un cinco por un nueve, sin pensar en la contradicción que se producía con otros registros; y habiéndose descubierto el hecho, negó que hubiera sido ella con una obstinación y una falta de pudor, que causaba repugnancia. Cuando daba en perseguir á una compañera era despiadada.

La Galli la miraba en ocasiones como á

criatura misteriosa, preguntándose á si misma de qué podía nacer tanta perfidia en una muchacha hermosa, sana, de familia bien acomodada, tratada en su casa con grandísima indulgencia, y que parecía que no podía desear nada ni envidiar á nadie. Como si le faltase completamente la fibra del sentimiento, no daba la más mínima señal de emoción durante la más conmovedora lectura; su corazón no respondía más que al orgullo y á la ira.

Y Julia Orveggi, con su dulzura, la irritaba.

Le había cogido odio desde la primera vez que se vieron, como si hubiera reconocido en ella una enemiga natural.

No perdía ocasión de hacerle desaires y burlas, se motaba de ella por su amistad con la niña pobre; pedía permiso para salir sin más intención que ir á poner en su sombrero, colgado en la percha, cartas anónimas llenas de injurias:

“Eres una fea, mal vestida, amarilla, y no tienes apenas dos años de vida..”

Julia rasgaba las cartas, conteniendo el llanto, y todo lo perdonaba.

Así había pasado el primer trimestre de escuela. Un día, habiendo visto á la muchacha más pálida que de costumbre y con los ojos encendidos, la maestra la llamó mientras las demás iban saliendo, y cogiéndola por ambas manos, le dijo:

—Vamos, ven acá. ¿Qué tienes, Julia, que estás siempre tan triste? Tú eres buena: y los buenos deben estar contentos. Me hace daño verte constantemente de ese modo. ¿Por qué no me dices lo que te ocurre, si es un pesar que puedes comunicarme? Yo no soy sólo tu maestra, soy también tu amiga, una hermana para tí.

La muchacha la miró con inmensa gratitud y llena de tristeza, inclinó luego su cabeza sin decir una palabra, dando á entender que no callaba por desconfianza sino porque debía callar.

—De todos modos—repuso la maestra—

acuérdate siempre de que te quiero bien y que puedo consolarte y darte consejos. Y besándola en la frente, añadió:

—Vete, pobre niña.

Julia miró en derredor, y viendo que ya no había nadie, le echó los brazos al cuello en un arrebató de ternura, y le dió un beso en el cual la maestra sintió las sacudidas de un sollozo reprimido.

Luego salió corriendo.

Desde entonces, observó la Galli que siempre que la muchacha venía á la escuela más triste que de ordinario, también su padre, al ir á recogerla aparecía más afligido y más cansado que los demás días; y precisamente en tales casos iba en busca de su hija con afecto más vivo, casi con impetu, no contentándose con darle un beso en la cabeza, sino que al besarla se la cogía entre sus manos, y así la tenía un momento, con una expresión de apasionada gratitud, como si ella viniera á libertarle de grandes pesadumbres.

La Galli comprendió que una sola debía ser la causa de la aflicción de ambos: la madre sin duda. Y echaba de ver también que aquel amor paterno iba de día en día acrecentándose y convirtiéndose en adoración.

Ya, todos, tenía buen cuidado de acercarse

á ella no tanto para informarse de la muchacha cuanto para expresarle, más con los ojos que con las palabras, su gratitud por la benevolencia que ella le demostraba. Una mañana, después de oír las alabanzas de siempre, se quedó mirando fijamente á la maestra con los ojos húmedos y tristes, y le dijo de golpe y con desconsolado acento:

—Usted es buena.

La maestra se turbó algo, no sabía qué responder.

Y, para salir del paso, le preguntó distraídamente y mirando á otro lado:

—¿Usted quiere mucho á su hija, no es verdad?

El padre le contestó con voz apagada pero que la conmovió como un grito:

—¡Es mi vida!

La Galli le contó la amistad compasiva que Julia tenía á la hija del ganapán, y desde entonces él no dejaba de saludar á ésta con una sonrisa, acompañándola alguna vez con la mirada bondadosa cuando se alejaba por la calle.

Luego pasaron algunos días sin que se presentase; en su lugar venía una criadilla con cara de atrevida y con abundantes rizillos en la frente. La maestra preguntó á

la niña el motivo, contestándole ésta con desconsuelo:

—Papá está delicado.

Cuando volvió á buscarla parecía más envejecido.

A la madre jamás se le había visto por allí.

XI

La Galli no pudo resistir por más tiempo á la tentación de preguntar noticias sobre la madre á la maestra Dorini, que el año anterior había tenido en su escuela á la niña.

La interrogó precisamente en un ángulo de la sala de espera, una mañana, antes de la lección, mientras todas las demás maestras prolongaban la charla aprovechándose de la ausencia de la directora, que estaba visitando las sucursales.

—¿La señora Orveggi?—respondió la Dorini con su acostumbrada ligereza, mirándose como en un espejo en los cristales de la librería. —¿Cómo, no la conoces? Siempre está en movimiento. Es una señora hermosa ¡Y gasta un lujo! Pero tiene pésimo gusto. *Un goût abominable.*

Y siguió haciendo la crítica razonada, en forma de discurso, sobre su modo de vestir.

Sabía de memoria todos los vestidos de todas las señoras que veía y había visto en la escuela, y por ellos medía sus simpatías; feliz ella cuando con alguna de las más elegantes podía lograr familiaridad para *causer chiffons* con ella cinco minutos al día, á la entrada y á la salida. A la señora Orveggi, como á las otras, no la conocía más que por el traje. La última vez que la había visto, llevaba un vestido verde, que no le había gustado nada, nada, nada.

—¡Y eso que su modista es la Perichetti! Pero cuando no se tienen ojos, no se tienen ojos. *C'est de la peine perdue*, comprendes.

La Galli le preguntó si el año anterior la vió alguna vez en la sección.

Una sola vez la había visto en un año.

La maestra napolitana, que había oído la conversación, dijo, acercándose, con fina sonrisa:

—La señora Orveggi piensa en muy otras cosas que en la escuela.

La maestra Massi se agregó al grupo añadiendo:

—¡Eh! es una mala madre.

A la sazón avanzó la pequeña Frosetti, con sus redondeadas formas, y mientras la maestra devota, escandalizada por la ma-

ledicencia se echaba á un lado, dijo á la Galli:

—Tú la verás un día ú otro entrar en la escuela de esta manera...

Y se puso á imitar el paso corto de la señora, yendo de un lado para otro, y su modo de saludar á las personas después que habían ya pasado, volviendo la cara con los ojos entreabiertos, como si fuera á mirarse una araña que le corriera por el hombro. Era ella exactamente. Todas las maestras que la conocían soltaron una carcajada.

De pronto oyóse una voz desde fuera:

—¡La directora!

La Frosetti gritó:

—¡Sálvese el que pueda!

Todas echaron á correr, excepto la Galli, que se encaminó tranquilamente á su clase. La directora la alcanzó, sacó su reloj y le dijo:

—¡No sabe usted, señorita, que á esta hora debía usted estar ya en clase hace miuto y medio! — quedándose delante de ella, con el reloj en la mano, como si le estuviera proponiendo que se lo comprara.

No había contestación posible. La maestra se inclinó, bajando la vista, y siguió su camino confusa, mientras la directora entra-

ba en su despacho. De su confusión le sacó repentinamente un suceso inesperado. Delante de la puerta de su escuela estaba la señora Orveggi, con la niña, que la estaba aguardando.

XII

La maestra y la señora cambiaron una de esas miradas rápidas y profundas con que dos mujeres se ven y juzgan una á otra, en un segundo sobre el rostro, el vestido, el alma y el cuerpo, el presente y el pasado. En aquel momento un relámpago cruzó por la memoria de la maestra, la segunda visión instantánea de un carruaje que dos meses antes, un día de lluvia, le había obligado á detenerse un momento en una esquina de la Carrera del Rey Humberto, y en el cual había visto, al pasar, por la rendija de la cortina sacudida por el viento, una cabeza rubia de mujer con los ojos cerrados apretada contra una barba negra que se agitaba.—Es ella,—dijo para sí, sin duda alguna, y respondió con una inclinación de cabeza á su salud.

Era alta y rubia, con el rostro encendido, hermoso contorno ovalado, estropeado por una nariz demasiado larga, con ojos grises

clarísimos, que casi no dejaban ver las pupilas, y hombros varoniles. Iba vestida con suma elegancia, con una gran capa forrada de pieles de marta.

En la primera mirada corrió de una á otra el fluido de una instintiva antipatía.

—He venido — dijo la señora con amistoso desenfado, —á cumplir con mi deber. Un poco tarde, es verdad. Pero no por culpa mía. Cien veces he pensado venir y siempre me lo impidió alguna causa... La vida de sociedad ha llegado ya á ser una servidumbre de que no puede formarse idea. ¿Cómo va la chiquitina?

La maestra mirándola fijamente en los ojos, le dió en cuatro palabras los mejores informes, pero sin dar á su voz la más ligera entonación de amabilidad.

Ambas cosas: que la maestra no fijara su mirada sobre alguna particularidad de su vestido y que su acento no expresara más que una fría cortesía, desagradaron á la señora.

A pesar de ello contestó con buen talante:

—Me alegro mucho;—haciendo como distraída una caricia á su hija, de modo que con el movimiento del brazo se entreabriera

31052

UNIVERSIDAD DE INDIAS
BIBLIOTECA (UNIVERSITARIA)
"ALFONSO" 1000
1900 NONI

la capa y pudiera verse la piel.—Sin embargo—signió diciendo,—recomiendo á usted, señora maestra, las maneras de la niña que dejan mucho que desear. Ahora ha tomado también el vicio de tener la cabeza caída hacia un lado. Debe usted tratar de corregirla.—Su padre la acostumbra tan mal.—¡Julia... esos labios! Precisamente, tiene además la bonita costumbre de sacar los labios, que parece que está siempre muerta de sed. Añada á todo esto que ni siquiera sabe estornudar. La señora maestra debería precisamente ocuparse un poco también de estas cosas, porque en las muchachas quieren decir mucho, pero mucho más de lo que generalmente se cree.

La maestra le contestó que en efecto no lo olvidaría sonriéndose ligeramente y sin reparar en el grande imperdible bellissimo que la señora se ocupaba en arreglar con una mano. Luego añadió:

—¿En qué más puedo servirla? Siento mucho no poderme detener más, porque las niñas me esperan.

—¡Ah! ¡perdone usted!—exclamó la señora, sacando con gran rapidez un pequeñísimo reloj cuajado de perlas.—¡Le he hecho retrasarse! Volveré otro día, con su permiso.

Mas al decir esto, notó que la maestra habíase vuelto para mirar dentro de la escuela, y ni siquiera se había fijado en el reloj: una ráfaga de ira cruzó por sus ojos.

Así se separaron, cambiándose una inclinación ligera de cabeza, con los labios apretados.

La Galli había notado que durante el coloquio la muchacha había estado siempre con la cabeza baja, sin mirar á su madre, como si sufriera una penosa contrariedad en su presencia; y entró en la escuela turbada, como si en el semblante de aquella mujer hubiera leído en cinco minutos un libro entero, obscuro para ella en algunos puntos, en otros odioso, inmundado, extraño, espantable. A la salida comparó la imagen de la señora con el marido, presente á la sazón, que debía tener veinte años más que ella, y sintió por él gran lástima.

Habría querido no haber visto jamás á aquella mujer; y se consoló pensando que no volvería á presentarse probablemente en todo el año.



XIII

Lejos de ser así, dos días después, á la salida, vióla plantada á la derecha de la puerta del salón de espera, pomposamente vestida con un sombrero nuevo y otra capa distinta, que no cesaban de admirar los circunstantes.

Con la natural prontitud de intuición femenil, la maestra comprendió que aquella venida y aquel traje estaban dedicados á ella y determinó en un momento parar el golpe, atacando ella á su vez. Se puso á la izquierda de la fila doble de alumnas, y pasando por delante de la señora para salir, no la saludó más que en el último momento con una mirada recta y ágil, que apenas se encontró con sus ojos, fué desliziéndose sin detenerse en ninguna otra parte de su figura: como si no hubiese saludado á una persona, sino solamente á una cara. No fué tan rápido el movimiento que no alcanzase á ver

la expresión de despecho por el desencanto que ella sufría.

Después de este incident, nuestra profesora, segura de que la señora volvería á presentarse para intentar la revancha, fijó su plan defensivo, consistente en un manifiesto y constante desdén por todo lo que fuera vestido y ornamento de su enemigo; de modo que tuviera que reconocer al fin lo impotentes que eran las armas con que quería herirla, siendo ella la humillada en vez de la humilladora. Algunos años antes, no hubiera sido capaz de fraguar semejante propósito, con cierta maligna intención; pero la dura y varia experiencia de la maldad agena, habiéndole llevado á este primer grado, al que pueden arribar las buenas almas; y que en suma se reduce á gozarse en las rabietas de quien las odia.

Su previsión no salió fallida: volvió la señora, siempre vestida con gran pompa.

No era sólo por la maestra sin embargo: poco á poco fué tomando gusto en venir á la escuela donde una multitud de criadas, de niñas, de señoras ya entradas en años y modestas en el vestir, la rodeaban llenas de curiosidad admirativa, y acabó por ir casi todas las tardes, dejando al marido que vinie-

ra sólo por la mañana. Una de ellas la vió la maestra en alegre conversación con el ex oficial Vinini, padre de la sierpecilla Maria: debían haber trabado relaciones hacía ya algunos días. Estas distracciones no separaron á la señora del propósito de obligar á la maestra á que la admirase y la envidiase; á cuyo fin tentó todos los medios, incluso el de presentarse de improviso delante de ella ó cortarle el paso ó fingir que miraba á otra parte para volverse luego de repente y sorprender á traición su mirada. El enemigo estaba siempre en guardia y todo fué en vano.

Entonces llegó á irritarse y acudió á la lucha cuerpo á cuerpo.

XIV

Se presentó una tarde en la escuela de la Galli con un boa y un manguito deslumbradores, en el momento en que las muchachas entraban en los bancos: las cuales al verla aparecer, se volvieron todas á contemplarla comentando las novedades del traje con un vivo murmullo.

La maestra la recibió en pie, cerca de la mesa, primero mirándola á la cara—solamente á la cara—y luego volviendo los ojos hacia los bancos como para darle á entender que la escucharía, pero que continuaba vigilando á sus alumnas.

—Señorita,—le dijo en voz baja pero con firmeza—he venido á pedirle un favor.—Ya le he indicado otra vez, que mi hija no tiene ninguna distinción para presentarse... que le faltan aquellas maneras que su condición exige. Es la pura verdad. Se lo he recomendado á usted especialmente. A veces,

es cierto, hay causas... las compañías, por citar una de ellas, que influyen mucho. Ahora... sé, por ejemplo (y echó una rápida mirada al banco en que estaba su hija, con el semblante inquieto y los ojos bajos), sé que tiene á su lado en el banco y que mantiene con ella gran familiaridad, á una muchacha del pueblo, hija, según creo, de un mozo de cuerda. Yo no digo... será un ángel. Pero bien comprende que las niñas de esa condición no son las más apropiadas para enseñar buena crianza... por no decir otra cosa. Por esto, si no la molestara, le suplicaría que la cambiase de lugar. De este modo—concluyó mirando al banco—mi hija estará entre niñas... de su *rango*.

La maestra permaneció un momento en silencio. Luego contestó con exquisita cortesía, mirándose la palma de la mano:

—Lo comprendo. Una madre busca todas las maneras... Pero, mire, hay una dificultad. Como la alumna en cuestión no me da absolutamente el menor motivo por su conducta ejemplar en todos respectos, no tengo razón plausible alguna, como maestra, para quitarla de donde está. Por otra parte, le suplico que se fije en lo siguiente: si satisfago los deseos de usted, no tendría moti-

vo alguno para no satisfacer cualquiera exigencia análoga que las demás señoras pudieran hacerme; y entonces tendría que dividir mi clase en dos partes distintas: en la una poner á las señoritas y en la otra á las niñas pobres; cosa que sería, por no llamarla de otra manera, contraria manifiestamente al carácter y al fin de una escuela pública. Estoy segura de que usted me comprenderá y me perdonará.

La señora, no encontrando por el momento palabra alguna que oponer, se vió perdida, y le cruzó por la mente la tentación de salir del apuro, fingiendo reconocer el mal paso dado, con una franqueza cordial, que esperaba habría de causar buen efecto. La obstinación, sin embargo, de la maestra de mirar á todos lados menos á su vestido, le hizo rebosar la cólera.

—En ese caso —dijo,—si no quiere molestar á la hija del mozo de cuerda, le suplicaría que pusiera en otro sitio á la mía.

La maestra tragándose el amargo bocado, contestóle sumisa clavando sus ojos en la boca de su adversaria:

—Perdóneme usted, otra vez, señora. El inconveniente, para mí, no está en molestar más bien á una que á otra: está en separarlas

por una razón que no me parece justa, y que adivinándola como la adivinarán las demás alumnas, podría causarles perjuicio inmediato á ambas.

La señora se quedó mirándola, mordiéndose el labio inferior. Luego repuso:

—Quizá la directora tenga distinta opinión.

—No creo,—le contestó con sencillez la maestra.

—Si es así—añadió, acentuando sus palabras,—no me negará este favor el señor inspector á quien tengo el gusto de conocer personalmente.

—Esto ya no es de mi incumbencia, señora,—respondió la maestra inclinándose, para darle á entender que debía comenzar la lección.

Y la señora después de buscar inútilmente los ojos de la Galli para dirigirle la última mirada, salió con paso resuelto y haciendo gran ruido con el traje.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

A pesar de que habían hablado en voz baja, mientras las alumnas levantaban sus ligeros murmullos, la maestra sin embargo pudo advertir con dolor, que algo del diálogo traslucieron y que las dos muchachas en cuestión, ya que no las demás, habían comprendido el objeto de la visita. Y lo comprendieron aún mejor al día siguiente por la escena que tuvo lugar.

Por la mañana, al entrar en clase se presentó el padre Orveggi, con aspecto más tímido que nunca, con el aspecto avergonzado y doloroso del hombre honrado que va á llevar á cabo un acto contra su conciencia. Hizo penetrar á la niña en clase, detuvo á la maestra en el umbral de la puerta abierta, y después de recordar la petición de su mujer, y de añadir que estimaba en todo su valor las óptimas razones porque ella se negaba á ac-

ceder, balbuceando, dijo humildemente que había venido á repetir la *misma súplica*.

La maestra, que lejos de esto, esperaba de labios del padre algunas palabras de excusa, se quedó atónita, y le preguntó con dulzura:

—¿Pero cómo puede ser eso, si ha entendido mis razones...? ¿Cómo es posible que el señor Orveggi, tan buen padre y persona tan sensata, no se haya persuadido?

El padre nada dijo en el primer momento, mirando cuándo á un lado cuándo á otro, sumamente embarazado.

—Estoy persuadido,—dijo después.—Pero si yo le pidiese á usted que me hiciera ese favor... por la paz...

La maestra comprendió entonces todo lo que había ocurrido entre marido y mujer: la señora quería removerla de su actitud. Se le quedó mirando, y él huía la mirada: adivinó en seguida al hombre débil, en quien la dignidad del marido y todo género de varonil energía había muerto, excepto el amor de padre.

—Le aseguro á usted, señor Orveggi—añadió entonces con mayor dulzura, que no me he opuesto por presunción ó por malquerencia. He pensado en el asunto después. La niña es buenísima criatura, unida con cariño

á su hija: ha comprendido de lo que se trata, las demás también se han dado cuenta. Cambiarla de lugar sería para ella una humillación que no merece. ¡Si tuviésemos al menos la sombra sólo de un pretexto! Se lo aseguro, me remordería siempre la conciencia; sería faltar á mi dignidad. Quisiera darle gusto, pero no debo, no puedo hacerlo. Créame que lo siento de todas veras.

El padre estuvo perplejo, con la mirada baja; luego murmuró:

—Tiene usted razón. Perdóname. No hablemos más del asunto.

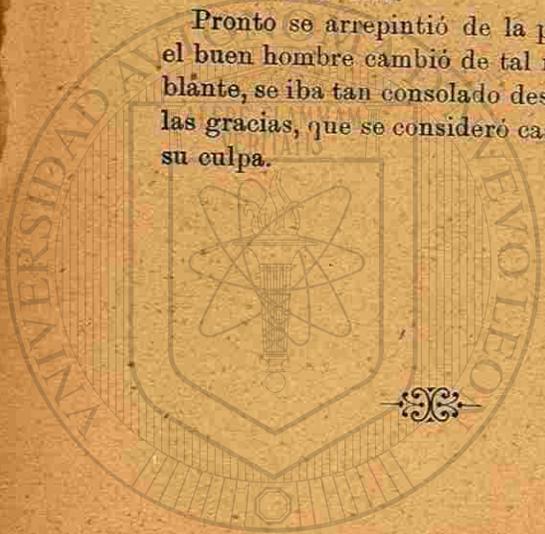
Pero, al decir esto, lanzó un suspiro tan triste, mostró tan abiertamente en el semblante el desaliento por la escena que en casa le esperaba, se encaminó hacia la puerta arrastrando los pies como un pobre hombre envejecido y envilecido por los continuos disgustos, que la maestra sintió por él profunda lástima, le llamó diciéndole con premura:

—Me ha venido á los mientes una idea. No lo puedo hacer en seguida porque no parezca que cedo á la presión. Esperaré la ocasión y cuando se cambien todos los bancos, porque hay que variar de sitio la estufa, podré complacerle.

Y después de una breve pausa, añadió para despedirle:

—Hasta la vista.

Pronto se arrepintió de la promesa; pero el buen hombre cambió de tal modo de semblante, se iba tan consolado después de darle las gracias, que se consideró casi absuelta de su culpa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

En la tarde siguiente y en las sucesivas la señora volvió á presentarse con el aire de quien ha alcanzado un medio triunfo y espera lograr la otra mitad; continuando sus coloquios, mientras estaba esperando, con el señor Vinini; hablando en voz baja y riéndose al parecer, de las caras feas de algunas alumnas y de los vestidos de ciertas maestras, con familiaridad que á muchos chocaba; entre otros, á la Dorini, que encontraba su conducta *de la dernière effronterie*, y á la directora, indignada por el escándalo y más aún, sorprendida de que no temblaban ambos con las miradas terribles que les dirigía.

Lejos de esto más bien parecía que se burlaban de ella como de la chiquita Vinini, que al acercarse á su padre, volvía la espalda con desprecio á la señora ó le lanzaba una mirada provocativa y cómica de rival. Sin embargo, aun cuando la conversación fuese ani-

mada, la señora, al aparecer la maestra Galli la cortaba para colocarse en la actitud más oportuna, bien para atraer sus ojos sobre sus propias elegancias, bien para recordarle con la mirada que estaba esperando siempre la satisfacción prometida. Y en efecto, pronto la tuvo, porque la ocasión se presentó, si bien no la que la maestra había previsto. Entró en la clase una alumna nueva, que cambiaba de "sección," por haberse mudado de casa la familia. Vino la madre á pedir, en presencia de las alumnas, á la Galli, que la colocara lo más cerca posible de la pizarra porque era miope.

No habiendo puesto disponible en ninguno de los dos bancos de delante y pareciéndole que la causa primera del cambio podía disimularse con la nueva necesidad, la maestra puso á la niña corta de vista en el sitio de la hija del mozo de cuerda, y mandó á ésta al único sitio vacante que había delante de la Vinini.

La hija de Orveggi se resignó; pero su amiga rompió á llorar, y tuvo tan honda pena todo el día, que la maestra, llena de compasión, estuvo á punto de volverla á su puesto, cambiando á otra en su lugar. Orveggi se lo quitó de la cabeza al día siguiente, sin más

que por la manera como le dió las gracias.

—Le estoy agradecido,—le dijo sencillamente, añadiendo con acento triste y con los ojos clavados en ella:—... y no tengo necesidad de decirle por qué.

Ciertamente no era necesario.

Luego, para inspirarle mayor lástima, aludió á su enfermedad del corazón. Tampoco esto era necesario.—Entre él y esta niña, á quien he hecho llorar,—pensó la maestra,—él es el más infeliz.—Y se consideró justificada, sin prever que bien pronto habría de sentirse apenada de las preferencias de su bondad.

XVII

A la mañana siguiente, al salir, apenas puso el pie fuera de la clase, vió venir á su encuentro á la mujer del mozo de cuerda, moviendo los hombros como un carretero y lanzando siniestras miradas en derredor. Llevaba el pañuelo de la cabeza terciado, los pelos enmarañados, los ojos despedían chispas, los labios caídos y un cardenal debajo de un ojo. No tuvo necesidad la maestra de sentir el tufo que despedía á licor para comprender que había bebido más que de ordinario y que venía de mano armada.

—Dígame, señora maestra—comenzó cruzando los brazos sobre el pecho,—son estas las escuelas de la ciudad ó qué cosa son? ¿A qué viene esa bribonada, que ayer fue la hija á casa enteramente desesperada porque la han cambiado de sitio, sin que exista motivo alguno; que daba compasión verla; qué

¿creen que mi hija va á ensuciar á las señoritas?

La maestra intentó hablar, indicándole que bajara la voz.

—No, no, no—contestó ella moviendo la cabeza,—esta es una ofensa que han querido hacerme, y sé muy bien lo que me digo. Eh, y no crea usted que lo dejaré pasar así. Quiero una satisfacción. Voy á ver al alcalde. ¿Qué tunantadas son estas de echar á un lado á los pobres como si fuéramos las barreduras? ¿Dígame, señora maestra, quién ha sido la que le ha obligado á hacerlo? ¿Es una bella señora que yo conozco? Dígamelo...

La maestra la interrumpió con un gesto de súplica. En aquel momento salía la pequeña Orveggi; su padre estaba en el fondo del salón de espera; la maestra le dijo apresuradamente:

—Vete en seguida con tu padre.

La niña echó á correr sin colocarse en fila.

La mujer comprendió sin embargo la estratagema.

—¡Oh! no tenga miedo—exclamó, volviéndose á mirar al padre que salía con su hija, sin haberla visto,—yo no tengo nada ni con la niña ni con el usía. Yo sé bien de

donde ha partido el golpe. Pero sepa usted que soy buena para arrancarle la careta delante de toda la escuela á esa señora, ¿lo sabe usted bien? Porque tengo con ella cuentas viejas que ajustar, ¡comprende! ¡Ah, falsa novia!—gruñó, blandiendo el puño hacia la puerta:—ha sido afortunada al no ocurrírsele venir hoy aquí! ¡Se conoce que me ha olido, ¡sí!...

La maestra quiso apaciguarla, buscando con ansiosos ojos á la directora. Mas ella siguió cada vez más excitada:

—¿Hacerme á mí tales desaires? ¿A una niña como la mía, á una criatura á cuyo lado tendría á mucha honra estar la hija de una princesa?

Su hija salía en aquel momento y al ver furiosa á su madre y á la maestra ansiosa, adivinando el motivo de la escena, arrepentida de haber hablado, se echó á llorar. Su madre se volvió y le dió un cachete, diciendo:

—¡Calla, tú, sin vergüenza! ¿Quizá con gimeos es como consigue uno que le den satisfacción á los insultos? ¡Porque yo quiero una satisfacción—repetía volviéndose á la maestra y alzando la voz; yo sé bien que la señora ha hecho que quiten de su sitio á mi

hija para hacerme un desprecio, la conozco bien; he servido en su casa cinco meses, y me ha despedido porque he descubierto sus feos enredos! ¡Y lo diré todo!

La maestra extraviada y pálida, trataba de empujarla hacia la puerta, suplicándole que callase, y diciéndole:

—Más tarde hablaremos solas, tened consideración á las niñas, no produzcaís escándalo...

Pero las muchachas que estaban cerca, ya lo habían oído, y la Vinini, allí presente, no perdía ni una palabra; las alumnas de las otras clases se habían parado en medio del salón; los padres y las criadas se aproximaban. Finalmente apareció la directora majestuosa y terrible.

—¿Cómo?—exclamó.—¿En éste lugar? ¡Qué audacia!—é hizo con ademán imperioso á las alumnas un gesto, que las dispersó como un bando de pájaros.

—¡Todos los sitios son buenos para exigir que le hagan á uno justicia!—replicó la mujer inflamándose á la vista del auditorio.—Digo que han hecho conmigo una porquería. Aquí no hay ni ricos ni pobres. Esa orgullosa es la que no quiere que mi hija esté al lado de la suya porque dice que la des-

honra. ¡Y no deja de tener gracia el que ella se ponga á hablar de deshonra con lo que todos saben! ¡No, no he de callar! ¡Cumpla usted con su deber, señora directora, en lugar de consentir estos embrollos!

La directora en un ímpetu de ira gritó:

—¡Esta mujer está ebria!

—¡Ebria lo estará usted!—contestó ella.

—¡Yo soy una mujer honrada!

—¡Que llamen á los guardias de orden público!

—No les tengo miedo, ya me escapé una vez de entre sus uñas. ¡Ah! ¡Esta es la justicia que se hace á los pobres! ¡Llamad á los guardias! ¡Yo me haré justicia con mis uñas!

Entre tanto, sin embargo, iba retrocediendo hacia la puerta, sacudida por los atléticos brazos de la portera, arrastrada por las criadas de servicio y empujada por su hija. A pesar de esto, seguía gritando y forcejeando por quitarse de la boca la mano de la portera que quería tapársela.

—¡Sí, es una que no tiene nada de bueno! ¡Y lo digo á la faz del mundo que en cada esquina tiene uno y hará reventar á disgustos á su marido! ¡Vaya un corazón de señora, que sin más ni más arroja á las honradas madres de familia! ¡Ah! ¡La tengo sen-

tada en la boca del estómago! ¡Y todavía venirme á insultar! ¡Yo le sacudiré el abrigo de terciopelo cualquier día!

Diciendo esto, la lanzaron á la calle, donde había una multitud de muchachas, entre las cuales estaba la Vinini con la criada.

Todavía desde la calle gritó:

—¡Y son estas las escuelas del pueblo!—
Luego se alejó, llevándose delante de ella á empellones á la hija.

Inmediatamente llamó la directora, todavía llena de indignación, á la Galli para que diera cuenta de lo ocurrido; ella esperaba un bufido; pero al contrario, le sorprendió ver que la directora se aquietaba de improviso, y hasta llegaba á serenarse oyendo que se trataba de la señora Orveggi: no desaprobó lo ejecutado por la maestra; la alabó por haber hecho de modo que la muchacha no oyese nada y la despidió con un gesto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO GARCÍA RIVERA"
Fondo. 1626 (MONTAÑANA, 1925)

XVIII

Cuando salió la Galli de la escuela, no había nadie en la calle. Pero apenas se había repuesto algo de la impresión cuando, al volver una esquina tuvo una sorpresa desagradable. Allí estaba la mujer del mozo de cuerda, sola, esperándola. La maestra, temiéndose un nuevo escándalo, intentó escurrirse; pero ella se acercó. Estaba completamente transformada; con los ojos enrojecidos: habiendo desahogado toda la ira, se produjo en ella uno de esos trastornos repentinos en el ánimo de los borrachos que les hacen llorar sin motivo para ello, como niños melancólicos. Saludó humildemente á la maestra, y siguió andando á su lado y hablándole febrilmente, con voz ronca y entrecortada, limpiándose á cada paso la boca con el dantal.

—Perdóneme, señora maestra; si, he ido demasiado allá, lo comprendo. Lo siento

mucho por usted. Pero debe saber que la señora después de haberme echado de la casa porque había descubierto sus enredos, ha ido diciendo luego á su marido que había robado ¿comprende? para quitarme el crédito, en el caso de que hubiera ido yo á soplarle algo: ahí está la portera que lo puede decir. Hacía ya tiempo que bullía dentro de mí, y uno ú otro día tenía que salir. Me figuro que habrá dicho que no quiere que su hija esté con la hija de una ladrona. ¡Madre santísima! aun cuando lo fuese, valdría todavía algo más que ella. ¡Bruja malvada, que no es otra cosa! ¡Ah! ¡He visto y oído tales cosas! No, no, déjeme decir. ¿No sería mejor que para atormentar de ese modo á un hombre se le rematara de un golpe? Pero si se las hacía delante de sus narices y negaba como una endemoniada. Luego: ¿que me enveneno, que me enveneno! ó abría la ventana para arrojarse á la calle, él creía al fin, y cedía. Todo por la niña ¿me entiende usted? porque ella amenazaba con llevársela de noche, y él, blanco como un muerto, le pedía perdón, poniéndose sus dos manos al pecho para que no le saltara el corazón. Eran escenas infernales, le digo á usted. ¡Y no tener alma para romperle el cráneo con

una silla! Así es que lo ha reducido á un andrajo poco á poco. ¡La niña! ¡La niña! Que no oiga, que no sepa nada la niña, y que pase todo; siempre la misma historia; figúrese, hasta untar á las criadas para que callasen. ¡Y esperaba á que ella estuviese fuera para tener á la niña en brazos horas enteras; y nada de acariciarla en presencia suya; le decía que no sabía educarla, que le hacía perder el respeto, echándole siempre un jarro de agua fría por la cabeza que se quedaba atontado. ¡Es una fiera! ¡Ni un vaso de vino me ha dado en cinco meses!

En este momento, al dar vuelta á un callejón, la maestra apresuró el paso para dejarla detrás; pero ella, animada por la curiosidad que la Galli no había sabido ocultar, siguió á su lado y continuó soltando cosas.

—¡Tanto lujo! ¿eh? y luego en casa, grandes ensaladas y mucha patata, y de tarde en tarde carne cocida por valor de dos reales. ¡No le bastaba hacer á medida de su antojo en su casa, y viene ahora á hacerse la omnipotente en la escuela! ¡Corazón de hiena! Decir que le hacía pasar las noches en blanco, disputando y royéndose de pena el corazón. Bien veía yo por la mañana que no se había desnudado. Ya se sabe, un viejo y

una joven, un entumecido y... una tunantona no salen buenos matrimonios. La hija no llegará á tener muchos años, yo se lo aseguro; morirá de pena apenas comprenda algo, si no lo ha comprendido ya. Vano empeño el de ese hombre en ocultarlo todo, lo saben á estas horas los más inmediatos y los más alejados, y ella cada día es peor. ¡Cuando se ha perdido la vergüenza!... ¡Dice que le beben las botellas de Marsala! Eran bocas con bigotes las que las dejaban secas cuando el padre y la niña iban á dar una vuelta por la Plaza de Armas. Palabra de honor: me daba compasión verlo algunos días. Es bueno como el pan; al ver qué feliz era los días en que ella era un poco más humana y le dejaba tener en sus rodillas á la niña... ¡Son cosas que encienden la sangre! No sólo los hombres son capaces de caer en una degradación tan extrema: las mujeres son más fieras.

La maestra intentó otra vez librarse de ella diciendo que tenía prisa de llegar á casa; pero la mujer la cogió por una manga, y la obligó á detener el paso, porque quería pedirle perdón.

—Créame, créame—le dijo con una efusión de ternura producida por un sacudi-

miento repentino de la embriaguez,—soy una mujer de oro, una buena madre, como hay pocas. Bebo algo... todas beben; pero por mi hija, ¡ah! por mi hija daría la vida. No niego que alguna vez le pego; pero es por su bien, porque si luego se casan, es preciso que tengan la piel ya endurecida. A mi hombre no sería capaz de causarle daño. Si me lo hace él á mi se lo devuelvo; y nos vamos á la cama una vez uno y otra vez otro con los huesos molidos; pero todo acaba aquí.

Luego se paró un momento.

—¡Ah, si la encontrase!—exclamó, cambiando de tono.—Por grande y gorda que esté, hubiera usted visto, cómo la hacía saltar sólo con este dedo, ¿lo ve usted? y aún había de sobrar.

En esto se detuvo de pronto, se quedó mirando fija á la maestra con los ojos centelleantes, y señalando á una tenducha de licorista que estaba al lado, le dijo con la sonrisa en los labios y la voz dulce:

—Si la señora maestra quisiese honrarme aceptando una gota de algo... es un sitio limpio... sólo una gota, por complacerme.

La maestra se excusó dándole las gracias y siguió adelante.

Y la mujer se quedó con el dedo índice en el aire, repitiendo una y otra vez:

—¡Sólo una gota!—hasta que aquella desapareció...

Y murmuró después:

—¡Ah, escrupulosa!—y entró en el tenducho.

XIX

El primer pensamiento de la maestra después de los sucesos de aquella mañana, era cerciorarse de que la muchacha no sabía nada.

Así fué por fortuna, ó así lo pareció al menos.

Volvió á la escuela melancólica, como siempre, y desmedrada; pero sin dar señal alguna, ni en aquel día ni después de nuevas amarguras; la señora por su parte, continuó dejándose ver con el mismo semblante que antes, ignorando el vituperio de que había sido objeto, siempre un brazo de mar, y atenta á la batalla de las miradas. Existía sin embargo, un grave peligro de parte de la Vinini, que había oído las injurias más gordas de la mujer y que desde aquella mañana parecía fraguar con alegría maligna un miserable propósito. La maestra advirtió la mirada extraña, llena de curiosidad inda-

gadora y profunda con que á la salida se quedaba mirando á la señora Orveggi que conversaba con su padre, y la sonrisa burlesca, con que la saludaba tan maliciosamente, que ella por su parte también se la quedaba mirando fijamente, hasta hacerla bajar los ojos. Un día la Galli entró en la escuela con tal oportunidad, que apenas si pudo cortar un diálogo peligroso que la dejó muy inquieta.

Sorprendió cerca de la puerta á la Vinini que preguntaba á la Orveggi, con una sonrisa aviesa:

—¿Tienes un pariente oficial de artillería?

Y la Orveggi encendida, pero sin comprender, le contestaba que no.

La maestra les mandó que se fueran á su sitio: la Vinini había visto en algún sitio, en paseo, á la señora Orveggi en compañía de un oficial. La pequeña sierpecilla entretanto se había propuesto atormentar á la hija del mczo de cuerda, que estaba en el banco de delante, para hacerle pagar el afecto que seguía demostrando como podía á su amiga, sonriéndose al mirarla, haciéndole señas, enviándole cartitas, poniéndose siempre á su lado á la salida. Y porque la víctima era paciente, ella se irritaba cada

vez más, y cada día extremaba más también la persecución. Al fin una mañana pasó ya el límite. Aprovechándose de la ausencia momentánea de su compañera, y de alguna confusión que se produjo en la clase, le cogió del banco el bastidor con un alfabeto pacientemente bordado, se lo deshizo á escape con un alfiler y lo volvió á colocar en su sitio.

Vuelve la muchacha, vé aquello y rompe á llorar, y sin vacilar acusa á su enemiga.

La maestra interrogó á la Vinini. Ésta se levantó, con su carilla de marmórea virgenita, y contestó tranquilamente:

—Yo no he sido. Esta miente.

Una exclamación de desprecio salió de uno de los primeros bancos. Era la Orveggi que lo había visto. Se levantó con el rostro encendido, y dijo con el acento irresistible de la sinceridad:

—Ella ha sido, yo la he visto.

—Mientes tú también, — respondió la Vinini, sin descomponerse.

La maestra cortó la disputa diciendo:

—Después de la clase iréis las tres conmigo al despacho de la directora.

Y reanudó la lección. Durante buena parte de ella la hija del mozo de cuerda si-

guió llorando, mientras la Orveggi temblaba de ira y la Vinini seguía sin inmutarse, con su hermosa cara blanca, como si nada hubiese ocurrido. Bajo aquella aparente tranquilidad tramaba, sin embargo, una venganza.

Al cabo de una hora le pareció á la maestra, que no la perdía de vista, que estaba escribiendo algo á escondidas. Cuando acabó de escribir siguió haciendo su costura con grande atención. Pero la maestra, experta en estas pequeñas venganzas escolárescas, tuvo una sospecha y vigiló con miradas rápidas á las ocho ó diez muchachas por cuyas manos debía pasar la carta para llegar á la niña Orveggi. Sin embargo no logró ver nada. Tenía que habérselas con una mascarita más lista que ella y que sabía interponer el tiempo conveniente entre la escritura y la expedición. Y en efecto, después de media hora de observación, no volvió á pensar más en ello.

Daban las once en el reloj del salón de espera cuando de repente un grito ahogado conmovió á toda la clase y se vió á la Orveggi ponerse en pie y volver á caer sentada sobre el banco, sollozando, con las manos en la cara, y luego abandonar un brazo y la

cabeza sobre la mesa, como si le hubiera dado un vahido. Todas las alumnas se pusieron en pie, la maestra acudió á levantar á la muchacha. Al levantarla vió que de sus manos caía una carta. La pobre niña se despertó bruscamente y se inclinó para recogerla; la Galli la había ya recogido y abierto.

La muchacha sollozaba desesperadamente. La maestra leyó en la carta:

“Cállate tú, que tu madre se va con todos.”

Llena de indignación, sus ojos se clavaron en la Vinini, que como las demás alumnas se había puesto en pie, fingiendo la misma curiosidad que todas, pero con el semblante ligeramente pálido.

—Es usted quien ha escrito esta infamia,—dijo la maestra señalándola con el dedo.

La Vinini, con ademán altanero, levantando la cabeza, contestó:

—Yo no he sido.

La Galli se encaminó apresurada á su mesa, buscó con furia en el legajo la última composición escrita de la Vinini, confrontó el carácter de letra y se sonrió amargamente.

—¡Que se levanten todas las que han transmitido la carta!

Nadie se levantó. Mas entre aquellas á

quienes no había quitado ojo antes del suceso, vió varias caras turbadas.

Fué preguntando á todas, una por una.

Comprendiendo que la cosa era grave por el semblante de la maestra, y que ésta estaba resuelta, todas confesaron, y la más inmediata á la Vinini declaró que había recibido la carta de ella. Todas juraron, sin embargo, que no habían leído el escrito.

—¡Maria Vinini!—dijo la maestra con trémula voz,—¿qué responde usted ahora?

Ella repitió friamente la misma respuesta:

—Yo no he sido.

Un prolongado murmullo de estupor corrió por la clase. Realmente esto era traspasar la línea de la sorprendente falta de pudor que todas reconocían en ella. La maestra replicó con un movimiento de profundo desprecio.

Luego salió rápidamente quedándose todas las alumnas silenciosas, con los ojos vueltos hacia la Vinini, que permanecía fría como una piedra. Cuando volvió con la directora, á quien había dado cuenta de todo lo ocurrido, todavía se mantenía el silencio, interrumpido tan sólo por los sollozos de Julia Orveggi.

La directora penetró con el semblante de las grandes ocasiones, con el papel en la

mano, con paso grave, y mirando á uno y otro lado lentamente y con solemnidad.

Se fijó primeramente en las dos muchachas, confrontó las escrituras, hizo repetir la confesión á las que habian ido pasando la carta, y después, volviéndose á la Vinini, que todavía permanecía en pie, dijo con estruendosa voz:

— ¡Confiese su culpa!

La muchacha tardó un segundo en recoger la voz con una contracción extraña de los labios que semejava á una sonrisa, y contestó:

— Yo no he sido.

Maestra, directora y alumnas se miraron unas á otras como para preguntarse si la Vinini se habria vuelto loca.

Luego la directora dijo imperiosamente, señalando á todas las alumnas interrogadas:

— ¡A la dirección!

La Vinini bajó del banco de un salto y salió la primera, la maestra cogió de la mano y llevó fuera á la Orveggi, que seguía llorando, con la cara tapada, y todas las demás las siguieron. La directora volvió sobre sus pasos y asomándose de pronto á la puerta, dijo:

— ¡Que desaparezcan las flores!

Habia visto á siete ú ocho alumnas que llevaban flores en el pecho.

Las flores desaparecieron todas en un momento como arrastradas por el vendaval.

Una vez en el despacho de la directora, ésta llamo á las suplentes y á la celadora, hizo que este pequeño pelotón se pusiera en semicírculo, colocó á su derecha á la culpable y á su izquierda á la Orveggi que se apretaba contra la maestra como si fuera una madre, se sentó en el sillón de brazos y comenzó el sermón. Para estas ocasiones tenía un repertorio de frases verdaderamente terribles y les daba color con ademanes y miradas que redoblaban su eficacia. Sin embargo de esto, le pareció á la maestra que por las ojeadas que ella daba, entre una frase y otra, á la carta, se diseñasen, como chispas fugaces de una complacencia secreta, producida por lo que en el suceso habia de deshonroso para una señora joven y hermosa.

— ¡Señorita! — dijo para terminar. — El hecho que usted ha llevado á cabo es horrible. Pero más horror que el hecho mismo, inspira la desvergüenza con que usted persiste en negar la culpa. Hay un precedente que explica la venganza, la escritura reconocidamente es de usted, las compañeras atesti-

guan contra usted, las pruebas son abrumadoras. Además de una villanía, el negar la verdad es una insensatez, una mentira estúpida é inútil, que agrava sobremanera su situación. Si no quiere sufrir tristísimas consecuencias, que pesarán sobre usted toda la vida, confiese la verdad.

La muchacha no despegó los labios.

La directora se puso en pie con toda su majestad.

—¡Sólo un minuto le doy á usted para responder!— dijo.

La muchacha tranquila, impasible, contestó:

—Yo no he sido.

La directora extendió la diestra, y dió un gran golpe con la mano abierta sobre la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó inmóvil como una estatua de la Justicia ultrajada. Las demás alumnas entretanto se apiñaban en torno de la Vinini, suplicándole, diciéndole por lo bajo:

—Confiesa.

—Habla de una vez.

—Sé buena.

—Confiesa, María.

La pobre Orveggi seguía pegada á la maestra, sin mostrar ni ira, ni odio en el sem-

blante bañado de lágrimas, sino solamente una tristeza infinita, una mezcla compasiva de vergüenza y de cansancio, casi semejante á una dolorosa soñolencia, de la cual venía á sacarla de cuando en cuando algún sollozo.

La Vinini no dijo palabra, y continuó con los ojos clavados en la ventana, con una expresión de terquedad invencible, sin que ni un músculo de su cara se moviera.

Era la primera vez que la directora encontraba una resistencia semejante á su propia autoridad. Y, sin embargo, no se produjo el estrépito que con tanto motivo era de esperar. En el fondo de sus ojos, existía, visible sólo para la maestra Galli, un reflejo ligerísimo de sonrisa. De todas maneras, era preciso salir de aquel apuro lo más pronto posible. De repente, como poseída por una idea, miró al reloj y dijo á la celadora:

—Vaya á dar la hora y cuando venga el señor Vinini, que tenga la bondad de entrar en el acto.

La niña Orveggi y la maestra hicieron á la vez un movimiento que la directora comprendió. Era preciso que el señor Orveggi, que debía llegar en aquellos momentos, no advirtiese nada. Así que ordenó á la Galli que llevase á Julia en busca de su padre, que

se despidiera de él á escape, y que le inventase algún pretexto para las lágrimas. La Galli le enjugó los ojos, salió con ella y volvió un minuto después seguida del señor Vinini, con el cual penetró también en la dirección la oleada sonora de las mil voces de las alumnas que salían.

El padre de la Vinini, á quien la maestra había hecho una ligera indicación del hecho en la misma puerta, entró con la elegante desenvoltura del hombre galante de cuarenta años, más bien fastidiado que sentido, en apariencia, por tener que representar el papel que le esperaba. Su cara roja de robusto *bon vivant*, á quien no preocupan los cuidados de la familia, más bien mostraba una cierta cómica sorpresa por esta nueva ocurrencia de su hija, que quizá por su parte, estudiaba con mayor curiosidad que pena, como un original femenino raro, de cuya belleza bien se comprendía que estaba ufano. Al verlo entrar, la hija no se turbó lo más mínimo.

La directora hizo con acicaladas palabras un breve resumen del proceso; luego dijo á la muchacha:

—Quiero pensar, que en presencia de su padre no se atreverá á negar...

—Ánimo, María,—dijo el padre, sin que su voz revelase la más mínima emoción.—¿Para qué negar? Dí la verdad, también yo te lo mando.

La muchacha en el primer momento dió señales mudas de irritación, mirando ya á unos, ya á otros; luego, dando fuertemente con un pie en el suelo, gritó:

—¡No, no y no! ¡No es verdad! ¡No confieso! ¡No he sido yo! ¡Jamás confesaré!

—¡Por última vez—exclamó la directora, poniéndose en pie, cansada é indignada también por la indiferencia del padre, que se retorcía los bigotes con ambas manos,—diga la verdad ó será expulsada de ésta y de todas las escuelas municipales, y nunca el arrepentimiento será bastante á borrar su deshonra!

La muchacha la interrumpió con una especie de rugido y arrancándose rápidamente un alfiler que tenía en el pecho:

—¡Si dice una palabra más—gritó,—me trago este alfiler!

E hizo un movimiento para metérselo en la boca; pero el padre, la cogió por el puño y el alfiler cayó al suelo.

Entonces le acometió un acceso de rabia, pateó, rechinó los dientes, dió puñetazos al aire, se arrojó al suelo, se revolvió, dando

patadas y rugiendo con tal furia que á todos los que estaban presentes les costó trabajo sujetarle los brazos y las piernas, y levantarla hasta clavarla en una silla donde se quedó inmóvil, mortecina y traspasada, con los dientes apretados, dirigiendo miradas feroces.

Por último, después de hacer otros dos ó tres estrépitos, abandonó la cabeza sobre el hombro, agotada.

En sus ojos no había ni siquiera una sola lágrima.

La poquísima compasión que en el corazón de la directora podía entrar por una futura mujer hermosa, festejada y cortejada, entró en aquel punto, ayudada á su vez por un indicio vago de arrepentimiento que apareció en los ojos de la muchacha.

— Intentemos una prueba más todavía— dijo entonces.— La culpable no querría confesar en presencia de todos nosotros. Nos saldremos un momento. Ella escribirá su confesión en un papel... Pero tenga en cuenta que después de esto ya no hay remisión. ¿Consiente en ello?

Al cabo de un momento, la muchacha indicó que sí.

Todos salieron.

La directora volvió en seguida, y viendo que la muchacha había escrito algo, la envió con su padre.

Luego tomó en sus manos el papel, leyendo con avidéz.

Había escrito esto:

“ He sido yo, pero tengo razón.”

XX

María Vinini fué expulsada de la escuela por ocho días. Después de comer, la niña Orveggi no vino. A la maestra no le sorprendió, pensando en el golpe que había sufrido por la mañana. Mas viendo que al día siguiente tampoco iba, comenzó á preocuparse.

Esperaba encontrarse á la salida con el padre, y con gran estupefacción suya vió venir á su encuentro á la señora en traje primaveral, con semblante risueño y amistoso. ¿Qué había pasado? ¿Era un cambio de táctica pensado, para obtener la admiración por buenas, inspirado por la ternura de algún nuevo amor y por el influjo de las primeras auras de Abril? ¿O era un acto de humillación espontánea que ella hacía, habiéndose oído algo del suceso, para salvar la reputación herida, á fuerza de cortesía?

Sea como fuere, la maestra se puso á la de-

fensiva, y recibéndola en medio del salón de espera, usó del consabido artificio de no apartar la mirada de los ojos de ella, más que para volverlos rápidamente á las paredes ó al techo, sin posarlos en sus galas.

Esto atenuó inmediatamente la buena disposición de ánimo, sincera ó fingida de la señora, y concurrió á producir ese mismo efecto, la observación que hizo ella por vez primera entonces, que la maestra tenía una boca pequeña, encendida, de una forma infantil, graciosísima. Así que con voz menos dulce ya de la que tenía preparada dijo, que la niña no había venido porque estaba un poco indispuesta, y que se quedaría también en casa el día siguiente. A ella y á su padre les había contado que se había sentido mal porque no había digerido el café con leche.

—Es un tierno angelito—añadió,—á quien una nada echa por tierra, viciada por las caricias del *papá*, y quizá también mimada por otros que marchitan á las niñas con una educación demasiado sentimental (como es la de los libros) y afectada. Dentro de dos días estará curada. No necesita más que tener un poco de ánimo.

—Me da usted una noticia consoladora—

contestó la maestra.—Su niña es una criatura adorable. No necesita sino que la quieran y no tener disgusto alguno.

—En cuanto á esto—replicó la señora—persuádase usted de que es *amada* (é imitó ligeramente el acento de la maestra) por todos. Debo también darle á usted gracias por el amor que siempre le ha demostrado. Es usted sumamente buena con ella. Alguna vez precisamente me pongo á pensar en todo el bien que ustedes hacen. ¡ Pobres señoras maestras! Siempre trabajando desde la mañana á la noche, en contacto con toda clase de gentes, pagadas como todos saben, sin alcanzar siquiera la estimación que les es debida, á veces calumniadas, humilladas...

La Galli sintió en lo vivo el lancetazo; no era la vez primera que la madre de una alumna le daba un alfilerazo bajo el manto de la conmiseración. Ella le contestó pronto.

—La conciencia honrada recompensa todo. *Usted lo sabe bien.*

—No puedo saberlo como usted—repuso la señora—que *ni siquiera* debe haber tenido la conciencia *en peligro.*

—¡Oh! por Dios, no diga tal cosa—replicó á su vez la maestra—porque *yo*, todavía soy capaz de sonrojarme.

Y continuando ambas con forzada sonrisa, se cruzaron las miradas como dos espadas.

Una y otra comprendieron bien sin embargo, que si hubiesen dado un paso más adelante, hubieran tenido que arrojar la máscara á un lado y herirse de muerte. Así que se hicieron una reverencia y se separaron, diciéndose:

—Hasta que tenga la honra de volver á ver á usted, señora.

—La honra será mía — señorita.

Y con acento tal, que de una parte revelaba un odio y de otra un desprecio, tan duros como la vida.



XXI

La maestra, á pesar de esto, respiró; porque del tono altanero de la señora le parecía poder inducir con certidumbre que ni ella, ni su marido por consiguiente, habían sabido nada de lo ocurrido; que era lo que sobre todo le interesaba. Poco duró, sin embargo, su tranquilidad. Aquel mismo día por varias señales pudo colegir que las palabras escritas en la carta no eran ya un secreto; que á lo menos una de las alumnas que había transmitido el papel, las leyó sin duda, y las repasó después de haberse borrado el primer efecto de terror que la directora produjo.

Al salir de la escuela pudo recoger al vuelo también algo como el eco suyo en las conversaciones de las gentes de servicio; una suplente dijo que las había oído repetir á una alumna de la sección cuarta. Este descubrimiento la anonadó, temiendo que la noticia llegara por cualquier conducto al se-

ñor Orveggi, no tanto por el dolor que experimentaría al saber que su deshonra se había hecho pública de aquella manera, pues que á esto debía ya de estar resignado; sino por el golpe mortal que le causaría la vergüenza y la pena de su hija. A los dos días el temor se convirtió en certeza, cuando al salir de la escuela vió cruzar desde la otra acera al señor Orveggi pálido y descompuesto, con la mirada fija, que la estaba esperando.

Sus primeras palabras la desengañaron. Era algo peor.

Estaba tan alterado que le hizo señas á la maestra para que se acercara, sin saludarla. Y con trémula voz, moviendo la cabeza, le dijo apresuradamente:

—Está muy mal, está muy mal.

—¿Cómo?—preguntó con afán la maestra.—¿La niña? ¿Pues sí la esperaba mañana en la escuela? ¿Está muy mal?

El repitió con aire desolado, echando á andar:

—Está mal, muy mal, está muy mal. Veniga usted conmigo.

Y notando la vacilación de la maestra, añadió con timidez:

—Estaremos solos.

La maestra le siguió, interrogando.

—No se sabe, no se comprende— respondió balbuceando— un médico dice una cosa, otro dice otra. Está muy mal.

Y siguió apretando el paso, inseguro, con la mirada en tierra, respirando corto.

La maestra repitió las preguntas con creciente inquietud.

—Pero no está grave, ¿verdad? ¿Cuándo se ha agravado? ¿Habla? ¿Está tranquila? ¿Cómo ha ocurrido?

—Habla—contestó siempre á escape,—está tranquila. Quizá tiene demasiada presencia de ánimo. Pero, está mal, muy mal.

Y sin decir más, dando vuelta á la carrera de Goito, en pocos pasos llegaron á la Casa y enfilaron la escalera; primero Orveggi, agarrándose al pasamano.



XXII

Les abrió la muchacha de cara audaz, con su franja de rizitos en la frente.

La inquietud no privó á la maestra de reconocer, en cuatro ojeadas, al atravesar las habitaciones, la casa donde el marido no es nada y la señora lo es todo, porque no había ni orden ni comodidad en ninguna parte, y en todo se veía la elegancia y la vanidad. Al llegar al fondo de un pasillo, vió por la rendija de una puerta, en un cuartito desnudo, semejante más que á una alcoba á una despensa, una camita que no podía ser de nadie más que de la niña, y creyendo que estaría allí hizo por entrar. Pero el padre le señaló en el acto otra puerta, diciéndole:

—La niña está aquí.

Y la maestra comprendió en seguida, que á causa de la enfermedad, el pobre hombre había conseguido que su hija se trasladara

de aquel indecente tugurio á su habitación.

La Maestra entró primero y corrió al lecho en donde la niña le tendía los brazos desnudos.

La besó con ternura, y al levantar la cabeza para mirarla se sintió consolada. Estaba algo más pálida que de costumbre: la grata emoción que le produjo el volver á ver á su maestra le había avivado algo los colores.

Pero en el fondo de sus ojos se veía siempre la inmensa amargura de aquella mañana malhadada. La maestra comprendió en el primer momento que la enfermedad venía de allí, que el golpe había sido demasiado fuerte para aquel cuerpecillo débil, el cual quizá hacía tiempo ya, llevaba el mal en germen. Sus hermosos ojos parecían más intensamente negros en medio de la blancura de las almohadas en que estaba hundida su cabeza. La habitación, perfumada de manzanilla, estaba clara y por la ventana del fondo, cerrada solamente con una hoja de la persiana, se veía el verde alegre de los árboles de la carrera de Goito, que venía á acrecentar la particular tristeza que dá el ver á un niño enfermo en la primavera.

El padre permaneció, derecho al pie de la

cama, mirando con ojo escrutador cuándo á la niña, cuándo á la maestra: ésta estaba de pie en la cabecera, con una mano de la niña, que ardía, entre las suyas.

A las primeras preguntas sobre su salud, respondió que estaba mejor, y siguió mirando á la maestra con ojos tristes y dulces en silencio.

De lo que había pasado nada podría decir, y en presencia del padre no hubiera podido hablar tampoco de otras cosas. En sus inmóviles pupilas sin embargo, se veía expresado todo con una tal claridad que á la Galli le parecía ver que sus labios se movían y que oía sus palabras.—No, maestra, no estoy mejor. Bien está así. ¿Qué tengo yo que hacer en el mundo? Sólo había de encontrar más disgustos y más humillaciones, bien lo sé. Mi padre, enfermo é infeliz, me abandonaría al cabo de pocos años y me quedaría aún peor que sola. ¡Estoy tan cansada de sufrir ya! ¡He sufrido tanto desde que comencé á comprender..., y he comprendido tan pronto! No ser amada una por su madre es triste; pero infinitamente más triste es ver torturado, envilecido por ella al padre que vive por mí y es toda mi vida. ¡Oh, maestra, qué martirios, qué vergüenzas he visto y adivi-

nado! Disputas, iras, llantos, frías persecuciones y feroces y horribles palabras, continuamente, en presencia mía, á la mesa, cerca de mi lecho, de noche, en los días más hermosos y más santos. Los sollozos de mi padre me han desgarrado el alma, y más aún sus prolongados silencios, desesperados, de días y días; y todavía más su dulce resignación de los últimos años, cuando toda su alma se refugió en mi corazón. ¡No, jamás ha habido niña hambrienta, golpeada, forzada á mendigar que haya sufrido y temblado tanto como yo! ¡Oh, pobre padre mío! ¡Cuánto ha padecido por mi causa! ¡Y cuántos dolores no he pasado yo también, fingiendo tanto tiempo que nada comprendía, para librarle de lo que hubiera sido para él la más profunda de sus amarguras!... Pero siendo mayor, ya no podría fingir... y por esto mejor es que me vaya. Cuando yo ya no exista, pasado el primer dolor, podrá irse á vivir solo en paz, pensando en mí. Yo me voy con el consuelo de este pensamiento, y llevo en el corazón con el nombre suyo, el de usted, maestra mía, mi buena amiga, mi buena madre de mis últimos días... En este punto, dijo en voz alta, sonriendo y mirando á su padre:

—Estoy mejor, maestra. ¡Oh, pronto he de volver á la escuela!

Un soplo del viento sacudió en aquel instante los árboles, la hoja de la persiana se abrió dejando paso á un rayo de sol; la corneta de los cazadores de infantería que pasaban por la calle resonó en el mismo momento.

El padre recordó la viva alegría que se había apoderado de la niña años atrás, la primera vez que había oído aquella música desde la nueva casa. Ocurren en las enfermedades de las personas queridas momentos tales, en los que una palabra alegre, una oleada de luz ó de perfumado aire ó el sonido de un cántico lejano, despiertan la esperanza como una llama repentina. El padre se inclinó sobre el lecho y cogiendo por encima de la colcha los piecitos de su hija, los besó muchas veces, apretándolos contra sus mejillas, ansioso, entre la alegría y los sollozos, con el abandono de un niño. Y la maestra observó con profunda lástima su cabeza calva y surcada de venas, é imaginósela abandonada de aquel modo en el regazo de su mujer, cuando ésta lo dominaba aún por el amor, antes de tenerle esclavo por medio de la niña... ¡Ay de mí! Cuando la niña se

había hecho ya mayor, y él habría podido romper el yugo, su fibra viril estaba consumida, no era más que un paralítico del alma condenado á morir en su puesto.

Un campanillazo le hizo alzar repentinamente la cabeza, inquieto y casi amedrentado.

La hija le tranquilizó con una seña, que debía querer decir:

—No puede ser todavía mamá.

Sin embargo él salió.

Y entonces la niña se incorporó algo apoyándose sobre un codo, y mirando hacia la puerta para asegurarse de que su padre había salido, preguntó á la maestra con suavísimo acento de súplica:

—¿Se acordará *después* de mí?

No era más que la expresión de un pensamiento que la maestra había adivinado, mas que le traspasó el alma.

—¡Oh! Julia, ¿pero qué tonterías?... ¿qué dices—le replicó cojiendo su cabecita entre las manos,— qué dices alma hermosa y adorada? ¿Qué pensamientos cruzan por tu cabeza? Tú volverás á la escuela la próxima semana, yo te espero, y quiero que vaya pronto mi Julia. ¡No puedo decir diez palabras sin mirar tu sitio vacío y creo estar

viéndote siempre allí, con tus hermosos ojos negros y buenos; y explico para tí, como cuando estabas allá, porque no podría dar clase sin tí, que eres mi niña más querida y te quiero como si fuese tu madre!

La niña la miró con expresión de infinita gratitud, y le hizo acariciar con la mano su mejilla. Luego dijo tristemente:

—Y sin embargo... no volveré más.

Añadiendo en seguida con voz más fuerte mirando á la puerta:

—Estoy mucho mejor.

Su padre volvía tranquilizado.

La hija le sonreía; pero bien se comprendía que había vuelto demasiado pronto y que hubiera querido decir alguna cosa más.

La maestra creyó interpretar su pensamiento y, esforzándose por dar firmeza á su propia voz, le preguntó:

—¿Me dejará volver, no es verdad?

La hija y el padre se miraron con cierta incertidumbre y pesar, como para decirse que la cosa no sería tan fácil. Respondieron sin embargo que sí, los dos; pero la Galli comprendió que aquella visita sería quizá la primera y la última juntamente.

—¿Y Georgina?—preguntó la enferma con melancólica sonrisa. Georgina era su

protegida, la hija del mozo de cuerda.

—Georgina está apenada — contestó la maestra, — te espera; se pondrá contentísima al saber que estás mejor y que te has acordado de ella.

—¡Cuánto me alegraría verla! — Y dijo esto como quien expresa el deseo de algo imposible de alcanzar.

La maestra hubiera querido decir más, pero viendo que el padre se acercaba á la ventana y que miraba el reloj á hurtadillas, comprendió que debía marcharse.

La niña, aprovechándose de aquel momento, le echó el brazo derecho al cuello y cogiéndole una mano con su izquierda murmuró:

—¡Gracias, señora maestra, gracias!

La Galli sintió que le ponía algo entre los dedos, lo apretó y lo echó á su bolsillo furtivamente.

El padre volvió á acercarse.

—Todavía tengo que decir una palabra á mi maestra — le dijo la niña, añadiendo sonriente: — pero esto es un secreto entre nosotras.

Y abrazándola nuevamente, murmuró á su oído con la suavidad de un ángel:

—Perdono á todos.

La maestra se estremeció como si hubiera sentido el frío de un sepulcro.

—Salude á Georgina — le dijo en alta voz la niña, sin quitarle el brazo del cuello. — ¡Hasta la vista! — Y más bajo, como un soplo: — ¡Adiós!

La Galli la besó con desesperación, ahogando los sollozos, y salió como una loca, sin ver nada, tropezando en su propio vestido, tocando las paredes para saber dónde estaba. Por fortuna el recibimiento estaba obscuro, Orveggi no la vió, y ella tuvo aún fuerza para decirle:

—¡Tenga valor, está mejor! — mientras le besaba la mano el pobre dándole gracias.

Apenas estuvo en la escalera, sacó el objeto que le había puesto en la mano... y entonces el sollozo contenido estalló: era ya el recuerdo de una muerta: un mechón de cabellos.

Al día siguiente la muchacha estaba mejor; pero pasados dos días se precipitó el mal.

Al salir una tarde de la escuela, la maestra sintió glacial escalofrío al oír que desde la mañana no había esperanza alguna de salvación. Se encaminó casi á la carrera á la casa; — á los pocos pasos se detuvo ante el

pensamiento de encontrarse frente á la señora;—pero el amor y la piedad la empujaron hacia adelante con impetu. Una vez en el portal, se asomó á la ventana de la portería, y preguntó:

—¿La niña Orveggi?

La portera que estaba revolviendo sus patatas, volvió la cabeza, sin dejar de revolver en la sartén, y contestó con una parsimonia que parecía anuncio de buenas noticias:

—Hace pocos minutos, cuando subí á ver, había muerto.

La maestra lanzó un grito y subió las escaleras volando. Halló la puerta abierta, titubeó un momento, luego se lanzó adentro. En el recibimiento no había nadie. Entró de puntillas en el comedor: nadie. Pero en el momento que entraba, oyó en la habitación de más allá gritos que la helaron la sangre en las venas, y la clavaron aterrorizada en el umbral: de esos gritos tremendos que resuenan luego toda la vida en el corazón como una revelación de abismos de dolor que el pensamiento no ha sondeado antes; y entre alarido y alarido, sollozos que parten del alma y los más desoladores gemidos que jamás haya arrancado la desesperación, de las entrañas del hombre; y juntamente con las

violentas sacudidas, un ruido de pasos y de voces de hombres y de mujeres:

—¡Usted, doctor!

—¡Por aquí!

—¡Oh, Dios bendito!

—Despachad.

La maestra turbada, sofocada por la angustia y el terror, impotente para avanzar ó para huir, miró en torno suyo desvanecida en busca de un apoyo, y vió como detrás de un velo obscuro que se movía, sillas derribadas, un candelero hecho pedazos por el suelo, la cortina de una puerta arrancada, toda la habitación en desorden. De repente, por la puerta de enfrente salió corriendo la muchacha, pálida, con ropa en la mano, y al ver á la maestra:

—¡Ah, que desgracia! — exclamó. — ¡La niña ha muerto y el señor ha intentado suicidarse!

Sólo entonces, vió la maestra el pavimento y los muebles ensangrentados y un chorro de sangre en la pared, con cabellos blancos pegados á la tapicería; y ante este espectáculo, perdió el sentido.



XXIII

Cuando volvió á la escuela después de tres días de cama, al entrar en el salón de espera, todas las maestras la rodearon abrumándola á preguntas; ella no tenía fuerza para contestar ni una palabra y les suplicó por señas que la dejaran. Ni siquiera osó preguntar por el señor Orveggi, de quien no había vuelto á saber nada; pero que no había muerto. La suplente que fué en lugar de ella en el cortejo fúnebre de la niña, con parte de las alumnas, le dijo que estaba en vías de curación de las dos heridas que se había hecho, una en la frente, al tratar de destrozarse la cabeza contra la pared, la otra en el cuello, más grave, con una navaja de afeitar. La Galli ni siquiera tenía espíritu para alegrarse de esta mejoría; no sólo porque le parecía que hubiera sido para él mucho mejor morir, sino también por un confuso presentimiento de que ella le volve-

ría á ver, no sabiendo ni cómo ni donde, sufriendo nuevos dolores, y ella asimismo con él. Y con este triste presentimiento, sin esperar á la directora, se dirigió hacia su clase, donde casi todas sus alumnas habían entrado ya.

Un paso antes de la puerta se detuvo, sobrecogida por un pensamiento repentino: contó por los dedos y se turbó: los ocho días de suspensión impuestos á la Vinini habían terminado la vispera: por lo tanto debía volver en aquella mañana: quizá estaba ya dentro de la clase. Se sorprendió de no haber pensado antes en la repugnancia que había de sentir al dar lección con ella delante y después de la muerte de la Orveggi. Su corazón palpitaba influido por el miedo, y para dominarlo entró con rapidez.

La Vinini estaba en su sitio acostumbrado.

Todas las alumnas se volvieron á mirarla, cuando la maestra se presentó, excepto, la hija del mozo de cuerda que cubrió su cara entre las manos.

La Vinini tenía la cabeza baja, con los ojos puestos en su cuaderno.

Algo había en su semblante que se asemejaba á turbación, ya que no á dolor; con todo, en el primer momento la Galli no pudo re-

primir un vivo sentimiento de repugnancia y de desdén, que la hizo palidecer. Y este sentimiento aumentó, cuando la muchacha levantando lentamente los ojos, sin alzar la cabeza, les fijó, secos y brillantes en los suyos. Se le agolpó la sangre en la cabeza. Comenzó su lección, sin embargo, poniendo gran cuidado en no volver la vista al sitio de la muerta, y en ocultar la emoción que hacia insegura y apagada su voz. Al cabo de algunos minutos sin embargo, la conmoción se desbordó.

—¡No!—gritó levantándose.—¡Es imposible, es imposible! ¡Maria Vinini, usted no puede continuar en esta clase! ¡No debía haber vuelto! ¡Yo no puedo resistir la tortura de estarla viendo!

La muchacha, conmovida en el primer momento por tal explosión, se puso á recoger sus libros para marcharse, con manos temblorosas; pero durante la operación recobró ánimos, y cuando concluyó y bajó del banco, se detuvo, agitada, delante de la mesa de la maestra, preguntando en voz baja pero con aire de provocación:

—¿Por qué me echa usted de clase?

—¡Oh, justo Dios!—clamó la maestra, perdiendo todo miramiento.—¡Y me lo pregun-

ta! Pero no lo ha comprendido, ¿no le han dicho que es usted quien ha matado á Julia Orveggi?

—¡No es verdad!—contestó enérgicamente, roja de cólera.—¡Nadie lo ha dicho! ¡Es una injusticia decir eso!

—¡Es una verdad—gritó la maestra,—que debería hacerla desgraciada para toda su vida! ¡Oh, Dios eterno! ¿Se puede dar criatura semejante? ¡Ni una palabra de arrepentimiento, ni una lágrima, ni señal alguna la más fugaz de que su corazón tiene fibras humanas! ¡Mire, yo no la amenazo ya más, le suplico, por su propia alma, que tenga usted compasión de sí misma!

Estas palabras hicieron bajar la cabeza, parecía que de sus ojos quería brotar una lágrima y que sus labios se moviesen para decir algo; tanto, que la maestra, animada por una esperanza, se separó de la mesa, y cogiéndola por un brazo, la empujó suavemente delante del sitio vacío de la muerta:

—¡Mire—le dijo,—haga cuenta que su pobre compañera existe todavía y ceda á un buen impulso: ella la perdonó; pídale usted perdón!

La Vinini miró fijamente con los ojos dilatados al banco, dudando.

—Diga sólo una palabra,—añadió la maestra.—¡Perdóneme! Y todos la perdonaremos. Y al decir esto con el impetu de la pasión, le dió una sacudida.

—¡Pues bien, no!—gritó, soltándose el brazo y alzando la cabeza.—No pido perdón porque no tengo culpa... ¡No!... Yo no podía saber... ¡Esto es demasiado! Ea, déjeme salir.

La maestra se quedó horrorizada en el primer instante. Luego con débil voz le dijo:

—Váyase,—cubriéndose la cara con las manos. Toda la clase, conmovida con la escena que acaba de presenciar, prorrumpió en prolongado murmullo.

Cuando la Vinini iba á salir, entró la directora ceñida y rígida en su coraza, como una gruesa guerrera, y extraordinariamente majestuosa. Al primer golpe de vista adivinó lo que había pasado.

La maestra, excitadísima, le contó en pocas palabras todo.

—Ya lo ve usted, señora directora,—concluyó con voz alterada.—Yo no puedo seguir con esta alumna en la clase. Dejé estar las demás razones, la moralidad, la conveniencia... ¡No puedo más!

La directora miró á la Vinini como con de-

seo de decirle algo; pero al ver aquella frente fruncida y aquellos ojos impasibles desistió. Se quedó pensando un momento y luego indicó á la maestra y á la Vinini que saliesen y una vez en medio del salón, llamó á la celadora para que fuera á acompañarla hasta su casa, saliendo la Vinini con la frente alta, pisando fuerte y moviendo con desenvoltura las trenzas de su cabello.

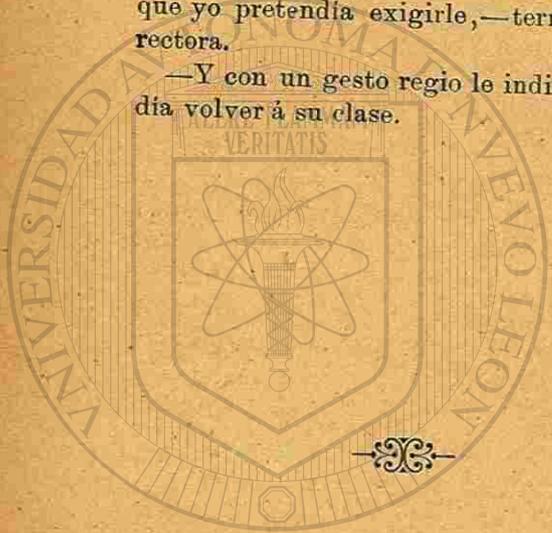
Entonces volvióse á la maestra y le expuso seriamente sus dudas, con palabras corteses y mesuradas. A decir verdad, ella misma debería haber previsto la cosa. Pero el caso era nuevo y difícil. No se podía expulsar á una alumna porque no se había arrepentido de una culpa. ¿Cómo juzgará el hecho la autoridad municipal cuando el padre vaya á quejarse? ¿En qué términos puedo yo informar sin dar lugar á escándalos, sobre una cuestión tan delicada y compleja? ¿Por ventura no ha traspasado usted el límite debido?

—¡Oh! no lo creo — contestó con calor la Galli,—yo he obedecido á mi conciencia y á mi corazón. Cualquier contingencia que sobrevenga, me resignaré, con tal de no tener que dar clase delante de aquella criatura, que me revuelve el alma. ¡Poco me importa

perder el puesto, sufrir la miseria y el hambre! Yo asumo la responsabilidad de todo.

—Esta era precisamente la declaración que yo pretendía exigirle,—terminó la directora.

—Y con un gesto regio le indicó que podía volver á su clase.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

XXIV

La dificultad se resolvió de un modo inesperado. El señor Vinini, al saber lo que nuevamente había ocurrido, tomó la determinación de llevarse á la muchacha, y así se lo anunció aquel mismo día á la directora en una carta extravagante llena de veladas impertinencias y de encubiertas galanterías; las cuales galanterías, no obstante su sentido evidentemente descarado, tuvieron la virtud bastante para hacerle tragar las primeras sin demasiadas amarguras; porque aquel formidable cuerpo no era tan formidable como á primera vista parecía. Y tanto es así que hizo leer toda la carta á la Galli, la cual creyó comprender que el señor Vinini había querido evitar de aquella manera todo peligro de escándalo por consideración á la señora Orveggi, con quien debía tener relaciones bien encaminadas. Le satisfizo la solución y volvió á su escuela con mejores

ánimos, pero viviendo siempre con el inquieto presentimiento de que la historia dolorosa no había concluido, perseguida siempre por la imagen lúgubre de aquel infeliz, del cual no sabía nada y en quien no podía fijar el pensamiento sin echarse á temblar.

Cierto día de lluvia encontró bajo los pórticos de la carrera Vinzaglio á la Orveggi, vestida de luto con suma elegancia; le lanzó una mirada terrible poniéndose pálida, y ella no hizo más que lanzar una ojeada oblicua á su falda llena de lodo, al pasar; no tenía absolutamente en nada cambiado el semblante, y lo que más horror produjo á la Galli, fué colegir por uno de esos movimientos nerviosos del rostro, más expresivos que la palabra, que llevaba un pensamiento de vanidad aún por su vestido nuevo negro.

Pasaron algunos días, y la celadora, que había hablado con la portera de la casa, le refirió que el señor Orveggi se había marchado de Turín. La noticia la reanimó. Pero supo á la vez otras que le affigieron, por conducto de la mujer del mozo de cuerda, la cual, sirviendo á familias de la vecindad, se enteraba de la vida y milagros de medio mundo. Vino ésta, una mañana para informarse de cómo iba su hija, y la esperó en la

calle; traía un estado de embriaguez triunfante, y después de haberle contado una famosa lucha cuerpo á cuerpo que la noche antes sostuvo valiente con su marido; lucha en la cual se vanagloriaba de haberlo puesto debajo, gracias á una estratagema de su invención, prorrumpió en exclamaciones compasivas sobre la muerte de la niña Orveggi, anunciando que padre y madre se habían separado.

Ella conocía todos los detalles. Después de una escena tremenda en la que se echó sobre su mujer como un tigre, él huyó de Turín; á los dos días volvió encontrándose con la casa vacía; la mujer había hecho sacar todo, diciendo que todo era suyo, hasta las cosas y los recuerdos de la niña, y no se sabía dónde había ido á parar; él entonces tomó en arriendo un cuartito amueblado en la calle de los Impresores, donde permaneció recluido tres días y tres noche llorando sin cesar, tan fuertemente que desde las escaleras se le oía.

Luego desapareció de Turín otra vez.

Así, trotando detrás de la maestra, á quien la emoción hacía apresurar el paso y tirando brutalmente de la niña á empujones:

—¡Ah, pobre padre! ¡pobre padre!—exclamó. ¡Quiero contarle, el primer día que lo vea, cuánto quería mi Georgina á su hija, que no ha sido posible consolarla! ¡Tiene el mismo corazón que su madre este cominin! ¡Si acaso quisiera dejarle algún recuerdo... á veces!... ¡Porque es un santo varón, lo es, es preciso decirlo así, al no extranguiarla como á un pollo, pensando que por causa suya es por lo que la niña ha muerto, y por aquella otra bestia venenosa de chiquilla con su infame carta!

La maestra, al oír aquellas palabras se detuvo un instante, como acongojada, y viniendo la repugnancia que sentía, para oír con calma á aquella mujerzuela embriagada, bajando la voz, con calor y con acento de súplica, le recomendó por amor del cielo y de todos los santos que si llegaba á hablar con el pobre viejo, se guardase como de un delito de decirle ni media palabra de aquella carta; que él lo ignoraba totalmente; que era quizá su solo y último consuelo el pensar que la niña había muerto sin saber lo que todos sabían, y que el arrancarle aquella ilusión hubiera sido clavarle un puñal.

—¡Prometedme callar!—concluyó la maestra en tono suplicante—¿lo promete?

La mujer estuvo pensando un momento como para fijar bien en su anublado cerebro toda la importancia de la cosa, y luego prometió con extraordinaria gravedad que no chistaría.

—También yo sé lo que es tener conciencia—añadió;—esté segura.—Y pasando de un salto á hablar de su miseria, dijo lamentándose, que necesitaba echarse algo al estómago. La maestra puso en su mano algo, y la dejó, pero no con el corazón tranquilo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
MEXICO

XXV

La escuela entró nuevamente en su marcha acostumbrada y ya no se volvió á hablar de la niña Orveggi. En aquel gran semillero de juventud, la muerte pronto se olvidó.

La primavera trajo también entre aquellas ochocientas muchachas un nuevo y riante florecimiento de vestidos, de delantales y de lazos, una nueva agitación de risas y de caprichos, de pequeñas rebeliones y de pequeñas monerías; por lo cual, la directora, tenía odio á la dulce estación; y al romper las primeras flores del almendro, su humor se exacerbaba. Y entonces, como todos los años, comenzó la lucha de frases cortas, duras y afiladas con las maestras jóvenes, para matar, al nacer, las tentativas que todos los años se renovaban á fin de reconquistar la libertad de vestidos. Y la maestra Dorini muy especialmente, que, para atraerse al novio

definitivo, el que se-gu-ri-si-ma-men-te se casaría con ella, se le rebelaba, poniéndose los más vistosos adornos, y tratándola con las demás compañeras de *vielle prude enragée*.

Aquel año la batalla fué más ruda que nunca: era un continuo sucederse de lazos, flores, colores, escotaduras minúsculas que procuraban entrar en la escuela casi á escondidas, y que condenadas á desaparecer hoy, reaparecían en otra forma al día siguiente, para ocultarse más tarde y despuntar luego otra vez. Todo esto provocaba un vivísimo gorgojo en la sala de espera, donde, gracias al buen tiempo, asomaban furtivamente también las maestras de las dos sucursales, trayendo noticias y anécdotas á la conversación general, en la que directora y padres y aventuras del mundo escolar y menudos secretos de familia y todo género de fruslerías y de jovialidades, se mezclaban con rapidez y calor inusitado. Todo el cuerpo de maestras mostraba sentir ya el influjo de la estación en un cierto incremento de ardores y de alegrías juveniles, interrumpidas por imprevistos momentos de cansancio, llenos de suspiros, y por arranques de colérica impaciencia.

El buen humor predominaba sin embargo.

Hasta la misma maestra "misteriosa," ¡hasta ella! recobraba más vida, y daba rienda suelta con tal furia á su desahogo nervioso de golpear con un pie al hablar, que, á veces, arrebatada por el ejemplo, toda la clase, la acompañaba produciendo un ruido que provocaba la presencia de la directora. La maestra de "antiguo cuño," se aventuraba á dar algún tema de imaginación que dejaba maravilladas á sus alumnas; la napolitana volaba por las escaleras subiendo y bajando como una golondrina, y la redonda Frosetti, más briosa que nunca en sus imitaciones mímicas, llevaba la temeridad hasta parodiar á la directora por detrás, recomponiéndose con humildad cuando aquella se volvía, con una rapidez tal y con tal naturalidad, que sus colegas tenían que morderse los labios para no estallar de risa, y hasta la misma "devota", bajando los ojos, dejaba escapar una sonrisa imperceptible.

La alegre primavera, frente á la autoridad de la directora, hacía irrupción por todas partes en la escuela y encendía almas y ojos, esparcía trinos, perfumes y esperanzas, gérmenes de amor y de locura, tiñendo todos los pensamientos de color azul y todas las mejillas de color de rosa.

Y aquel era casi siempre también en fin, el mes en que la pobre maestra Massi (la maestra fecunda) cometía el despropósito de proporcionarse..., de propinarse... un superintendente más.

XXVI

Era fin de Mayo y la maestra Galli vivía fuera ya de todo temor, cuando una mañana, saliendo de la clase con sus alumnas, se sintió como clavada en el suelo por la aparición de un espectro. Allí estaba el señor Orveggi en su antiguo puesto, cerca de la puerta del salón, en medio de las criadas y de los padres de las alumnas.

Todo lo que puede producir la angustia sobre un rostro humano antes de helarlo con la inmovilidad de la muerte, se había operado en el suyo. Veinte años se habían amontonado sobre aquella cabeza en dos meses. El dolor lo había encorvado, descarnado, hecho palidecer, perder los dientes; los ojos se le habían hundido, torcida la boca, roto las piernas, inclinada al suelo la frente como bajo un yugo de bronce. La barba crecida, los cabellos largos y enmarañados, y los vestidos abandonados, todo lo hacía casi irreco-

nocible aun para quien no hubiera dejado de verlo todos los días.

En el primer momento pareció no haber visto á la maestra; luego fué á su encuentro con paso desigual y el sombrero en la mano. Ella se paró á esperarle porque le faltaron las fuerzas para moverse. Una vez delante de ella quise hablar pero no pudo; lloraba en silencio, respirando fuerte, con los ojos entreabiertos y la boca saliente como un niño. La maestra, esforzándose por recoger la voz, quiso darle ánimo diciéndole algunas palabras.

Él movió la cabeza con aire desconsolado. Luego fué mirando una á una, con los ojos bañados en lágrimas, pero vivos como si buscara un semblante. De repente alargó el brazo y con mano temblorosa sacó de la fila á la del mozo de cuerda. Ella retrocedió asustada; pero lo reconoció y se tranquilizó. Púsole la mano sobre los hombros y la besó en la cabeza ardientemente tres veces. Después, seguido de la maestra entró en la escuela, se acercó presuroso al banco de su hija, y rompiendo en sollozos, puso su cara sobre la banca, la besó, pasó sus mejillas rozando por la tabla, posó en ella una mano con ademán respetuoso y sentido juntamente, y se que-

dó por algún tiempo mirándola como hubiera mirado un ataúd. Entonces dijo á la Galli, las primeras palabras, con trémula voz y señalando al banco con el rostro:

—¡Es la única cosa que me queda... de lo que ella ha tocado!

Y explicó con frases entrecortadas por qué había venido: quería que la maestra le entregara los trabajos escritos de la niña, si los tenía; nada más.

La maestra prometió llevárselos.

De pronto, como si hubiera sentido en sus entrañas una punzadada más viva de su dolor, gritó:

—¡Oh, Julia mía, mi pobre Julia! mi santa Julia,—y con tanto ímpetu se acercó á besar otra vez la banca que chocó en ella con los dientes.

La maestra le levantó á viva fuerza con ambas manos; y en aquel momento le vió en el cuello la cicatriz de la herida hecha con la navaja de afeitar.

Salieron juntos.

Él no miraba á nadie, lloraba sin enjugarse las lágrimas, con los brazos caídos, con los ojos extraviados.

Cuando estuvieron en la calle, saludó á la Galli con un gesto vago, y la dejó.

Ella se paró á observarlo: á los pocos segundos de incertidumbre, le vió que con paso lento se encaminaba detrás de la hija del mozo de cuerda.

XXVII

Cuando la Galli llegó á su casa, buscó en el acto y recogió los trabajos de la niña, con la esperanza de que en cuanto los tuviese en su poder, el pobre Orveggi no volvería por la escuela; y por la tarde, viéndolo en el sitio acostumbrado, se los presentó. Los cogió y besó el paquete como un tesoro, los metió en el pecho, apretándolo varias veces con la mano para asegurarse de que no se le habían escapado; y luego viendo pasar á Georgina, la llamó, la besó en la cabeza, como por la mañana preguntándole:

—¿Te acuerdas de Julia? ¿La querías mucho? ¿La quieres todavía? ¿Querida niña mía!

Y le echó en el bolsillo un regalito. Y después de esto, en lugar de dejar á la maestra, con gran pesar de ella y sin pedirle siquiera permiso, se puso á su lado en la calle, y la acompañó, en la disposición ordinaria

suya, con la cabeza baja y los brazos caídos; hablando á intervalos con vez fatigosa. Aquella mañana habia ya estado en el Campo-Santo. Iba todos los días y se estaba un gran rato. Le dolía que llegada la hora le echasen fuera, contaba con eludir la vigilancia de los guardianes para poder pasar allí una noche y dormir sobre la fosa de su hija. De pronto prorrumpió en una de sus exclamaciones desesperadas:

—¡Oh, pobre hija mía! ¡Pobre angelito mío, que estás debajo de tierra!

La gente que pasaba se le quedó mirando. La maestra llena de compasión trató de consolarle.

—Hábleme usted de mi hija,—le dijo.

Le habló la Galli entonces recordando algunas cosas de la escuela, con miramiento para no desgarrarle el corazón más, y él escuchaba con atención profunda, como escucha un moribundo las palabras de un confesor. Cuando llegaron á la puerta de la casa de ella, tal ímpetu de agradecimiento inundó su alma, que exclamó con infinita dulzura:

—¡Usted ha querido mucho á mi hija, usted es un alma bondadosa, es como si fuera usted ahora su madre para mí! ¡Dios la bendiga!

XXVIII

Desgraciadamente no había concluido con esto. Todos los días, á veces mañana y tarde, volvía á la escuela y acompañaba á la maestra del mismo modo.

—¡Hábleme de mi hija!—repetía siempre—¡cuénteme otras cosas, digámelo todo, vuélvame á decirme lo que ya me refirió; mientras usted me hable de ella casi llego á creer que no ha muerto!

Y la maestra le repetía las mismas cosas que le renovaban los dolores. Él, por su parte, contaba pasos sobre cosas de la hija, á partir de su primera infancia, pero deteniéndose el pobre con una especie de vergonzoso temor, siempre que la conversación fuese á recaer directamente sobre la madre. En aquel instante cortaba en redondo el discurso y se anublaba su semblante. Mas un día al llegar á uno de esos pasos,

dejó escapar una exclamación dolorosísima:

—¡Ah, si usted supiera! ¡si usted supiera!—y miró fijamente á la maestra, en cuya mirada pareció comprender que ella sabía mucho.

Y desde entonces ya no tuvo tanta prudencia para tratar el asunto; pero hablando siempre en términos vagos, de una gran lucha en la que día por día había él ido perdiendo terreno, sin darse cuenta de ello, y diciendo cada vez más de él que de ella, de modo que por otra parte se pudiese entender todo: su vida monótona y trabajosa de empleado, en la que por su bondadosa timidez, había sufrido mil injurias, sus veinte años de privaciones y de ahorros, su pasión de hombre maduro por la hija de un fondista, que amorosamente le había asistido en una grave enfermedad, sus primeras desilusiones, y su largo martirio. Y alguna vez exclamaba:

—¡Soy un villano! ¡Soy un villano!

Un día le dijo ya más claramente:

—Pero la niña nada sabía. ¡Oh! estoy seguro. No podía comprender. Yo que lo comprendía todo, todo lo justificaba. Murió sin saber nada, ¿no es verdad, señorita?

—¡Oh! ciertamente,—respondió la maes-

tra.— Ella estaba segura: era imposible que comprendiera...

A esta idea, venía á parar con frecuencia como á su mayor consuelo. La Galli observaba con pena y casi con terror que su dolor no amenguaba en nada de un día para otro, y sentía correr por sus venas frío intenso, siempre que en la calle prorrumplía en una de aquellas invocaciones á su muerta, mirando al espacio como si la estuviera viendo; y también notaba que su conversación de día en día iba siendo más deshilvanada, más lenta, y con una repetición cada vez más obstinada de las mismas palabras. Hubiera querido no tener que tropezar con él. Al salir de la escuela se retrasaba intencionalmente; trataba de pasar sin ser vista. Era inútil, él la agarraba siempre. Un día, la directora, le hizo á la maestra una observación.

—No se aviene bien—le dijo,—que una joven profesora vaya siempre acompañada por un hombre, aunque esto sea por lástima; porque no todos lo saben, ó le dan crédito, aunque lo sepan. Trate de evitarlo.

XXIX

Otro pensamiento la tenía llena de angustia.

Desde los primeros días, después de la vuelta del señor Orveggi, había visto alguna vez á la mujer del mozo de cuerda en conversación con él en la calle. Un día vino la niña con un vestido nuevo á la escuela, demasiado fino y vistoso para su condición; otro día con dos pendientes que habían atraído la atención de la clase; y durante la lección se echaba algo á la boca á escondidas: sin duda, algún dulce. La maestra comprendió que su madre especulaba con la simpatía de aquel pobre hombre: debía haberlo llevado á su casa para moverlo á piedad con el espectáculo de la miseria: desde hacía algún tiempo aparecía más alegre y más contenta que de costumbre. ¿Si en una de sus expansiones de beoda le habría revelado el secreto?

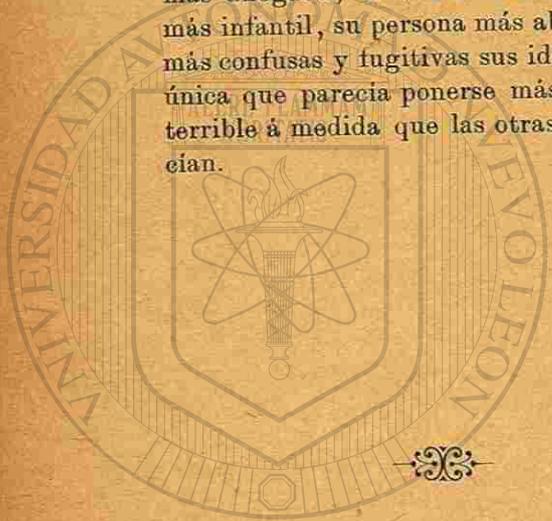
De tal suerte le llenó de zozobra este temor que un día abordó resueltamente á la mujer para hacerle repetir su solemne promesa; y ella la repitió golpeándose con una mano en el pecho. La Galli, sin embargo, no se quedó nada tranquila, pues veía en los ojos falsos de ella algo de siniestro, el goce animalesco del hambriento que ha puesto su garra sobre una presa; y peor aún que un goce, una sombra de celos de que ella quisiera mezclarse en sus asuntos, y casi una sospecha de que también la maestra, por su parte, se beneficiara en algún modo de aquel desgraciado. Por esto creció todavía su inquietud, y se hizo más viva y más triste al ver cómo cada día Orveggi se iba relacionando con ella más estrechamente. Él se quedaba absorto largo rato contemplándola con una expresión tan profunda y respetuosa, y con tan tierna gratitud, que la conmovía hasta el fondo de su alma. Un día le pidió que fuera al Campo-Santo con él, con tal humildad y con un acento tan vivo de súplica que no tuvo otro remedio sino prometerle que iría. Cuando ella repetía por décima vez las mismas cosas de la niña, cruzaba las manos como si estuviera oyendo la voz de una santa.

—Digamelo otra vez—le pedía,—dígamelo otra vez.—Y de día en día él iba hablando cada vez menos y más ella.

Se ponía pegado hasta tocarla con el codo, é iba andando sin quitarle ojo, y respirando su ambiente como si ella tuviera el perfume de su hija ó llevase bajo sus ropas algo que quisiera descubrir ú obtener. Veíasele más obediente; hacía esfuerzos por contenerse con la sumisión de un niño cuando la maestra le amonestaba, para que no prorrumpiera en exclamaciones apasionadas, echándose á llorar en medio de la calle. Una mañana, muy temprano, oyó llamar á la puerta de su habitación en un cuarto piso: era él: se turbó al verle, pero tuvo que dejarlo entrar: venía con una corona de rosas blancas envuelta en un periódico para ir al Campo-Santo con ella, olvidándose de que ella tenía clase. Y así estuvo un rato mirándola sentado, sin decir palabra, con los ojos grandes y humedecidos como en adoración, y con tan ardiente fijeza, que no pudiendo sostener su mirada se vió precisada á levantarse, simulando que iba á buscar el pañuelo.

Pero con esto su inmenso dolor no se mitigaba, no hacía sino condensarse más y más

en su interior y su salud empeoraba visiblemente. De día en día su respiración se hacía más ahogada, la voz más débil, el llanto más infantil, su persona más abandonada, y más confusas y fugitivas sus ideas, menos la única que parecía ponerse más luminosa y terrible á medida que las otras se desvanecían.



XXX

Una mañana la maestra se encontró sin él á la puerta de la escuela, y esperaba ya verse libre cuando á la vuelta de la primera esquina lo vió asomar y casi correr hacia ella con el semblante tan demudado que el espanto le cortó la respiración.

—¡Lo sabía!—le dijo gritando, cuando llegó á estar delante.

—¡Lo sabía!

La maestra comprendió y se echó á temblar; pero aparentó no entender para tomarse tiempo y rehacerse.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué cosa?

—¡Lo sabía!—repitió el padre con acento de desesperada angustia. —Se lo han escrito en una carta. ¡Por esto se murió! Y fué aquella mañana. ¡Ah! ¡venganza de Dios! ¡El pesar, la vergüenza y su madre son los que la han matado! ¡No fué la enfermedad, fué el martirio!

Y estalló en llanto salvaje.

—¡Oh, Julia mía! ¡Oh, pobre criatura mía!
¡Mi pobre mártir!

La indignación dió fuerzas á la maestra para interrogarle, y con palabras inconexas dijo ó dió á entender todo.

La mujer del mozo de cuerda, cada vez más ávida é interesada en mantener vivo su dolor, en un momento de embriaguez le había dicho que si le daba lo que pidiera, le revelaría un secreto “que era bien que lo supiera para aprender á conocer el mundo.” El entregó lo que le pidió ella, y ésta le contó todo.

La maestra entonces le cogió las manos, tratando de tranquilizarle, pero él se desentendió, gritando:

—¡Venganza de Dios! ¡Venganza de Dios!
Se alejó con paso vacilante, golpeándose la frente con el puño como un maldito.

La Galli se fué descompuesta, con el corazón euvvenenado por el pensamiento de aquella perfidia, y tan agitada por la ira contra aquella mujer, que, si en aquel punto hubiera tropezado con ella, hubiérale roto la cabeza con la llave de la casa.

Por la tarde, en la escuela, la anduvo buscando; pero ella, desconfiando quizá, no se presentó, ni tampoco se dejó ver al día

siguiente. La maestra esperaba atraparla en la mañana del tercer día; no la encontró; en lugar de ella se encontró á las maestras reunidas en el salón de espera, comentando un hecho que publicaba la crónica de la *Gaceta del Pueblo*, con vivísima charla.

Al ver venir á la Galli todas se volvieron.

—Mira, tú—le dijo la Dorini, presentándole el periódico y señalándole el hecho.—No hay más que las iniciales de los nombres; pero se debe tratar del señor Orveggi y del señor Vinini. *C'est du propre.*

La Galli leyó y se inundaron sus ojos de lágrimas; todas las iniciales correspondían. Era Orveggi, sin duda. El funesto descubrimiento le había arrancado de su resignación. Y ciego de furor, había ido en busca de su mujer por todas partes. La había encontrado delante del café de Liguria, la noche antes, del brazo de un señor. Había caído sobre ella como un loco. Ella huyó, y él le había vuelto una bofetada en el rostro, que lo hizo caer boca arriba en el hoyo abierto de una alcantarilla. Los guardias le recogieron, llevándosele á una botica, cubierto de fango y de sangre.



XXXI

Pasó una semana. La Galli no volvió á verlo.

Oyó decir que se había ido de Turín otra vez, y prestó crédito á tal rumor porque no volvió á ver tampoco en la hija del mozo de cuerda, ni el vestido nuevo, ni los pendientes; todo lo cual la madre debía haber vendido, faltándole la fuente de los socorros.

Mas, una tarde, al salir de la escuela, tuvo un espanto nuevo y mayor que los pasados.

Orveggi estaba allí, en su puesto acostumbrado, más consumido, descompuesto y sucio que antes, á quien todos los circunstantes miraban con curiosidad. La maestra, sosteniéndose apenas en pie, pasó por delante de él sin hacer demostración alguna de haberlo visto. Pero se le acercó él, y con la misma dulzura de siempre, mirando en torno suyo, le preguntó:

—¿Dónde está Julia?

Se quedó cortada, pero era menester contestar. Y balbuceó:

—Julia... Julia...—invocando con los ojos auxilio de parte de sus colegas.

Él, sin embargo, después de un momento de reflexión aparente:

—¡Ah, no hacerme caso!... ¡bien sé que está muerta!

Y fuése acompañando á la maestra como solía hacerlo antes; mas en la primera esquina la dejó de repente como obedeciendo á otro pensamiento. Lo mismo hizo al día siguiente y los sucesivos, en medio de la creciente curiosidad de todos.

La directora llegó á preocuparse y pensó recurrir al municipio. Limitóse luego á advertir á los guardias de orden público para que no le dejasen entrar más.

Entonces dió en ponerse á esperar á la maestra en la acera opuesta frente á la puerta de la escuela, y echando ojeadas furtivas á los guardias, de una timidez infantil. Al salir las alumnas, buscaba con ansiedad entre la multitud como para divisar á la niña. No la encontraba naturalmente, y movía la cabeza, como diciendo:

—Bien lo sé; no está porque ha muerto.

Y advirtiéndole que la maestra mostraba sentir miedo de él, no la acompañó ya más: se contentó con seguirla á cinco pasos de distancia como un perro, mirándola siempre con ternura, murmurando palabras indistintas, en tono lamentoso y lleno de afecto, llamándola algunas veces en voz baja, por su nombre propio:

—Faustina, Faustina.

Cuando llegaba á casa, al entrar ella por la puerta volvía la cabeza para hacerle un compasivo saludo, al que él contestaba acudiendo presuroso á besarle las manos, las mangas, la sombrilla, todo cuanto lograba agarrar antes de que la Galli huyese por las escaleras.

XXXII

Por todas las clases y también fuera de la escuela habían corrido noticias de sus extravagancias. Las alumnas al salir formaban grupos para mirarlo. Los muchachos de la sección próxima comenzaron á formar círculo en torno suyo, y á decir primero muy bajito, después más fuerte: —¡el loco, el loco!— y él los miraba lleno de estupor como si no comprendiera. Era un escarnio que oprimía el alma y que no se podía tolerar delante de una escuela. Una mañana, al fin, se resolvió la directora á reclamar auxilio de la autoridad, los muchachos le tiraron cáscaras de legumbres y pelotas de papel, vociferando, mientras él seguía á la maestra que lloraba bajo el velo: acudieron los guardias; los muchachos huyeron, pero para ir á reunirse en otra parte. Él siguió imperturbable á la Galli hasta su casa, se llegó á ella en el portal, se paró delante en obsequiosa actitud,

y con el semblante que parecía haber recuperado en aquel punto todo su sentido, le dijo con extraordinaria dulzura:

—¿Qué ha de suceder, querida maestra, qué ha de suceder, con una niña sin madre?

Y se quedó fijo mirándola atentamente y en espera de una respuesta. Estaba desesperado tenía cáscaras y pelotillas de papel por entre la camisa y el vestido, la barba llena de pajas y una bondad infinita, una ternura inexplicable en el rostro.

—Querida señora maestra —añadió,— he venido para decirle que quiero casarme con usted, para que mi pobre Julia tenga una madre.

Y alargó las manos para coger las suyas.

La maestra dió un paso atrás, sofocada.

El avanzó...

En este momento una multitud de muchachos se presentó delante de la puerta gritando:

—¡El loco! ¡El loco!

La Galli huyó por la escalera arriba.

El con voz suplicante y con ambas manos juntas, dijo:

—¡Cásese usted conmigo, maestra! ¡Cásese conmigo! ¡Cásese por mi Julia! ¡Oh, maestra querida! ¡Faustina! ¡Por Dios, Faustina!...

La gritería de los muchachos le cortó la palabra: él se volvió, y la maestra, desde el centro de la escalera, le vió alejarse lentamente por la calle, arrastrando sus pies y bajo una tempestad de cáscaras y voces.

XXXIII

Desde entonces ya no se dejó ver más. Se dijo que le habían recogido en una casa de salud.

Pasaron dos semanas.

Era uno de los primeros días de Julio y de los últimos del año escolar: la maestra Galli estaba en su clase, mirando, mientras dictaba, los árboles del jardín, que llenaban como una cortina verde el vano de la ventana.

El tiempo era hermoso y fresco: ella estaba triste sin embargo. Había asistido, por la mañana, en el salón de espera, á una escena dolorosa. Una señora belga, separada de su marido que era piamontés, (al cual le había quedado una niña, alumna de la Dorini), había venido, aprovechándose de la ausencia del padre, para llevarse á la niña; ésta no la había querido seguir, y la madre le había estado suplicando en vano durante una hora,

llorando, poniéndose de rodillas, y conmoviendo á todos, excepto á ella y á su maestra, que estaba excesivamente contenta por tener ocasión de hablar francés.

La Galli estaba triste, porque pensaba en esta y en otras tantas tristezas y miserias sociales, que se ven ó se adivinan en una gran escuela de una gran ciudad. É iba recorriendo para sus adentros el libro negro de su breve experiencia. ¡Cuántas cosas no había visto y oído en tan pocos años! ¡Oh, pobre sociedad urbana, mirada de abajo á arriba desde una escuela elemental! ¡Oh, educación de los padres! ¡Oh, santuario de la familia! Ella había encontrado bien pocas madres buenas, como se las había forjado en su mente siendo jovencilla, estudiando los libros de educación.

Ciertamente, la mayor parte eran cariñosas para sus hijos: ¡pero de qué manera, santo cielo! Algunas les amaban como á un juguete mientras eran chiquitos y graciosos; otras, por vanidad, si eran fuertes ó hermosos; otras, por ambición, si tenían talento y estudiaban. Había ella conocido á la madre de un niño endeble, que, para hacerle obtener el premio, le obligaba á hacer otros "trabajos de aplicación," y á aprenderse "leccio-

nes extraordinarias, levantándolo á las cinco de la mañana y acostándolo á las once de la noche, tanto que había enfermado: y aun durante la enfermedad ella iba á la cabecera con el cuaderno en la mano, diciéndole:

— ¿Ernesto, hagamos un problemita?...

Hasta que caía agotado en las almohadas. Otras había conocido que, por ambición, veníanle á proponer á cara descubierta que cometiera una falsedad alterando en los registros el voto del exámen mensual; otras tan rabiosamente celosas de los que disputaban el primer lugar á sus hijos, que se las veía gozar cuando un rival estaba gravemente enfermo; otras que para empujar á sus propias criaturas, se bajaban á descaradas coquetías con los maestros, ó para vengarse de una supuesta injusticia denunciaban en cartas anónimas á las autoridades los hechos privados de la vida de los profesores ó profesoras.

En casi todos los padres y las madres había notado una miserable manía de hacer saber á los maestros por vanagloria ó en son de amenaza las relaciones de la familia con personas elevadas: éste el diputado, aquélla el consejero, la otra el marqués, y con esto

una ostentación insoportable de riqueza y de fausto, acompañada de los ejemplos más miserables de tacañería. Había familias de grandes señores que hacían esperar á su hijo tres meses un libro de peseta y media que le era necesario; señoras que daban bailes en su casa y que, en el completo desorden que esto producía en el hogar, no encontrando la ropa blanca, enviaban á sus hijos á la escuela con una toalla puesta en el pecho y otra á la espalda cosidas con unos puntos al costado; señores reventando de gordos que castigaban á sus hijos sin comer, y les dejaban venir á la escuela llorando de hambre; bellas y jóvenes mamás, que altaneras, como en prueba de alta nobleza, publicaban que ellas no habían criado á ninguna, — ni una siquiera, ciertamente, — de sus cuatro hijas.

.....
¡Oh, hermosos misterios de las paredes domésticas!

La Galli tenía en la escuela á una alumna, á quien la madre guapa y rica hacía barrer las habitaciones, para no molestar á la criada que le guardaba el secreto postal; y otra á quien su padre, banquero, que navegaba en malas aguas, irritado un día al verla entrar

contenta con su medalla, se la arrancó del pecho, arrojándola al suelo, y pronunciando estas palabras:

—¡Lo que necesitamos es dinero y no medallas!

Y la hija de una viuda pintada y majestuosa, que el año anterior, á una chiquitina suya moribunda que le pedía hielo, le contestó:

—¡Pero... hija mia, es preciso ir á comprarlo tan lejos!

Y toda esta gente vestía bien, hablaba con desparpajo, sonreía con gracia, acariciaba con amor á sus hijos; muchos de los cuales, bien lo comprendía ella, que en su casa jamás oían palabras afectuosas, ni una lectura de cosas levantadas, ni una conversación que se elevase jamás de la más pedestre vulgaridad; si no es que oían cosas peores.

¡Dios bondadoso!

En los días primeros de año había secuestrado á una alumna un libro increíble, é ingenuamente hábale revelado que lo tomó del armario de su cuñada; á otra tuvo que prohibirle que hablase con sus compañeras para que no envenenase la clase, diciendo lo que veía en su casa.

¡Raza de gentes hipócritas, que ponen el

grito en el cielo ante la vulgaridad y los vicios del pueblo!

¿Y esas eran las familias que la ayudaban en su obra educadora?

¿Para este mundo tan delicioso trabajaba ella?

¿Y para frutos tan admirables había de seguir trabajando otros treinta años más?...

En estas cosas pensaba, dictando en tono triste y cansado, cuando llegó á sus oídos la voz de la portera que desde el salón gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Atrás! ¡Atrás!

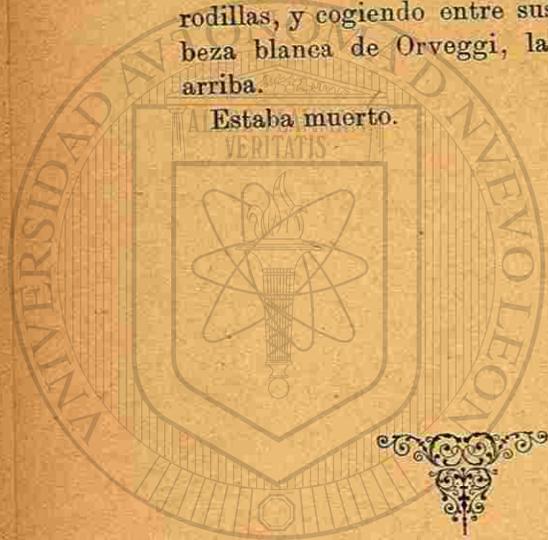
Al mismo tiempo se abrió de par en par la puerta y Orveggi penetró en la escuela, traspasado, con la cabeza descubierta, con las ropas desgarradas, horrible.

La maestra y las niñas se pusieron enpietarradas.

Él se arrojó sobre el banco de su hija con tanto ímpetu que chocó con la barba como ya otra vez, y se rompió los dientes, lo abrazó, lo besó, luego se precipitó hacia la maestra con los brazos abiertos y lanzando un chillido desesperado de amor y de agonía, cayó derrumbado delante de ella golpeándole los pies con la frente.

Las alumnas despavoridas, gritaban, muchas se desvanecieron. La maestra cayó de rodillas, y cogiendo entre sus manos la cabeza blanca de Orveggi, la volvió hacia arriba.

Estaba muerto.

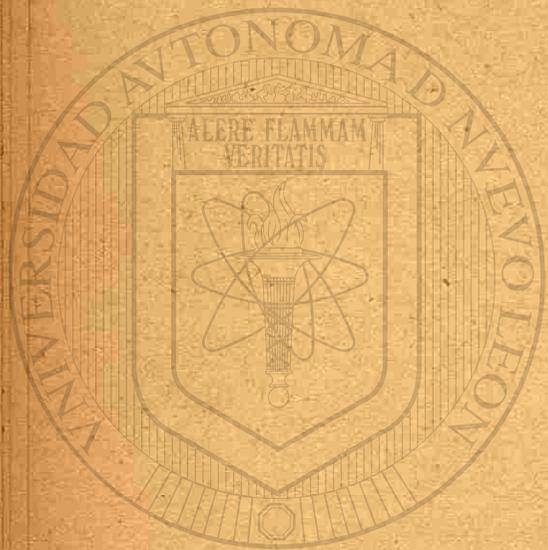


LA MAESTRITA DE LOS OBREROS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN®
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 100
CALLE 1625 NOROCCIDENTAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



I

UNA de las escuelas más hermosas de los suburbios de Turín, todas ellas nuevas y de agradable aspecto, es, sin disputa, la del pueblecillo anejo de San Antonio, situado á una milla fuera de puertas y habitado en gran parte por labradores y operarios de dos grandes fábricas, una de herramientas y otra de ácido sulfúrico, que lo ensordecen con los ruidos y lo cubren de humo. El pueblo está formado por una sola calle recta, flanqueada de casitas y huertecillos; de ella arranca un ancho camino que corre á través de la dilatada campiña, y allá, en el fondo, al término de la carretera se halla la solitaria iglesia, y á uno de los lados, en el confín de un campo, la escuela. El edificio, cómodo y gracioso

so, tiene cinco habitaciones espaciosas en el piso bajo para las cinco clases elementales, y otras dos pequeñas para el peatón y su mujer que hacen de bedeles; y en el piso de arriba los cuartitos para las cuatro maestras con dos habitaciones y una cocina cada uno.

Pertenecen también á ellos cinco huertos minúsculos, encerrados dentro del muro que rodea el patio, cultivados por el bedel, quien se aprovecha de las legumbres y entrega á los del primer piso las fresas y las flores.

Esta pequeña familia escolar, visitada muy rara vez por el Inspector de Turin, vive allí tranquila y libre como en una quinta, aunque hacía cuatro meses que las delicias de la vida del campo habiánselos disminuido por el frío y la niebla.



II

Precisamente en un día de cielo plomizo y frío de fines de Noviembre, la joven maestra Varetta miraba desde la ventana de su cuarto con mayor tristeza que de costumbre los bajos tejados del pueblo, por cima de los cuales humeaban las chimeneas altísimas de las fábricas y la vasta llanura cubierta de nieve y cerrada á lo lejos por los blancos Alpes velados por la niebla. El aburrimiento de la estación y del hogar, habíasele acrecentado con el molesto pensamiento de tener que comenzar al día siguiente la escuela nocturna de adultos, para la cual la había destinado la Dirección de las Escuelas de Turin, después de mes y medio de haber desempeñado la clase la mujer del maestro Gavallo y á la cual la misma Dirección había otorgado licencia por repentina debilidad de la vista.

No le hubiera inquietado nada el tener

que dar estas mismas lecciones en otro pueblo cualquiera. Preocupábanle mucho aquellos lugareños de las afueras, maleados por el contacto con la ciudad, á donde iban á pasar los domingos, y de donde todos los días de fiesta afluía una muchedumbre de chulos á jugar y á comer y beber en las tabernas, cuyo número había triplicado desde el establecimiento del tranvía; le intimidaban más aún los trabajadores, menos respetuosos que los labriegos y también menos manejables, y entre los cuales se decía que había algunos socialistas; y todavía más que los hombres ya hechos, los mozalbetes de diez á diez y seis años que veía salir en grupos de las fábricas, pendencieros, deslenguados, insolentes y más cínicamente viciosos y corrompidos que los grandes.

Su inquietud, por otra parte, se derivaba asimismo de una particular condición de su naturaleza y de su vida. Hija de un jefe de infantería, de familia noble, muerto en la batalla de Custoza, educada hasta los diez y ocho años en un severo colegio de provincia, naturalmente tímida y distinguida, desde niña había sentido un terror profundo por la plebe, efecto de la grave enfermedad producida por la violenta conmoción de es-

panto que le causó el haber presenciado una sangrienta riña entre trabajadores de las minas.

Creía ella, que era más numerosa y más perversa de lo que realmente es, esa ínfima porción del pueblo que vive en rebelión perpetua contra todas las leyes sociales y que da el mayor contingente á las cárceles y galeras. En su imaginación esta minoría era casi la plebe entera; y la idea de aquel vasto subterráneo tenebroso, que ella se figuraba abierto á sus pies, en el cual corrían regueros de vino y de sangre, y relampagueaban los cuchillos, y sonaban gritos de asesinados y blasfemias horrendas y cantos obscenos de malhechores y mujerzuelas, atosigábase casi de continuo como una horrible visión de que no pudiera librarse. Si alguno, que á ella le pareciese de aquella gente, pasaba á su lado, helábasele la sangre en las venas; una frase de su jerga que al acaso llegara hasta su oído le ponía la piel de gallina; y al encontrarse en la calle con los preludios de una riña, palidecía como una muerta, abandonábanle las fuerzas, entraba en su casa convulsa, hondamente desengañada de la humanidad y de la vida.

Mas sentía hacia aquellas gentes una viva

é inquieta curiosidad que le obligaba á miraras á escondidas cuando podía, á meditar en las frases que les cogía al vuelo, como manifestaciones parciales de su alma, y á recabar todas las particularidades que de su vida y de la índole suya hallaba en las crónicas de los periódicos donde se referían sus hazañas.

Trataba de vencer por todos los medios este mismo terror, porque siendo, como era, buena y religiosa, comprendía que su miedo provenía de ideas insuficientes y sentimiento poco profundo de las injusticias sociales, de la miseria, de la ignorancia, del mal ejemplo: causas primordiales del embrutecimiento y del delito. Cuando se encerraba en sus meditaciones, lo comprendía todo y lo sentía con viveza, su espíritu se inundaba de piedad por los que le infundían terror, los amaba con amor cristiano, soñaba en una obra redentora, en una legión de señoras misioneras de bondad y de nobleza entre la plebe, veíase á sí misma dedicada á esta obra, entraba con el pensamiento en los lugares más abyectos para intentar abrir y ablandar los corazones, y pareciéndole que lo había logrado, excitábase su imaginación hasta hacerla verter lágrimas de ternura; haciéndose la ilusión de haber alcanzado

como por encanto el valor, y formaba el propósito de ponerse á prueba en la primera ocasión favorable.

Pero, si por casualidad una hora después, le ocurría tener que pasar por delante de una de las fábricas del pueblo en el momento que sus puertas daban paso á la ola negra y tumultuosa de los trabajadores, sobrecojiale con la misma fuerza el acostumbrado sentimiento de aversión, y todo esfuerzo por resistirlo era vano. Cuando en la noche del domingo, estando á la ventana, veía en el fondo del camino el farol rojo y la puerta iluminada en la taberna de *La Gallina*, al oír las primeras voces descompuestas y amenazadoras que anunciaban una riña inminente, ante la imagen execrable, que súbitamente se le aparecía, de navajas blandidas por los aires y de un cadáver tendido por el suelo, dominaba todo su ser una debilidad mortal, una sensación inexplicable de impotencia, una parálisis repentina del cuerpo y del alma que apenas si le dejaba fuerzas para cerrar los cristales.

Y no pudiendo la pobrecilla hacer otra cosa, procuraba fortificar el ánimo familiarizando su trato con los alumnos pequeños de la clase segunda, pensando que muchos de

ellos siendo grandes, llegarían á ser como aquellos hombres que tanto terror le infundían, bebedores, pendencieros, prontos para sacar la navaja, feroces. Y con tal pensamiento los observaba con curiosidad, les preguntaba, ingeniábase por descubrir en ellos los gérmenes de las pasiones violentas y brutales que habían de agitarles más tarde.

Sus estudios, sin embargo, servíanle de bien poco.

Los más de ellos eran apáticos hasta tal punto que ni se espantaban las moscas de la nariz ni de los ojos cuando leían, y en cuanto á penetrar en su corazón, la cosa era tan difícil que en un año ó más, que hacía estaba ella en San Antonio, no había conseguido todavía hacer llorar á uno solo.

La clase social, pues, que turbaba su alma, permanecía eternamente ante su imaginación tan misteriosa y terrible como antes.



III

Absorta por completo en aquel pensamiento, seguía con la mirada, á lo lejos, un tren que surcaba la blanca llanura, cuando una visita, inesperada á aquella hora, la distrajo de sus meditaciones. Era la maestra Mazzara que acababa de llegar de Turin en el tranvía; solía venir una vez al mes á ver á su amiga de extramuros, como ella la llamaba, casi siempre el jueves después de comer.

Tenía diez años más que ella, era alta, seca, un manojo de nervios, con una encarnadura de egipcia tostada por el sol, dos hermosos ojos grises peregrinos y nariz encorvada, bajo la cual abriase una fuente de palabras inagotable, que á veces parecía que se agolpaban con tal furia que impedían la salida.

Después de dar un beso á su amiga, le contó todo lo que en el día había hecho: se

había levantado á las siete, había ido en busca de una amiga suya francesa, maestra en el *Sacre Cœur*; á informarse de otra, enferma, maestra del Instituto Faconti; á recomendar un muchacho al Padre Bosco, al Oratorio de la calle de Cottolengo; había llevado también un artículo de una amiga á la Dirección de *La Unión de los maestros*, y hecho una escapada á la Sociedad del canto coral, para un asunto propio, de la cual formaba parte.

—Después de esto—dijo por fin,—he querido venir á ver á mi Enriqueta.

Pero al acercarse para volverla á besar, echó de ver su tristeza, y cambiando repentinamente de cara, de voz y de actitud:

—¿Qué hay?—le preguntó.—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Hízola sentar la Varetti delante de ella, en el hueco de la ventana, le refirió el asunto de la escuela nocturna y todos sus temores.

—¿Y no hay más?—preguntó con viveza la amiga, sonriendo.—¡Oh, pobre criatura! ¡Deberías estar contentísima! Dejémonos de niñerías; son ochenta pesetas más al mes... Pero tú crees en los fantasmas. Tengo la seguridad de que, al contrario, te encontrarás perfectamente. La gente del pueblo es bue-

na, es preciso prescindir de la corteza; descubrirás en ellos cualidades de que no tienes idea. Ya lo verás. Sabes tú, que yo soy medio socialista.

Y en efecto, también era socialista; por ser un poco de cada cosa. Con las familias religiosas, era religiosa; democrática, con las familias del pueblo; aristocrática, con la aristocracia; fautora de la "emancipación," de la mujer, con las amigas "emancipadas," y afectuosamente condescendiente con todos; tenía relaciones con medio Turín, frecuentaba cien casas donde daba lecciones y aceptaba convites; conocía curas, diputados, periodistas, gente necesitada á quien recomendaba por todas partes; contaba con amigas en todas las Instituciones aristocráticas; era la confidente de cinco ó seis directoras; escribía cartas de admiración, para obtener autógrafos, á hombres y mujeres ilustres; no faltaba á la comitiva fúnebre de los muertos distinguidos, metiéndose por entre toda la gente por darse aires de amiga de la casa; presentaba unos á otros á sus conocidos del mundo escolar y literario; á todos prestaba servicios, todo lo sabía y de todo entendía.

No escribía, únicamente, porque le faltaba tiempo; ni hablaba nunca de literatura por-

que le interesaba poco; había nacido para la acción y no tenía ninguna vanidad literaria; su ambición suprema era llegar á ser directora de una escuela municipal.

Sus palabras no llevaron ninguna tranquilidad al ánimo de la maestra Varetta. Tenía bien presente que á una compañera suya de San Andrés, los alumnos llegaron hasta á dibujar figuras obscenas en la pizarra, y á promover tales escándalos que se vió obligada á exigir á su padre que asistiera á las lecciones. Sabía también que otra había encontrado debajo del tintero una carta llena de groserías, y que estuvo á punto de enfermar por el susto que le dió un topo vivo que habían metido en el cajón de la mesa. Por último, á otra maestra de un pueblo, que hubo de denunciar á la autoridad á dos alumnos ya hombres, porque perturbaban la clase, éstos, apostándose de noche en la calle por donde tenía que pasar, la maltrataron arrojándola á un foso.

La señorita Mazzara se encogió de hombros. Eran invenciones, exageraciones: las maestras fraguaban una tragedia con cualquier tontería.

—Créeme, amiga mía—le dijo,—el pueblo, los trabajadores especialmente, son gen-

te de buena pasta, se hace de ellos lo que se quiere, hay que saberlos manejar, y el que habla mal de ellos, no los conoce. Hablo de los hombres, bien entendido. En cuanto á las mujeres... ya es otra cosa.

Todavía para fortificar el espíritu de su amiga con el propio ejemplo, se puso á referirle las fatigas que pasaba para dar la clase dominical en la sección Norberto Rosa.

—Figúrate cincuenta alumnas de todas edades, desde diez hasta cuarenta años, modistas, criadas, operarias, tenderas, hortelanas, dependientes de tienda, muchachas llenas de malicia... y aun, de cosa peor. Entran en la escuela con un estrépito endiablado, se disputan á puñetazo limpio los sitios que están cerca de las ventanas para poder ver á sus novios en la calle. Y luego, ¡qué amor propio! Las mujeres de edad no quieren que corrija la composición en voz alta; las jóvenes se rien cuando explico moral; una, no quiere aprender más que cuentas para su posada; otra le basta con saber escribir cartas para ejercitarse en la correspondencia amorosa; una quiere salir antes de la hora porque la cocina le está esperando, y otra se duerme porque tuvo que pasar la noche co-siendo ó Dios sabe cómo. Créeme, Enrique-

ta, es mucho mejor tener que habérselas con hombres.

Mientras hablaba de este modo, su amiga notó que llevaba puesto un vestido de finísima lana gris, que nunca le había visto, y que quizá era algo llamativo para ella.

—¿Cuánto te ha costado el vestido? — le preguntó.

Un poco encendida, le contestó como de pasada:

—Trapos viejos.

No obstante la distracción de la Mazzara, á la Varetti le cruzó por la mente una sospecha desagradable: que también aquel vestido, como aconteció con otro en el verano anterior, era vestido desechado por una hermosa muchacha que había hecho fortuna sin casarse, y que daba lecciones de ortografía con la Mazzara, para "ponerse á la altura del mundo".

La maestra reanudó su conversación.

—Hay que verlas salir de la escuela. Suena la campanilla y todas echan á correr con tal fuerza, que á veces caen unas sobre otras, y es un milagro que no ocurran desgracias. En la calle se tiran pelotas de nieve, y corren unas tras otras. Es un verdadero escándalo, ¿si vieras? Y no es esto lo peor. A la puerta

siempre hay un pelotón de hombres esperándolas. Si las oyes á ellas, todos son hermanos y primos. Se ve entre ellos también algún sargento. Se cogen del brazo sin más cumplimientos, en las narices de la misma directora. Hay una entre otras, una criadilla, una sierpe, que acabaré por arrojarla de la escuela, por lo que nos desespera. También tiene ella su primito como las demás. ¡Si vieras que estampa tan hermosa! Es uno que viene de más allá de Turín á esperarla, un alma perdida, uno de esos *chulos*, ya sabes, que nada tienen y que dejan seco á un hombre por una palabra. Y lo bueno es que mientras le hace el amor, esta celoso aun de las demás. Las quisiera todas para sí. Ha habido contienda ya con medio mundo. Todos le temen, estuvo un año en presidio por una puñalada. No puedes figurarte qué cara, sus ojos dan escalofrío. Y la desvergonzada se vanagloria, ¿entiendes? quiere imponerse á sus compañeras como si fuera una reina y amenaza con que lo van á pasar mal sus hermanos y sus novios. El domingo pasado soltó un sopapo á uno, hubo un escándalo y acudieron los guardias. Un día ú otro se matarán. También va otro que es un guapo mozo. El año pasado iba á la *Arena turinesa*.

á luchar, y dicen que derribaba á todos. No es muy alto, fuerte y esbelto, con hermosos cabellos negros y un mechón caído sobre la frente: una buena figura. Cuando se planta en la esquina, durante la lección, hay una docena de alumnas, las más inmediatas á las ventanas, que no hay manera de contenerlas. No lo comprendo... á mí me daría mucho miedo.

La risa con que acompañó estas últimas palabras no hizo buena impresión á la Varetto; porque á su juicio encubría un sentimiento en desacuerdo con las palabras, y bien se le alcanzaba la razón. Hija de un miserable tonelero, creció al lado de tres hermanos discolos, unidos á gente de la peor ralea de Turín, que habían estado varias veces en la cárcel por desórdenes y riñas, y supo elevarse por cima de la propia familia á fuerza de estudio y gracias á su natural bondad de alma y á ciertos apoyos aristocráticos; pero, á pesar de todo, quedábale una especie de simpatía de raza hacia aquella gente, que, temiendo manifestarse abiertamente se dejaba adivinar en una benévola indulgencia, rayana á veces en vulgar admiración que ofendía la delicadeza de su amiga.

Esta se olvidó en aquel instante de la buena amistad que se tenían hacia tres años, de un servicio de importancia que la Mazzara le había prestado en ocasión bien dolorosa, y se levantó llena de impaciencia. Su amiga le preguntó si iba á salir. Contestó ella que sí, que iba, como todos los días á la "bendición." Al oír esta palabra cambió la Mazzara de improviso de semblante y de acento, y le dijo con dulzura de devota:

—Haces bien, querida mía. También yo siento necesidad de ir á la Iglesia todos los días, y dedicar un pensamiento á Dios. Después me encuentro mejor.

Por otra parte, ella tenía que volverse á Turín. Aun debía visitar á una amiga, pariente de una maestra que había sido institutriz en casa del príncipe de Carignano, y dejar un recado al párroco de la Consolación: una enormidad de cosas.

—Ten, pues, serenidad y espíritu para dar esa clase nocturna,—le dijo, cogiéndole la barbilla entre sus dedos. Estoy persuadida de que encontrarás gente buena, gente de corazón, tosca, sí, pero franca, y también respetuosa. Basta con tratarlos sin aire severo, sencillamente, á su modo. Ya lo verás. Antes de un mes te adorarán.

La Varetta movió la cabeza, diciendo:

—Tengo malos presentimientos.

—¡Ilusiones!—repuso su amiga.—El pueblo es como el diablo, mucho, pero mucho menos feo de lo que lo pintan.

Le sugirió luego una idea: que en las primeras noches hiciese asistir al bedel.

La Varetta se sonreía. Era el bebel un pobre viejecillo que se hacía el valiente, pero que estaba siempre lleno de miedo, tanto que cuando se oían gritos de algún altercado en la calle, no había manera de dar con él, parecía que se disipaba á través de las paredes como un espectro.

—En suma—dijo por fin la Mazzara,—todo marchará lo mejor posible, te lo aseguro yo. Pronto volveré á verte y ya me dirás si estás contenta.

Salieron juntas acompañándola la Varetta hasta el camino, sin que mientras vagaban dejase de hablar por los codos su amiga, dándole noticias de otras diez compañeras, lo menos.

Ya en la puerta del patio se encontraron con un jovencillo con el sombrero remendado y la pipa en la boca, quien, mirando fijamente á las dos, se apartó para dejarlas pasar, y luego entró en la escuela, volviéndose

se á mirar á la Varetta. La Mazzara le hizo señas mostrando gran sorpresa, y exclamó:

—¡Es él!

—¿Quién, él?—preguntó su amiga algo turbada.

—El de quien te hablé poco hace, que viene todos los domingos á esperar á su prima. No sabía que viviera en San Antonio. Tú debes conocerlo.

Balbuzeando contestó la Varetta, que sí, que lo conocía de vista.

—Será alumno de la escuela nocturna,—dijo la otra.

La Varetta, sin embargo, sabía ciertamente que no lo era.

—Entonces,—dijo su amiga,—es seguro que ha venido á inscribirse. Si no, ¿á qué habia de venir á la escuela?

La Varetta palideció. Su amiga no lo advirtió, y añadió alegremente:

—¡Estarás tú destinada á convertirle! Ea, no te detengo más, no cojas frío. Adiós, Enriqueta.

Y dándole un beso, echó á correr por la nieve.



IV

La Varetti regresó á su casa con palpitaciones. ¿Había venido ciertamente para inscribirse en la escuela de adultos? ¿Por qué había esperado hasta el momento de ser ella la encargada de esta escuela? Le ocurrió en el primer momento ir á preguntárselo al maestro Gavallo, que hacía de Director y recibía las inscripciones; la contuvo, sin embargo, el temor de que adivinase su inquietud y la tachase de pusilánime. Un minuto después ya no había lugar á duda, al ver, por la ventana del patio, que el joven hablaba con el maestro, y que éste le despidió con un movimiento de la mano que parecía recordarle:—A las ocho.—Ella le conocía algo más que de vista: todos hablaban de él en el pueblo. Era un tal Muroni, apodado *Saltaventanas*, porque de muchacho, huyendo en una ocasión de la furia de su padre que quería matarle, había saltado por

la ventana, rompiéndose una pierna contra el empedrado de la calle. Su padre, que trabajaba en una de las fábricas de San Antonio, murió de un golpe de una correa de transmisión, por haberse metido debajo de ella en un momento de embriaguez, después de haber hecho sufrir muerte y pasión á su mujer, una pobrecilla que no pensaba más que en la Iglesia y que trabajaba en una cerrería. El hijo trabajaba en una herrería, solamente cuando tenía gana; se pasaba los días enteros en Turín; había estado un año en la cárcel por lesiones, y había desesperado durante un mes á los guardias civiles, escurriéndose de entre sus manos diez veces seguidas.

Frecuentaba la hez de los malhechores de la ciudad y sus contornos; jugador, torrache, amigo de pependencias y despótico; despiadado con su madre, á quien arrancaba hasta el último céntimo, amenazándola con ir á la Iglesia á armar camorra, ó con estropear las imágenes santas que tenía en casa; y por último, á él se atribuían todas las bribonadas y todas las violencias que se cometían durante la noche en San Antonio, cuyos autores no eran descubiertos.

La maestra Varetti siempre había sentido

horror hacia él, y mucho más de algún tiempo á esta parte, porque bien fuese por simpatía, bien por el gusto de atemorizarla y de confundirla con su mirada, había tomado la manía de clavar sus ojos en ella cuando la encontraba, y aun de pararse para seguirla, mirando, después de haber pasado; y en efecto, la mirada de sus ojos negros, centelleantes, con luces siniestras, le hacía cambiar el color y perdía el aliento.—¿Por qué había venido á inscribirse en la escuela de adultos?—volvía á preguntarse la maestra.—Ciertamente, no por instruirse. Las ideas más tristes cruzaban por su mente. Quién sabe; quizá ofendido por la aversión que ella le demostraba á pesar suyo, quisiera ir á la escuela para vengarse, ó que, interpretando su turbación por efecto de simpatía, quisiera acercarse á ella para conquistarla: ambas sospechas la angustiaban del mismo modo. Ahora le parecía verdaderamente irracional el haberse inquietado antes, cuando aún este individuo no formaba parte de los escolares.

Ahora, si, tenía razón más que sobrada para estar angustiada. ¿Qué ocurrirá, Santo Dios? ¿Cómo saldría de esta situación apurada?

Y presa de grande agitación comenzó á dar vueltas por el cuarto. Se detuvo un momento ante el retrato de su padre, de militar, colgado en una de las paredes, en actitud de pedirle consejo y valor; luego delante del espejo como para interrogar á su propia imagen si había impuesto respeto ó dado alas á la impertinencia, ó si la habria enfrenado con un movimiento de simpatía ó quizá de piedad.

Nada le respondió el espejo, sin embargo, que la confortase. De veinticuatro años, aun cuando de elevada estatura, no demostraba á lo sumo más que diez y ocho: era delgada, su cuerpo tenía la gracia airosa de una muchacha adolescente; en la parte inferior de su cara, de blancura lechosa, una finura de líneas como de una niña, boca pequeña descolorida y una voz dulce y débil de enferma. ¿Qué autoridad podía tener? Hasta aquel ligerísimo defecto de extravismo que daba á la mirada de sus ojos celestes una vaguedad fantástica, que á muchos parecía seductora, parecíale á ella que se prestaba á bromas y burlas, así como su tez delicada y su gracia señorial, que hacían un contraste demasiado vivo con el aspecto de la gente de la escuela.

Y así estuvo un momento delante del es-

pejo atusándose distraidamente con su larga y blanca mano los cabellos castaños que le caían sobre las sienes, y tratande de buscar cómo habría de disponer su semblante para presentarse en la escuela al día siguiente y conquistarse de buenas á primeras un poco de benevolencia. De pronto se levantó de allí más inquieta que nunca, se acercó á la ventana para examinar con mirada escrutadora á lo largo del camino, donde á través de la niebla de la noche brillaba ya el farol rojo de aquella terrible taberna, que tanto excitaba su imaginación y tan trémula la ponía. Dos golpecitos que sonaron del otro lado de la habitación la sacaron de sus meditaciones.

V

Era la maestra Baroffi que la llamaba para comer en su habitación. Hacía un mes que comían juntas ellas dos y la maestra Latti; contentándose con la cocina burda de la mujer del peón, que algunas veces les servía también la comida entre escobada y escobada. La Varetti, deseosa de distraerse, se fué allá en seguida, encontrándose á sus comensales ya sentadas á una pequeña mesa redonda en donde la sopera y la lámpara de petróleo se disputaban el espacio, echando humo las dos.

Con gran pesadumbre suya, la conversación recayó sobre la escuela de adultos. La Latti, al atravesar, hacía poco, el pueblo, oyó á un muchacho albañil decir á un compañero suyo, guiñando un ojo:

—Dí, mañana tenemos ya á la maestríta.

Y bromeó á propósito de esta frase, con su amiga.

Su buen humor era, sin embargo, una verdadera excepción de la regla. Le dominaba la monomanía melancólica, que ni su pequeño y enjuto cuerpo, ni su fisonomía morena y vivaracha de gitanilla, dejaban sospechar: se veía enferma siempre, de una enfermedad que cambiaba cada quince días; su cuarto era una verdadera farmacia, y constantemente llevaba en el bolsillo píldoras y polvos; se sabía de memoria el *Médico de sí mismo*, buscaba las recetas en la cuarta plana de los periódicos, sostenía correspondencia epistolar con dos médicos de Turín, y entre otros achaques, estaba siempre atormentada por una tos perpétua, ó más bien por la aprensión perpétua de tener tos, que la obligaba á estar siempre haciendo esfuerzos por vía de experimento, como un cantante que hubiese perdido la voz. A sus alumnas muchas veces les daba como asunto para las cartas, los consuelos que se deben prodigar á los enfermos, ó el hablar de una enfermedad propia. A cada paso, en el momento de comenzar las lecciones decía:

—¡Niñas, esta es una de las últimas lecciones que os da vuestra pobre maestra!

Si pasaba con sus amigas por delante del Campo-Santo, suspiraba:

—¡Allí me esperan!

Las alumnas astutas no tenían más que acosarla con preguntas como esta:

—¿Qué tiene hoy, señora maestra?

—¡Está tan pálida!

Ella, aun encontrándose bien, se ponía horriblemente agitada.

Por lo demás, era buena como el pan, y superior á todas las pequeñas miserias y pasioncillas del mundo escolar: como la que cree estar ya más bien *del lado de allá*.

Era hija de un guardia de orden público.

La Varetti no contestó á sus bromas.

La maestra Baroffi entonces la animó.

—Te envidio, — le dijo, levantando su ancha cara aplastada, con la cabellera descompuesta, y mirando por cima de la cabeza á su amiga, como si hablase con otra persona que estuviese de pie detrás de ella.—Tú podrás estudiar el pueblo. Objeto digno de estudio, nunca bastante profundizado. Podrás llevar á cabo un gran bien. Quisiera estar en tu lugar y créeme, haría lo que quisiera de esta clase. La Gavallo no les comprendía, no sabía tocar las cuerdas... No tiene el don de la palabra, en suma. Pero una muchacha de ingenio y de corazón, debe llegar á dominarlos en cuatro lecciones.

La Varetti movía la cabeza con aire incrédulo.

—Tú eres demasiado teórica,—le dijo.

Y así era en efecto. No obstante sus treinta y ocho años, creía todavía en el obrero de los libros de lectura, que canta los placeres de la honrada pobreza y se compadece de los ricos llenos de cuidados. Enteramente sumergida en la literatura, carecía del conocimiento práctico del mundo, y de base de observación propia y directa de los hombres y de las cosas; era sólo un emporio desordenado y extraño de sentencias de los libros, de conceptos convencionales y de frases estereotipadas, que combinaba á cada paso formando un mosaico para conferencias ideales. La conferencia era en ella un verdadero furor cefálico, por lo cual habiendo abandonado la escuela, habían tenido que relegarla de la ciudad á San Antonio, donde sufría de nostalgia literaria, siempre con el alma vuelta hacia Turin, campo de sus pequeñas glorias pasadas, como á un paraíso perdido. Llegó á tal extremo esta pasión en ella que no podía ver una mesa y una silla sin pensar inmediatamente en una conferencia; hubiera hecho conferencias á los árboles del camino; á sí propia se las hacía en su cuarto; no pensaba

en otra cosa; y todo lo que entraba en su cabeza recogido de la conversación ó de la lectura, tomaba casi espontáneamente la forma de conferencia, como ciertas materias toman una forma dada en una determinada máquina.

En esto ofrecía un caso cierto de cleptomanía literaria: no producía nada original, y no tenía conciencia de ello, robaba sin advertirlo, no hacía otra cosa que quitar la marca á los pensamientos de otro y poner encima la suya, cogía una conferencia de otro, la volvía del revés y la hacía suya, y la creía suya, cuando en realidad no tenía de suyo más que una cierta tintura uniforme lírico-pedagógica, con que solía barnizar todas sus cosas, y la entonación enfáticamente monótona con que la leía, cuando podía, gesticulando, con la nariz sobre las hojas.

Había publicado, años atrás, un libro de lectura que era de punta á cabo un verdadero almacén de objetos de procedencia furtiva, sobre el cual había tenido el atrevimiento de estampar:

“Derechos de propiedad reservados.”

Ahora, en aquel sitio de destierro, iba poco á poco acumulando los frutos de un vasto é infatigable saqueo, para cuando vol-

viese á Turin. Únicamente le preocupaba la creciente gordura, y la abundancia de los cabellos grises que, según ella, habían de perjudicarle algo para sus triunfos del porvenir.

La observación de la Varetti no pudo menos de molestarle algo.

—No soy teórica,—repuso.—Tengo más experiencia que tú y conozco mejor que tú el pueblo, y he observado que al pueblo, y particularmente á los obreros, no se les sabe enseñar. El obrero es ingenuo porque es inculto, es bueno porque trabaja, y por lo mismo es fácil para todos los entusiasmos. Es preciso, por tanto, tocarle en el sentimiento de la patria, en el amor de lo bello y de lo grande; hay necesidad de hacer que brillen ante su mente los ideales de la juventud, valiéndose del lenguaje de la niñez. He aquí precisamente lo que no se sabe hacer, y lo que yo haría, querida amiga.

—Dios mío,—respondió con tristeza la Varetti.—¡Cuando te lanzan un insulto al rostro, de bien poco servirán los ideales!

—A mí—contestó la otra,—no me lanzarían el insulto.

La discusión, que iba tomando cierta aspereza, fué interrumpida oportunamente por

la maestra Latti quien después de haber comido como un lobito, dejó caer de pronto el tenedor, exclamando:

—¡Este apetito será mi fatalidad!

Sus compañeras se sonrieron.

—A propósito,—dijo la Baroffi,—me ha dicho Gavallo que ha venido á inscribirse *Saltaventanas*.

Todas lo conocían por la fama.

La Varetti hizo indicación de que ya lo sabía.

—He ahí uno, por ejemplo—añadió la conferenciante,—á quien yo haría llorar como un niño.

—Quisiera verlo,—dijo la Varetti.

—Ya lo creo que lo verías,—contestó aquella.—Á veces esos demonios sueltos que meten miedo á todo el mundo tienen el corazón de niño. No hace falta más que saber buscar el camino para llegar á él. La palabra lo puede todo. Mira como los tiene Gavallo.

Este maestro daba la clase segunda de la escuela de adultos. Pero el ejemplo no encajaba bien, porque en la sección segunda no había hombres hechos. La Varetti además no creía que mantuviera la disciplina en el punto que tanto se vanagloriaba.

Solia él decir:

—En mi clase se oye el vuelo de una mosca.

Y ella, por la noche, desde su mismo cuarto oía un ruido infernal.

—Es muy otra cosa —dijo la maestra Latti, metiendo baza, y reanudando su interrumpida comida,—Gavallo es republicano; le es más fácil contenerlos; el pueblo tiene simpatía por los republicanos.

La Baroffi negó el aserto. Gavallo era republicano de principios y de corazón; tenía en su casa los retratos de Mazzini, de Aurelio Saffi y de Alberto Mario; su padre había sido mazziniano; él se mantenía fiel á los ideales de su padre; pero en la escuela no hacía propaganda; se abstenía tan sólo de las adulaciones y de las mentiras obligatorias.

—¡Ya! es un republicano silencioso—observó la Varetti,—que tiene muy buen cuidado de no comprometerse. La propaganda no entra en sus cuentas.

Este juego involuntario de palabras produjo la hilaridad de las otras dos. El maestro Gavallo y su mujer eran conocidos como los dos más apasionados calculistas del cuerpo de maestros; hacían cálculos infinitos sobre los sueldos y sobre los aumentos quin-

quenes propios y de los demás; continuamente estaban ocupados en cuestiones contencioso-escolástico-financieras, estudiando sobre los Boletines de *Monte de pensiones*, sobre los de la *Caja de la Sociedad de profesores*, sobre las memorias de la *Caja de pensiones* del Municipio; meditando propuestas y observaciones que hacer en las reuniones; registrando las "liquidaciones" de sus colegas; discutiendo el presupuesto del Ministerio de Instrucción pública; promoviendo interminables lamentaciones, á dos voces, á propósito de todos los aumentos de gastos que se hiciesen sobre los presupuestos anteriores.

No salían casi nunca de su nido.

Y decíase que empleaban toda la noche en cuentas y razonamientos de este jaez; y añadía la maledicencia: comistrajeando en medio de tantas cifras los embutidos y la cecina que recibían de regalo de los padres de sus alumnos.

Las dos maestras, Latti y Baroffi, se divirtieron buen rato á costa de los dos cónyuges, diciendo que tenían en la punta de los dedos los sueldos, indemnizaciones é imprevistos de todos los maestros del mundo, desde San Petersburgo á la California, cuando oyó la Varetti en el corredor el paso de Gavallo,

que se detuvo delante de la puerta de su departamento.

Mientras ella se levantaba para ir á su encuentro, oyeron llamar á la puerta de la Baroffi la cual corrió á abrir é hizo pasar al maestro que traía en la mano un gran papel.

Era una figura extraña, de poco más de cuarenta años, de corta estatura y rechoncho; cabeza enorme con gran cabellera negra enmarañada, la cara pálida y seria, con dos cortos bigotes, anteojos ahumados y la voz de bajo.

No quiso sentarse. Venía, enviado por su mujer, á traer á la Varetti la lista de los inscriptos en la escuela de adultos.

La maestra cogió la hoja y dió una ojeada: eran cuarenta. Miró el último nombre. Precisamente era el de Muroli, *Saltaventanas*.

Gavallo sacó otro folio más pequeño, en el que estaban divididos los alumnos en dos secciones: los que sabían leer y escribir regularmente y los que comenzaban.

—Sepa usted —dijo,— que hay un nuevo inscripto.

La maestra le respondió que ya lo había visto.

—No se preocupe usted —le dijo el maes-

tro con voz burlona, notando intranquilidad en su semblante;— á ese, lo mismo que á todos los demás se le hace andar derecho de idéntica manera. No hacen falta frases, ni ponerse sentimental. Lo primero que se necesita es franqueza y energía, y mostrar claramente que no se teme á ninguno. El pueblo ama los caractères fuertes y francos. Yo les tengo á todos los míos en un puño, y no hay quien respire. De todas suertes, si algo ocurriera, mándeme llamar, no tendré que hacer más que presentarme.

La Varetti le dió gracias, con una ligerísima sonrisa irónica; el maestro dió las buenas noches y se encaminó hacia la puerta. En este punto, se volvió para dar á sus colegas una buena noticia. Parecía, que al cabo, el Ministerio se decidía á otorgar una reducción de precios en los billetes del ferrocarril á los maestros elementales.

—¡Ya era hora! —dijo— y se fué.

La Varetti y la Latti se despidieron de su amiga y entraban en sus respectivas habitaciones en el momento que el portero atrancaba la puerta del patio; y la solitaria casa quedó en profundo silencio.

VI

A la mañana siguiente, cuando se preparaba para bajar á la escuela de los niños, recibió la Varetti una visita inesperada: era la madre de *Saltaventanas*. Entró ésta en la habitación con mucha timidez, inclinándose como delante de una gran señora; y al dirigir en derredor su mirada con cierto aire de respetuosa curiosidad, pareció sorprenderla el ver colgado en la pared el retrato de un oficial. Era esta mujer, pequeña, rechonecha, con pañuelo á la cabeza, que dejaba ver sus ya canosos cabellos, vestida de campesina, limpia; una cara de alma en pena, con una arruga en medio de la frente, y dos ojos inquietos y centelleantes, en donde parecía que dos lágrimas inmóviles se hubieran cristalizado.

Comenzó por hacer una pregunta singular, en voz baja, como si hablase á la rejilla de un confesionario: preguntó á la maes-

tra si sabia *por qué motivo* su hijo se había decidido á ir á la escuela de adultos. La maestra se maravilló de la pregunta. ¿Qué podía saber ella en este asunto? Y la sospecha tan sólo de que la mujer supusiera que entre el muchacho y ella había relación alguna, aun cuando fuera meramente de palabras, hizole afluir la sangre á las mejillas.

Entonces, con voz temblorosa, hablando muy bajo, casi al oído, la vieja le recomendó á su hijo; si por acaso no se portara bien, si por ventura cometiera alguna... imprudencia, suplicaba á la señorita que se compadeciera, hasta donde fuese posible, que no le tuviese ojeriza... por su carácter. Con tanta cosa como le había hecho, parecía creer todavía que la culpa de sus perversidades recaía más bien en sus malas compañías, que en su fondo insano. Pero no pudo ocultar la verdad á pesar suyo, cuando vió en los ojos de la muchacha no más que una fugitiva expresión de lástima:

—¡Ah, señora maestra!—exclamó juntando las manos—¡si supiera qué vida llevo! ¡Ese hijo á quien daría toda mi sangre! ¡Virgen bendita! ¡Y decir que desde los trece años no ha querido confesarse ni comulgar!

Y rompió á llorar. Sí, ¡ah! todo lo demás le

hubiera parecido insignificante si hubiese querido ir á misa los domingos. Y en efecto, por esto precisamente había venido á verla. Si la señora maestra, al dar la clase, así, de lejos y poco á poco, quisiera enseñarle algo de religión, un poco del temor de Dios, con esas palabras que las personas instruidas saben buscar, haría obra santa y ella le bendeciría toda su vida.

En este punto cesó de hablar, acercándose á la ventana para mirar hacia el camino, sin tocar con su cara en los cristales, porque temía que el hijo la hubiera visto entrar ó pudiera verla salir. Su aspecto y todos sus movimientos revelaban una angustia habitual y antigua, que era en ella como enfermedad crónica; dejaba adivinar una historia miseranda de dolores y agonías; las noches pasadas en vela, esperando llena de sobresalto á que su hijo llegase herido ó muerto, las persecuciones y los golpes del marido, el terror continuo de la justicia humana y divina, veinticinco años de vida en un martirio sin reposo y sin consuelo. Insistió luego en sus recomendaciones, con palabras humildes en las que no dejaba, sin embargo, de traslucirse una cierta medrosa altanería por la guapeza, por el valor y hasta

por la triste celebridad de su hijo. Malos hombres y malas mujeres le buscaban, todos le querían, le arrastraban á beber y á jugar, él era orgulloso, una media palabra le ofendía, nada temía en el mundo... Pero de niño había sido bueno como todos. Este recuerdo hizole sollozar nuevamente.

—¡Quién me hubiera dicho—exclamó llorando amargamente—cuando lo tenía en mis brazos, que había de desgarrarme el corazón de este modo!

Y mientras la maestra le decía algunas palabras de consuelo, quitóse las manos de la cara, se quedó mirándola en actitud de reconocimiento y de admiración, como si por primera vez observase su noble figura y su voz suave. Manifestó su propósito de irse sin dejar de mirar á la maestra de pies á cabeza.

—¡Ah, pobrecilla—le dijo.—Una señorita tan... tener que dar clase á todos estos demonios!

Y se fué, no sin mirar antes con recelo por la ventana.



VII

La clase de adultos debía comenzar á las ocho. Un cuarto de hora antes, la maestra Varetti, mirando por los cristales, vió ya entre la niebla del camino negros grupos de obreros que con las pipas y los cigarros encendidos llenaban la obscuridad de multitud de puntos de fuego. Habíase vestido aquella tarde con un vestido de lana color café, algo ancho, y que le parecía el más adecuado para no atraer sobre su figura las miradas. Diez minutos antes de las ocho, vino á buscarla el maestro Gavallo para presentarla á los escolares.

Al pasar por el corredor, encontraron al portero, un viejecillo seco y narigudo con cara petulante. Gavallo le mandó que vigilara la clase de la Varetti.

—¿Dentro?—preguntó aquél algo confuso.

El maestro le contestó que desde fuera, y el hombre respiró:

—Dentro ó fuera—dijo,—para mí es lo mismo.

Entró la maestra con Gavallo en la escuela, que era la misma donde la Baroffi daba clase de día á los niños. Todavía no habían llegado más que seis ó siete alumnos, que se hallaban sentados en los bancos de atrás; los demás iban entrando. El maestro y la maestra subieron á la plataforma donde estaba la mesa, permaneciendo en pie delante de la pizarra, debajo del mechero de gas, presenciando la entrada.

Entraban uno á uno, de tres en tres ó de cinco en cinco en fila, con libros y cuadernos en la mano, los hombres golpeando con los pies fuertemente el suelo por el frío, y los muchachos haciendo gran ruido con los zuecos, y todos, al entrar, dirigían la primera mirada llena de curiosidad á la nueva maestra, algunos hasta se paraban un momento; poco á poco fueron sentándose en fila en los bancos, expresando en voz baja á los más próximos y sonriéndose, sus impresiones. Había alumnos de todas edades; desde los doce á los cincuenta años: obreros de la fábrica de herramientas y de la de ácido

sulfúrico; trabajadores de una tenería, albañiles, labradores, pastores, de los que en el invierno descienden de los Alpes á invernar en Turín con sus ganados, para vender leche ó quesos, ó apilar la nieve: cabelleiras tiesas ó enmarañadas, barbas en el más completo abandono, caras negras, corbatas encarnadas, camisas sucias, toscas chaquetas á punto de reventar por la excesiva ropa interior ó los gruesos chalecos de punto que asomaban por las mangas.

Los hombres maduros, avergonzados de tener que asistir á la escuela, se iban colocando casi todos en los últimos bancos con la espalda en la pared, en la cual se veían enormes salpicones de tinta casi hasta el techo.

Una vez todos en su sitio y tranquilos, el maestro Gavallo, con su tremenda voz de toro, hizo la presentación en forma muy cortés, diciendo:

—Os presento á vuestra nueva maestra. Recomiendo á todos la obediencia y el respeto.

Dicho esto salió precipitado sin añadir nada más, y la maestra permaneció un momento inmóvil, en pie, frente á frente á sus alumnos, que la miraban en silencio.

Un observador extraño habría adivinado que todos á una hacían mentalmente un parangón de la nueva maestra con la precedente, la señora Gavallo, una mujer ya de treinta años, pequeña y gruesa, que parecía la hermana de su marido; y habría notado también que el parangón era ventajoso á la primera.

En casi todos los ojos brillaba una sonrisa, fiel expresión de los pensamientos que cada cual guardaba para sí.

La maestra permaneció algo confusa, con la vista turbada, sin saber cómo principiar. Luego se sentó á su mesa.

En aquel momento penetró en la clase *Saltaventanas*.

Un prolongado murmullo corrió por toda la escuela, y las miradas de todos se dirigieron hacia él y la maestra; quien cerciorándose por este hecho de que venía á la escuela por ella, palideció ligeramente.

El joven, desenvuelto y tranquilo, pasó por delante de la mesa, echando de soslayo una mirada á la maestra y se encaminó delante del primer banco de la derecha donde había un sitio vacío contra la pared, y apoyando su mano sobre aquél con un agilísimo movimiento saltó dentro y se sentó.

Lo primero que la maestra debió hacer fué examinar ligeramente al recién venido para asegurarse de si podía estar en la sección de los más avanzados entre los cuales se había colocado *motu proprio*; pero la expectación que este examen producía y que ella vió en los ojos de los escolares, le quitó el valor de hacerlo. Comenzó en seguida su lección.

La Gavallo habíale indicado su método y el punto al cual habían llegado. Siguiendo sus huellas, se puso á escribir en la pizarra con mano insegura una serie de sílabas simples, para hacerlas leer primero y luego escribir á la sección de la izquierda; mientras éstos escribían, hacía leer á los demás en el libro de lectura.

La lección parecía que comenzaba bien: en un rato no se oyó murmullo alguno: los que no atendían á la lectura parecían absortos en la contemplación de su persona.

Timidamente, mientras leían los primeros, uno á uno, furtivamente fué examinando á los escolares. Los mayores estaban casi todos á su izquierda, con los que estaban más atrasados. Le llamó la atención antes que nadie, en el banco más próximo, una especie de hércules reducido y giboso con ca-

beza desmesurada y deforme, frente chata y boca de buey; una cara estúpida en la que aparecía obstinada manifestación de brutalidad; más que no obstante la expresión torva de sus ojos, dejaba entrever un no sé qué de rectitud moral, que interesaba. Prestaba una atención profunda á sus palabras y á la lectura de los demás. La maestra observó que tenía por pluma una llave con la plumilla de acero metida en el agujero. Cuando le tocó el turno de la lectura, preguntóle su nombre: él respondió de un modo casi inteligible:

—Carlos Maggia.

Era un muchacho cortador, de treinta y cinco años, que representaba diez más.

A las primeras sílabas que leyó, con tono de voz que más bien parecía gruñido de mastín, se echaron á reír algunos muchachos de la otra sección; pero una mirada lenta que paseó por todos ellos fué bastante para que callaran.

Otro alumno llamó grandemente también la atención de la maestra; estaba en la sección de la derecha y debía ser el más viejo de todos; tendría unos cincuenta años, alto, con barba espesa y entrecana, semblante benévolo y cansado, de honrado trabajador, que

la tranquilizó. Era un tal Perotti, operario de la tenería, que tenía en la misma escuela, dos bancos más abajo, un hijo suyo de once años, aprendiz en su fábrica, serio y simpático como él.

Continuando recorriendo los bancos con la mirada, tropezó con la cabeza rubia de otro obrero, más limpio que los demás, que fijó su atención: un hombre como de treinta años, con el pelo largo y bien peinado, con cara señoril, gran nariz aguileña y ciertos ojillos azules que revelaban inteligencia al par que expresión de orgullo, reavivada al encontrarse con la mirada de la maestra.

En aquella parte los más eran muchachos: con sus carillas vivas, inquietos, sucios, impertinentes, en quienes á las primeras de cambio se comprendía que venían á la escuela más bien para estar calientes y hacer ruido, que para aprender.

Entre todos, despertó su inquietud un chico como de catorce años, al extremo del segundo banco, un albañilito, parecía, el cual sonreía abiertamente con aire de familiaridad nada respetuosa cuando ella lo miró. De las muchas figuras de pilluelos que había visto salir de las fábricas, aquella era sin duda la más redomada; en sus ojos brillaban

todos los vicios, la nariz remangada, era la personificación de la insolencia; una boza en la que se adivinaban las obscenidades sin que hablase, el color cetrino, el cuerpo largo y descarnado; algo encorvado y la sonrisa única del muchacho que ha recorrido ya gran trecho de todos los caminos que conducen al hospital y á la prisión.

Desde éste bajó su mirada al primer banco; mas, apenas vió á Muroli, cambió hacia el lado opuesto, poniendo su atención en los alumnos que leían todos juntos las sílabas de la pizarra, silabeando y cantando como niños que echasen su voz por un embudo.

Habíase ya extendido por la escuela fuerte olor que comenzaba á ofender sus narices; las pipas, los cigarros recién apagados, un tufo mixto de vino, de grasa de las máquinas, de pieles curtidas, de cuadra, de zapatos podridos... En el coro que formaban los que silabeaban, oía que algunos muchachos forzaban la voz por juego, pero hizo como que no lo notaba.

Concluída la lectura, mandó que escribieran las sílabas en los cuadernos, y se volvió á la otra sección. Pero antes de empezar, bajaron de los bancos del fondo tres alumnos de los mayores con el cuaderno en la mano,

entre los cuales estaba Perotti, para que la maestra les esclareciera algunas dudas sobre la composición que les habían encargado, como hacían con la maestra Gavallo.

Un pintor habría podido hacer un cuadro hermosísimo con el grupo que se formó por un momento con la graciosa cabeza de aquella maestrilla tímida y algo vergonzosa, inclinada sobre los cuadernos, en medio de las cabezas toscas y despeinadas de tres obreros inclinados también para observar las correcciones. La Gavallo habíales dado, como tema, una carta de despedida de un obrero á su jefe.

Cuando los tres alumnos estuvieron de nuevo en su paesto, llamó á uno de ellos, el primero con quien tropezó en la lista, para que leyese su trabajo de composición en voz alta.

Al oír el nombre de Luis Lamagna, se levantó el obrero rubio de cabellos largos.

Todos guardaron silencio, aun los de la otra sección, y se volvieron á mirarlo como si esperasen de su lectura alguna cosa singular.

Empezó la lectura con cierta facilidad y un aire afectado de descuido, aparentando que tenía su atención puesta en otra parte,

Había en su carta frases que no tenían que ver con el asunto, y metidas allí casi por fuerza, y en las que bien se echaba de ver el orgullo que la maestra había ya leído en sus ojos. Le hizo notar ésta algunas faltas gramaticales, á las cuales opuso él algunas objeciones, no con descortesía, pero sí con un tono que dejaba comprender que quería que se le tuviera en un concepto especial, y no ser confundido en el montón de todos los demás. La carta estaba firmada: *Luis Lamagna, su igual, no siervo*. Fueron estas palabras como un relámpago para la maestra.

Lamagna debía ser seguramente aquel famoso obrero socialista de la fábrica de herramientas, del cual había oído hablar muchas veces, como de un muchacho de ingenio atrevido y extravagante, tenido en gran estima por sus compañeros á quienes predicaba *el nuevo verbo* en los círculos, terminando siempre sus discursos recomendando *el orgullo de clase*, como el principal y necesario fundamento de la emancipación futura. ®

La maestra hizole todavía una advertencia más sobre una palabra del final, y él se sentó, murmurando sus objeciones al que tenía á su lado con ademán altanero.

Hasta aquí, salvo algún ligero contratiempo, la clase marchaba bien y la maestra recobraba valor. Hizo abrir el libro de lectura, *El Artesano italiano*, que tenían todos los alumnos de la derecha, y leyó ella la primera un período. Al leer pensaba que á toda costa debía hacer leer después de ella á Muro, ya por romper el hielo, ya por no despertar en la clase la sospecha de que tenía miedo. Por otra parte, empezando por la derecha, era él el primero en el banco más próximo. Hizo sin titubear un esfuerzo, apenas terminó su lectura, y volviéndose hacia él, le dijo:

—Repita usted.

Todos callaron.

El joven se levantó, con el libro en la mano, sonriendo y con el aire vanidoso de quien sabe que es objeto de curiosidad y de espectación.

Era la vez primera que ella fijaba sus ojos en él, y sintió mayor repugnancia que nunca. Aquella cabeza menuda, con los cabellos afeminadamente partidos por la mitad; aquella cara de muchacho precoz, de palidez livida, con dos ojillos penetrantes, de ruda y resuelta expresión, en los que se adivinaba la ira vengativa y sin piedad; con

aquella boca apretada y sin labios, que más bien parecía una cuchillada, guarnecida únicamente por dos bigotillos retorcidos en punta, tenían algo de feroz y de repulsivo juntamente, y causaba peor impresión aún que la cara de un rudo malhechor embrutecido.

Todo su cuerpo, bien proporcionado y enjuto, hacía suponer que poseía músculos de acero y una desenvoltura de saltimbanqui.

En el pelo, lleno de pomada, en la corbata anudada de modo que dejase al descubierto el arranque del cuello, en los pantalones estrechos y acampanados, en los anchos puños de color que casi le cubrían la mitad de las manos, dejábase bien reconocer el tipo del *chulo* ambicioso, mezcla del facineroso y del elegante, devorado por múltiples apetitos y sin más freno que el de la pobreza, pronto á todas horas para cualquier intentona y para las bribonadas más audaces. La apostura de su cuerpo torcido, con un hombro más alto que otro, el fulgor intermitente de los ojos, la entonación de su ronca voz cascada, manifestaban un orgullo desmedido y salvaje, que, no hallando otro camino, se desahogaba en cínico des-

precio de todos y de todo; de esos desprecios plebeyos que van de abajo arriba creciendo gradualmente desde el fango donde nacen hasta las alturas de todas las grandezas humanas. Leyendo con trabajo, fingía tropezar por capricho no por ignorancia, y sin levantar la cabeza del libro lanzaba de vez en cuando una mirada á la maestra, que no le veía más que lo blanco de los ojos, lo cual le helaba la sangre en las venas.

Per más que se esforzase cuando tenía que corregirle, no se atrevía á mirarlo á la cara; se ponía á mirar su mano derecha con la cual sostenía el libro, y pensaba con horror que era la misma que había hundido el puñal en el costado de un amigo. Cuando terminada la lectura, volvió á sentarse, pareciale verse libre de una angustiosa opresión al corazón.

Tocóle el turno á aquel muchacho del segundo banco, que tan mala impresión le había hecho; y por la manera de levantarse, así como por el movimiento de curiosidad de sus compañeros, comprendió que estaba acostumbrado á provocar la hilaridad y el escándalo en la clase; y habiendo leído en la lista Pedro Maggia, con la esperanza de con-graciárselo de este modo, le preguntó si era pariente del otro Maggia aquella especie

de enorme bruto que estaba en la otra sección.

—Es mi tío, — contestó el muchacho, haciendo una mueca ridícula que hizo reir á los más próximos.

El tío, que seguía escribiendo con su llave, ni siquiera levantó la vista. Comenzó á leer aquél con falsa voz, que era una de sus gracias artísticas, con lo cual imitaba á un pobre cojo del pueblo que pedía limosna. Todos los mozalbetes se echaron á reir. Pero tres ó cuatro de entre los hombres dieron muestras de desaprobación; entre los cuales Perotti, que desde su banco colocado en el fondo le dijo con aspereza.

—¡Ea, acaba!

—¿Por qué me falta al respeto?—le preguntó la maestra fortalecida, con aquel auxilio.

Sentóse el muchacho, haciendo ademán de retorcerse el bigote. La maestra pasó al siguiente. Cuando tocó su vez á Lamagna, habiéndole dicho:

—Pronuncie mejor la doble r, — contestó con arrogancia.

—Creo que la pronuncio bien.

Los demás no estuvieron mal.

Entonces les dió el periodo que habían de

escribir y volvió otra vez á la sección primera.

Entre tanto, no dejaba de mirar furtivamente á Muroñi para ver si por su aire adivinaba sus intenciones. Estaba escribiendo, pero la miraba con mucha frecuencia; y sus miradas, no revelándole sin embargo claramente sus pensamientos, le confirmaban desgraciadamente en la certidumbre de que había venido con un determinado propósito; ó arrastrado por brutal simpatía, ó por llevar á cabo alguna bravata, quizá para cumplir alguna apuesta que había hecho á sus compañeros, ó con el sólo intento de amedrentarla y de hacerle pasar malos ratos por pura maldad: ó, quien sabe por qué. Siempre que la miraba, se deslizaba por aquella boca sin labios una sonrisa, como el centelleo de una espada, una sonrisa atravesada, falsa, fugitiva, como de quien encubre propósitos malignos. Cada una de estas sonrisas era para ella motivo de turbación, de tal modo, que necesitaba hacer un grande esfuerzo para no perder el hilo de la lección; y él lo advertía y sus ojos despedían rayos de complacencia triunfante, lo cual la perturbaba aún más.

Tuvo él sin embargo durante toda la clase

un comportamiento correcto; sin volverse jamás á hablar con los que estaban cerca, como si estuviera enteramente absorto en su idea.

Pasaron aquellas dos larguísimas horas, como Dios quiso. Como venían dos días de descanso, sábado y domingo, la maestra encargó á la sección más adelantada una carta á una supuesta hermana que está fuera. Luego recomendó tímidamente á todos que salieran en silencio. A sus últimas palabras el pequeño Maggia dió un silbido muy bajo, que pasó inadvertido por el ruido que todos hacían para arreglarse y salir. La maestra pudo también aparentar que no lo había oído, gracias á la campanilla que sonó en el mismo momento.

Salieron todos con gran desorden. Al pasar por delante, Muroñi le lanzó una mirada, que ella evitó. Muchos hombres la saludaron. Pero el mayor estrépito estalló fuera.

Salían á la vez también los alumnos de Gavallo. Más bien parecía la salida de un teatro popular en un martes de carnaval: chillidos, silbidos, gritos, un taconeo espantoso, un llamarse unos á otros á voz en cuello, una confusión de preguntas y respuestas en medio de las cuales la maestra oyó varias veces su nombre, y adivinó los comentarios

que hacían sobre ella, acompañados de ruidosas carcajadas, de cánticos, de gritos imitando animales, de exclamaciones burlescas y de sonoros escupitajos; y por todas partes ardían las pajuelas y el papel para encender las pipas, ofreciendo por un momento el espectáculo de una verdadera iluminación en medio de la niebla.

Poco á poco fue alejándose el tumulto, y ya no se oyeron más que gritos y cantos en el pueblo, que al fin se apagaron en un silencio profundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

En suma, la Varetti salió de la escuela bastante tranquila; su clase era menos mala de como se la había imaginado; había entre los escolares semblantes de gente honrada, que le parecían dispuestos á tener á raya á los revoltosos; y sobre todo le daba ánimos la imagen de aquel Perotti, sobre cuya cara bonachona casi había advertido una promesa de protección paternal. Pidióle noticias sobre él á Gavallo, á quien encontró en la escalera, y le dió excelentes informes.

Era buen obrero y óptimo padre de familia, que trabajaba de carpintero antes de entrar en la tenería, y había hecho dos ó tres muebles bastante bonitos para el museo pedagógico que el maestro se proponía ir organizando. Tenían tanto deseo de instruirse él y su hijo, que apenas salían de la tenería se iban á la escuela sin comer, se estaban diez horas en ayuvas; y el chiquitín, que

que hacían sobre ella, acompañados de ruidosas carcajadas, de cánticos, de gritos imitando animales, de exclamaciones burlescas y de sonoros escupitajos; y por todas partes ardían las pajuelas y el papel para encender las pipas, ofreciendo por un momento el espectáculo de una verdadera iluminación en medio de la niebla.

Poco á poco fue alejándose el tumulto, y ya no se oyeron más que gritos y cantos en el pueblo, que al fin se apagaron en un silencio profundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII

En suma, la Varetti salió de la escuela bastante tranquila; su clase era menos mala de como se la había imaginado; había entre los escolares semblantes de gente honrada, que le parecían dispuestos á tener á raya á los revoltosos; y sobre todo le daba ánimos la imagen de aquel Perotti, sobre cuya cara bonachona casi había advertido una promesa de protección paternal. Pidióle noticias sobre él á Gavallo, á quien encontró en la escalera, y le dió excelentes informes.

Era buen obrero y óptimo padre de familia, que trabajaba de carpintero antes de entrar en la tenería, y había hecho dos ó tres muebles bastante bonitos para el museo pedagógico que el maestro se proponía ir organizando. Tenían tanto deseo de instruirse él y su hijo, que apenas salían de la tenería se iban á la escuela sin comer, se estaban diez horas en ayuvas; y el chiquitín, que

había seguido la enseñanza elemental, todavía después de cenar corregía los trabajos de su padre.

—Ya irá usted viendo — terminó Gavalló, — cómo se marcha bien con la gente del pueblo. Por lo demás si siguen los desórdenes, mándeme usted á llamar por el portero, no tengo más que asomarme á la puerta para que todos estén en su puesto.

La maestra volvió á presentarse, pues, en la escuela, y si bien turbada por el temor que *Salta-ventanas* le inspiraba siempre, pudo mantenerse con mayor serenidad que tres días antes. Pero por desgracia, bien pronto advirtió que los muchachos si bien ya no les distraía la curiosidad que había despertado en ellos el primer día, habían adivinado su índole tímida y no parecían dispuestos á estar con orden como la noche pasada. Oíanse risotadas mal reprimidas, y comprendió que alguno estaba haciendo gestos inconvenientes á sus espaldas, mientras estaba escribiendo sílabas en el encerado. Los muchachos comenzaban á hablar fuerte; algunos se dormían; uno se puso á roncar y tuvo que despertarle. Dos ó tres veces se vió obligada á interrumpir la lección, fatigada, y esperando que los mayores, incomodados por las distra-

ciones, impusieran silencio. *Maggia*, el pequeño sobre todos, distraía á los que tenía cerca con una gimnasia continua de pies y manos por debajo del banco, y cuando le miraba, se quedaba él con los ojos fijos en ella con una expresión de fingido estupor, tan impertinente, que le hacía volver la cabeza hacia otro lado.

Todos se callaron cuando terminada la lectura de la sección primera, vieron á *Salta-ventanas* salir de su banco con el cuaderno en la mano y subir á la plataforma en demanda de explicaciones sobre su trabajo.

La maestra temblaba, sobrecogida por aquel acto de audacia.

El joven se acercó á ella perfectamente tranquilo, simulando una gran seriedad y poniéndole delante el cuaderno abierto, le hizo una pregunta respecto á una frase.

Venciendo la gran repugnancia que sentía para acercarse su cabeza á la suya, temblando, y como apretándose contra sí misma para evitar su contacto, inclinó su cabeza sobre el cuaderno y leyó los primeros renglones de la composición: una carta á una hermana. ®

De pronto, movida por un desprecio más rápido que todo temor, cogió el papel con

las dos manos, le hizo pedazos y rechazó el cuaderno.

Había leído el principio de una declaración amorosa.

El joven recogió su cuaderno y volvió á su sitio, con la cabeza baja, sonriendo siniestramente. La maestra se quedó un momento blanca como el papel. Luego, con gran trabajo, reanudó la lección.

Aquel misterioso suceso, comentado primeramente por un vivo murmullo, sirvió para mantener á los escolares en un breve silencio de curiosidad y de espectación. Pero ya al final de la clase, y cuando la maestra se puso de espaldas para escribir las sílabas en la pizarra, la asustó el golpe de una gran bola de papel mascado que fué á dar precisamente en medio de la pizarra y cayó á sus pies.

Se volvió rápida y con la cara encendida para buscar al culpable, que no podía ser Muroñi, puesto que la bola había venido del centro de la clase.

Miró á Maggia, el pequeño; tenía una cara impasible. Miró á los demás muchachos; todos parecían estatuas.

—¿Quién ha sido?—preguntó con voz conmovida.

Nadie respondió.

En vano buscó la cara de los tres ó cuatro hombres de edad, á quienes creía dispuestos á protegerla; entre otros, á Perotti; todos bajaron la cabeza. Entonces, desanimada, hizo un esfuerzo para tragarse las lágrimas y continuó la lección.

Aquella nueva afrenta que le habían inferido en presencia de todos, la apuraba más que la otra, que, sin embargo, la había ofendido más en lo hondo como mujer; y su visible conmoción produjo en los alumnos una cierta reserva, menos en Maggia pequeño, que por dos ó tres veces trató de hacer reír á la clase. Los mayores le chichearon indignados. Triste siguió la maestra su trabajo, haciendo leer sin volver á mirar á Muroñi hasta el final de la clase. Los ojos con que la miró en aquel punto, le revolvieron la sangre, no era ya la mirada entre curiosa y cinica de la primera noche: era una mirada fría y penetrante, que despedía fulgores por entre los párpados entreabiertos, y en la cual se leía el orgullo ofendido, un propósito resuelto de venganza, una abierta amenaza.

Vióse ya en aquel mismo momento asaltada, golpeada, herida, tendida sobre la nieve,

y sintió que por el costado corría caliente su sangre; sus piernas temblaban como si la acometiera la fiebre.

Á la salida vió que muchos alumnos se agolpaban en el corredor en derredor de Muroñ para preguntarle que les revelara el secreto. Uno de los últimos que salieron fué Perotti.

La maestra lo llamó.

Se acercó aquél en actitud respetuosa y con el sombrero en la mano.

—Ha visto usted—le dijo la maestra con voz trémula todavía—la afrenta que me han hecho cuando estaba en la pizarra. Si no castigo al culpable, será peor. ¿Por qué no me dice usted quién ha sido, usted que es un hombre de bien?

Perotti bajó la cabeza, algo avergonzado, sin responder.

—¿Por qué no me denuncia usted al culpable?—repitió la maestra.

—Eh, querida señora—respondió francamente el obrero,—por no encontrarme con una puñalada.

La maestra hizo un movimiento de horror.

—¿Si no puede haber sido otro más que un muchacho!—dijo.

—Es cierto—replicó;—esos son precisamente peor que los grandes.

La maestra no añadió ni una palabra más, y Perotti se fué con la cabeza baja.

IX

La primera idea fué suspender las lecciones.

Se rehizo luego y prevaleció el sentimiento de la dignidad. Hubiera sido una vileza ceder tan pronto á la insolencia de la mínima parte, que era la peor, de la clase. Decidióse, pues, á persistir; y también á guardar en su interior todas sus angustias y sus miedos. La maestra Baroffi, sin embargo, le sacó la conversación en el almuerzo, quejándose de que sus alumnos adultos hubieran agujereado el fondo de los tinteros fijos en las mesas, de modo que á la mañana siguiente toda la tinta escurrió sobre los vestidos de las niñas. Entonces la Varetti le habló de sus temores. La Baroffi, sin embargo, siempre con la misma manía.

— ¡Pero háblales! ¡Hazles un buen discurso, que les conmueva! Hasta que no te hasgas oír, no lograrás nada. ¿Quieres que te es-

criba yo algunas palabras, si te parece? Tu lema debe ser: *Sursum corda!* ¡Ah, si me encontrase en tu lugar! Yo les haría venir á besarme las manos como esclavos agradecidos. La palabra lo es todo.

La Varetti, sin embargo, no le dijo ni palabra sobre el hecho de Muroñi; porque, después de todo, si bien la había ofendido, al menos la había sacado de una afanosa incertidumbre, revelándole el por qué había venido á la escuela; y el nuevo temor que ahora la asediaba, de una venganza del orgullo ofendido, siendo algo concreto y determinado, le angustiaba menos que el miedo misterioso de antes.

Vino la tercera lección y fué más borrascosa que la segunda. Pudo penetrarse desde los primeros momentos de que había una inteligencia para armar barullo, entre los peores muchachos de la clase. También el ademán de Muroñi, parecióle cambiado desde el principio como de propósito. Veíasele en su puesto con un aire petulante, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, puesta una pierna sobre otra, mirando á la maestra con una mirada que iba sin detenerse desde la cara á los pies y desde los pies hacia arriba, acompañada de un balanceo de

cabeza y de una continua sonrisa, como para hacerle comprender el deseo sensual que le hacía acariciar así, con insolente ojo, toda su persona. Ella descubrió que había convenio entre él y el pequeño Maggia, á quien dirigía miradas para animarle á hacer impertinencias. Hizo todo lo que pudo sin embargo, antes de amonestar á nadie. Pero, sin quererlo, el socialista Lamagna suscitó el desorden.

Cuando un alumno de la derecha leyó en voz alta una proposición de *El Artesano italiano*, que decía:

—“El hombre de bien, aun cuando sea pobre, siempre está contento y siempre es bueno.”

Lamagna puso una cara irónica, y dijo bastante fuerte:

—¡Qué historias son éstas para que nos las vengan á contar á nosotros!

Y todos los muchachos se echaron á reír á coro.

No obstante todo esto, en cada interrupción ó trastada de los chicuelos, le daba nuevo valor el ver que la mayor parte de los hombres, especialmente los labradores y los pastores, daban muestras de sorpresa ó de reprobación. é imponían silencio á los per-

turbadores, y alguno de ellos, de semblante grave y honrado, manifestaba una pena sincera.

Esto dióle valor para amenazar á alguno con la expulsión perpetua. Su voz graciosa y trémula daba tan poca fuerza á aquellas amenazas, que nadie se dió por enterado. En un momento dado, habiendo interrumpido Maggia ruidosamente, se levantó aquella especie de bestia de su tío, rabioso como un jumento picado, y le enseñó su enorme puño cerrado y los ojos blancos; el temor que el puño le inspiraba no lo aquietó más que por un instante. Él, realmente no hacia nada para ser expulsado; la maestra jamás pudo cogerlo *in fraganti*. Con una variedad y rapidez maravillosa de gestos, muecas y ademanes excitaba y soliviantaba á los que estaban cerca y á los que estaban lejos, teniendo siempre tiempo para recomponer su cara tomando una expresión de burlesco temor cuando la maestra le miraba. Al final se promovió un escándalo. Habiendo llamado la maestra á *Saltaventanas* para que leyese, cuando concluyó su lectura y al sentarse en su puesto, dió una vuelta sobre sí, volviéndole la espalda.

Como ella estaba con la cabeza inclinada

sobre el libro, no vió el movimiento, pero al oír una risotada de toda la turba de muchachos, sospechó la injuria y cambió de color.

Estallaron varias voces de indignación entre las cuales se oyó con distinción la de Perotti, que gritó:

—¡Es una vergüenza!

Muroni se volvió en redondo hacia él y le clavó sus dos ojos terribles. Después añadió entre dientes:

—¡Nos veremos luego!

A la maestra se le heló la sangre; vió ya la navaja por los aires, todo se le oscureció, y no tuvo fuerza para decir nada.

La espectación de una contienda tuvo á la clase en silencio.

Hubiese querido, la pobre muchacha, que la lección no concluyese nunca. Llegada la hora, aún tuvo fuerza para poder decir con un hilo de voz:

—Salgan en silencio, se lo suplico, y váyanse en seguida á casa; no me den disgustos.

Saltaventanas esperó á Perotti en el camino, delante de la escuela. Temblando como una hoja, la maestra se puso á mirar por el ventanillo de la puerta, después de haber exortado inútilmente al portero para que fue-

ra á contenerlos: decía éste que ya acudiría cuando vinieran á las manos; y no se movía de detrás de ella. Vió que los alumnos se colocaban en círculo como para presenciar una lucha. Perotti y Muroni llegaron uno frente á otro, á la luz del farol, con las caras muy levantadas, hasta tocarse casi. En el silencio de la noche oyó sus voces:

—¡Vuelve á decir lo que has dicho!— dijo Muroni.

Oyóse en aquel momento la voz llorosa del hijo de Perotti que suplicaba á su padre que se fueran y parecía que se esforzaba por sacarlo de allí.

La maestra sintió que un sudor frío bañaba su frente.

Á las pocas palabras de Perotti, comprendió que éste se batía en retirada. Le oyó decir confusamente:

—Entre camaradas... no vale la pena... cuando uno dice su manera de sentir...

Toda la granjería lanzó un ¡ah! prolongado con el cual se levanta acta de una retractación.

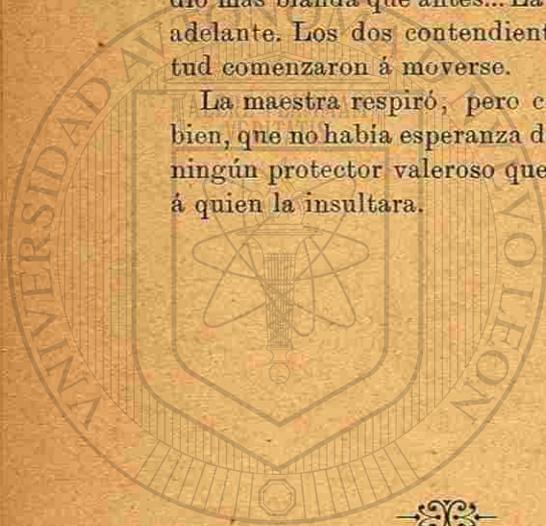
Muroni dijo alto entre el murmullo de todos:

—A mí nadie me hace advertencias.

Y continuó, sin que la maestra entendiese

lo que decía, en tono desdenoso, silbando casi las palabras. La voz de Perotti respondió más blanda que antes... La riña no seguía adelante. Los dos contendientes y la multitud comenzaron á moverse.

La maestra respiró, pero comprendiendo bien, que no había esperanza de encontrar ya ningún protector valeroso que hiciera frente á quien la insultara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Ahora bien, ¿cómo podía volver á dar clase sin restablecer antes la disciplina? ¿Y cómo restablecerla? Pensó en pedir auxilio á Gavallo; pero le conocía bien: la exortaría para que siguiera teniendo paciencia, repitiéndole la promesa de *dejarse ver* cuando las cosas hubieren ido más allá. Podía acudir al inspector, al caballero Sanis, propietario de la gran fábrica de herramientas; pero era un bendito hombre á quien no era posible encontrar; siempre estaba en Turín cuando se le buscaba en San Antonio, y viceversa; además de que se había hecho una ley muy cómoda para su uso: no mezclarse con los operarios fuera de la fábrica para nada. La maestra hallábase en esta incertidumbre la noche después, cuando vinieron á pedirle que fuera al pueblo para visitar á uno de sus alumnos pequeños que estaba gravemente enfermo.

No se trataba más que de recorrer el camino de la Iglesia y andar otros cinco pasos más por el pueblo: aún era de día y nada podía temer por parte de Muroñ; se fué á escape. Sin embargo, entretúvose en la casa del enfermo más de lo que ella esperaba y cuando salió obscurecía. Tuvo la idea de buscar á alguien que la acompañase, le dió vergüenza y temió que se rieran de ella. Echó á andar, pues, á paso largo. Al principiar el camino, viendo que no había nadie, se detuvo; y luego reanudó su marcha por un senderillo abierto en la nieve helada, volviendo su mirada recelosa á derecha é izquierda. Jamás le había parecido tan largo el camino, creía no llegar nunca al fin, donde había un asiento de piedra. Apenas hubo llegado, vió que salía un hombre de detrás del tronco de uno de los grandes árboles de la izquierda, y se plantaba delante de ella á cinco pasos de distancia. Un intenso escalofrío penetró todo su cuerpo. Había reconocido á *Saltaventanas*.

Se quedó como paralizada.

Él dió un paso adelante; ella, clavada en el suelo, no pudo moverse.

El joven le preguntó con bronca y baja voz:

—¿Por qué rasgó usted mi cuaderno?

La maestra no contestó nada.

—Nunca se hace semejante desaire á un hombre,—añadió él.

Nada pudo ella replicar; temblaba de pies á cabeza.

—Podría yo hacérselo sentir,—repuso él.

Tan violento era su temblor que el joven lo advirtió.

—¿Por qué siente tanto miedo?...—le preguntó, mirando en derredor.—No hay nadie... Déme un beso...

Y alargó su mano.

La maestra rompió á llorar.

Y precisamente en aquel momento una sombra surgía en el fondo del camino.

—Lo he dicho solamente por broma,—dijo *Saltaventanas*.

Y luego añadió con acento de amenaza:

—¡Ni una palabra!...

La maestra se encaminó con pasos precipitados hacia la escuela.



XI

Tan llena de espanto entró la maestra en su casa, que ni siquiera pensó un momento en denunciar el hecho á la autoridad, y luego que pudo rehacerse un poco, ante el pensamiento de haber salido con bien de aquel encuentro, sin otras consecuencias que un susto horrible, parecióle, en primer lugar, deber dar las gracias á Dios, por su buena suerte.

Decidió pues no salir por la noche más que acompañada; y trató á la vez de fortalecer su ánimo pensando que no se atrevería ya á afrontarla segunda vez de aquella manera, que su terror y el llanto habían quizá despertado en él alguna piedad, ó, ya que no otra cosa, habían sido bastante para satisfacer su rencor.

Y en efecto, notó en él algún cambio en la clase de aquella noche: no provocó desórdenes, no hizo mofa de nada.

Pero así y todo, algo notó en su apostura que le hizo desear no hubiese habido tal cambio; parecía como si hubiera vuelto á los pensamientos de un principio, cuando aún no había comenzado á atormentarla, y que en esta actitud se mostrase más encerrado y resuelto que entonces. Su mirada no corría de arriba á abajo su persona con aquella expresión de curiosidad sensual é insolente; y lejos, sin embargo, de expresar benevolencia, parecía revelar un odio que antes no tenía. Él la miraba y pensaba, royéndose las uñas. Parecía maquinarse algo, una serie de cosas, con la contrariedad de no dar con ninguna que le satisficiera. Así continuó varias noches, cada vez más caviloso y sombrío. Se le hacía intolerable á la maestra por su aspecto. Hubiera querido algunas veces dirigirse á él valerosamente, interrogarle, mandarle que se expresase, suplicárselo tal vez, para librarse de la opresión de aquella perpetua amenaza muda, pues cualquiera que fuese el motivo de la amenaza parecía menos malo que lo que confusamente cruzaba por su imaginación.

En ciertos momentos en que se encontraba sola razonando consigo misma, procuraba inquirir sus pensamientos con la sola

ayuda del escaso y vago conocimiento que de espíritus de su indole tenia de segunda mano. Así, por ejemplo, él debía al mismo tiempo desearla por mera brutalidad como á cualquiera otra, y odiarla por la aversión que ella le demostraba; debía odiar en ella la clase señorial, á la cual creía que perteneciera, y de cuyo aborrecimiento por los jóvenes de su clase era ella ciertamente la expresión más viva y patente que hubiese visto; debía desear vengarse de aquel aborrecimiento haciéndola escarnio y violencia, y ser excitado á este deseo por el mismo miedo que ella sentía, que le soliviantaba el orgullo de la perversidad y de la altanería; debía estar atormentado por una curiosidad feroz de ver cómo se defendería, cómo suplicaría y pediría perdón, de oír sus gritos, sus sollozos, de presenciar sus sufrimientos horribles cuando se encontrara bajo su poder. Debía juntamente desearla é insultarla en el fondo de su alma, tratar de deshonrarla ante sus mismos ojos, dándole los nombres más repugnantes de su horrendo lenguaje, gozar con la idea de golpearla y envilecerla en presencia de todos. Esto es lo que decían sus ojos aviesos que á veces despedían fuego como los de una fiera, y el

modo como sorbía de vez en cuando el aire aquella boca sin labios, como si tratase de contener una explosión injuriosa — creía ella, — de despecho y de rabia.

Acongojada por este pensamiento, pronto lo echaba de sí, para volver sin embargo á él bien á pesar suyo.

XII

Como los muchachos no se veían ya azuzados por él, se portaron algo mejor durante algunas lecciones. La piedra de escándalo era siempre el mismo, Maggia el pequeño. Una noche tuvo la maestra que arrojarle de la escuela porque había puesto una cuerda atravesada en el espacio libre de la clase por donde los muchachos que salían á la pizarra tenían que pasar, y uno de ellos tropezó y dando trompicones fué á caer malamente al suelo. Los mayores seguían sin molestarla para nada, á no ser cuando se irritaban por las bromas de los pequeños, al equivocarse en la lectura y en la escritura, temiendo la maestra que les golpeasen fuera de la clase. El gordo de Maggia seguía estudiando con la obstinación de un mulo.

Los pastores siempre aplicados.

Con Lamagna tuvo una vez que discutir; pero, por lo demás, nunca la faltaba al res-

peto: únicamente quería hacerle comprender que no reconocía en ella superioridad social alguna, que la consideraba, por ejemplo, como una mujer del pueblo igual á él, que en vez de despachar mercancías detrás de un mostrador, despachaba conocimientos detrás de una mesa.

Causóle á la maestra no poca maravilla una idea que él expresaba en un trabajo de composición sobre el *trabajo recompensado por la conciencia*: á su modo, él había querido decir que en la sociedad, según la justicia, el que tenga más talento que otro no debe por esto ganar más, sino al contrario, ganar menos, porque la inteligencia facilita el trabajo y pide menos gasto de fuerzas. La maestra, comprendiendo, sin embargo, que no debía ser esta idea producto espontáneo de su cabeza, le hizo de buena manera algunas observaciones, á las cuales él contestó con sequedad:

—Esta es mi manera de pensar.

Y no hubo más. Llegó, pues, á creer la maestra que había comenzado un periodo de quietud duradero. Y poco á poco, según iba la clase tomando familiaridad con ella, notaba, especialmente entre los mayores, una transformación. Parecía que de día en día

sentían el influjo del sexo, y que este influjo fuera infiltrándose de los más jóvenes á los más viejos. Comenzaba á sorprender en las miradas fijeza prolongada unas veces, otras, ráfagas de simpatía, muestras de respeto y de solicitud, en las que se comprendía bien la intención de cautivarse su benevolencia, y también resplandores de pensamientos amorosos ó llenos de deseos, que algunos se comunicaban al oído haciendo guiños.

En alguno de los mayores observó el manifiesto propósito de caerle en gracia, fingiendo que prestaban una profunda atención, haciendo movimientos con la cabeza para demostrar asentimiento á sus palabras, cumpliendo sus trabajos con gran diligencia; varios venían á pedirle explicaciones, sin saber bien lo que querían; muchos, que en un principio la habían mirado con indiferencia, la miraban ahora de pies á cabeza, deteniendo sus ojos para contemplar todas las partes de su figura, como el que toma medidas para un vestido; otros, de los más entrados en años, adoptaban una actitud de benigna protección, desaprobando ostensiblemente á los perturbadores. Y en su semblante veía ella pasar como un resplandor

al hacer ciertas inflexiones de voz, y adivinaba, más bien que veía en ellos, algo de insólito, un movimiento, casi la sacudida de un pensamiento repentinamente formado cuando se acercaba al banco para examinar la escritura.

Y todos estos indicios la inquietaban extraordinariamente; titubeaba al cruzar la clase, tenía que medir los gestos y las actitudes; vacilaba con una timidez infantil si tenía que alabar á alguno, ó que pronunciar ciertas frases que pudiesen presentar un doble sentido, ó que leer ciertos pasajes del libro que requerían una cierta entonación afectuosa. Y no por eso en aquella misma expresión de pensamientos y de deseos que la turbaban, dejaba de ver en muchos de ellos relampaguear buenas cualidades de ánimo, ciertas delicadezas que jamás se hubiera imaginado, una confusión lenta é indescifrable de sentimientos nobles, escondidos habitualmente por la rusticidad de maneras, por el uso del lenguaje grosero, por una vulgaridad más bien querida que natural.

Los incorregibles eran la mayoría de los muchachos, y Muroli, el único de los mayores por quien sentía repugnancia invencible.

Esta repugnancia aumentó á causa del siguiente hecho: en la tarde de un domingo llegó hasta sus oídos, estando en su habitación, el ruido de gritos lejanos que salían de la taberna de *La Gallina*. Corrió á la ventana y vió una multitud en el fondo del camino: era una riña. De aquella masa negruzca se destacó un hombre, como una sombra, y tomó por el camino con la rapidez de una flecha; otro se lanzó en su persecución. Cuando el primero pasó por delante de la escuela, la maestra oyó un grito agudísimo: —¡Socorro! ¡Socorro!

Y resonó en lo profundo de su alma: el hombre dió la vuelta á la Iglesia, y el otro, como un rayo seguía sus pasos. El portero, que presenciaba todo desde la puerta, reconoció en el perseguidor á *Saltaventanas*. La muchacha se quedó sobresaltada esperando la noticia de un delito. No ocurrió nada; el perseguido no había sido alcanzado.

Pero aquel ¡socorro! en el cual ella había oído el desesperado terror de la muerte, le dejó en el alma un nuevo y violento horror hacia su enemigo.



XIII

Aún le duraba una impresión muy viva de este hecho, cuando al día siguiente, atravesando el campo cubierto de nieve que hay detrás de la escuela, para ir al pueblo á hacer compras, mientras estaba pensando precisamente que era imposible que Muroñi la detuviera en un sitio así en pleno día, á pocos pasos de las casas, le vió venir á su encuentro desde el ángulo opuesto del campo. Aterrorizada, miró en derredor; no vió más que un grupo de niños que estaban resbalando en el hielo á lo largo del camino, á cien pasos de distancia.

No era tiempo de volver pies atrás, sino echando á correr; mas le pareció una bajaza deshonrosa. Poseída entonces de un valor desesperado, originado del exceso de miedo, se fué derecha á él, con pasos vacilantes pero con la cabeza alta.

Debían encontrarse en el estrecho sendero trazado en la nieve.

A tres pasos de distancia uno de otro se detuvieron ambos. Él se quitó la pipa de la boca y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta tapándola con el dedo pulgar, y se quedó mirándola con una sonrisa que hizo estremecerse á la pobre. Parecía buscar él una frase que le sirviese de introducción.

La maestra se sintió arrastrada por la indignación.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Por qué me detiene? ¿Qué le he hecho yo?

El joven miró rápidamente en derredor del campo y ella temió ser objeto de una violencia.

—¿Por qué no me respeta?—gritó con voz ahogada por el llanto, dando un paso atrás.

Y después de una pausa, añadió:

—¿Por qué ofende á una mujer que no se puede vengar?... ¡Respete al menos la memoria de mi padre!... ¡Yo soy hija de un soldado muerto en el campo de batalla!...

En aquel punto, bajo la expresión del desdén altanero y de la santa memoria invocada, desapareció de su contraído y lloroso semblante el terror.

El joven Muroñi la miró atentamente: lue-

go dijo en voz baja, con un tono que parecía tranquilísimo:

—No quiero causarle ningún daño.

Aquella respuesta disminuyó en ella el miedo y sus lágrimas brotaron. Él seguía mirándola como anonadado.

—¡No quiero que me detengan!—dijo la maestra.

—Yo no la he detenido—repuso él, mirando alrededor.

—¡En ese caso déjeme pasar!

El joven se apartó á un lado, y mientras ella pasaba, con acento más bien de queja que de rencor, dijo bajo, como para sí.

—¡No soy un asesino!

Temiendo que el silencio le pudiera parecer una injuria, ella se volvió, y con una voz todavía trémula por el llanto, y que, á pesar suyo, tenía un tono casi suplicante:

—¡No...—dijo,—pero no me vuelva usted á detener!

Y al decir esto fué sorprendida de no encontrarse con su mirada, que la apartó. Continuó su camino de prisa y cuando llegó al otro lado del campo involuntariamente se volvió. En aquel mismo momento volvía las espaldas Muroñi. No se había movido hasta entonces de aquel sitio.

XIV

En suma, volvió á casa amedrentada aún y temblorosa, pero algo reanimada á su vez por la conciencia de una victoria; y todavía más por el pensamiento de haber mostrado un valor de que no se creía capaz. El hecho de que él hubiese evitado su mirada, al volverse, en un principio pareciale una señal de comedimiento y de vergüenza, que daba esperanza para el porvenir; y se acordó de los Gavallo que decían que para tratar al pueblo se necesita ardimiento y energía; y de las ideas de la maestra Baroffi, según la cual, bastaba una palabra noble y apasionada para abrir los corazones más duros. Pero pronto desechó estas ilusiones pensando en el horrendo pasado del joven, en su crueldad para con la madre, en su cinismo depravado, en aquel inolvidable grito de *socorro* de aquel desgraciado, que siendo perseguido por él, sentía que le pisaba los talones la muerte, y

ya no vió en la actitud de poco antes más que el temor de una resistencia vigorosa de parte de ella que hubiera dado lugar á una lucha y á que la gente acudiese. No por esto dejó de ir aquella noche á dar la clase con mayor curiosidad que temor por ver cómo se presentaba.

Su manera de presentarse fué, en efecto, nueva; pero precisamente como ella se imaginaba.

No daba ya muestras de odio, ni parecía fraguar miserables propósitos; mostraba, como si la viera por vez primera, una cierta curiosidad atenta, en que aparecía quebrantado el resentimiento de su orgullo por la repugnancia que ella le manifestaba. Y si ella hubiese podido penetrar con el pensamiento en su cerebro, hubiera descubierto que su indignación de hacía pocas horas, su llanto ahogado, su altanera invocación de la memoria de su padre, eran las que le habían hecho cambiar de aquel modo. No porque su aspecto y sus palabras le hubieran llegado al alma; sino porque habían sido para él una cosa nueva, una revelación de sentimientos y de fuerzas desconocidas, que nunca había visto, ni siquiera imaginado en el alma de una mujer.

Él la miraba con cierta curiosidad como á una criatura enteramente distinta de lo que se había figurado y obscura en parte para su inteligencia; la miraba como si comprendiera por vez primera, que bajo las razones que ella tenía para sentir aquella aversión y que él podía explicarse, existiese una más profunda, más delicada, más fuerte, más hondamente arraigada en el alma y que él no lograba alcanzar. Aparte de que él también, si bien más tarde que los otros, comenzaba á sentir el influjo de su presencia, ó mejor aún, de la compañía de aquella mujer, tan distinta por su aspecto, por su alma y por sus maneras, de todas las mujeres que él había conocido hasta entonces.

A las señoras tan sólo las había visto pasar por las calles, y nunca tuvo ocasión de experimentar por cuenta propia, si eran diferentes del concepto que él y sus iguales, según la indole de cada cual, se habían formado: que es lo mismo que decir, criaturas entre las cuales y las que ellos frecuentan no existe otra diferencia que la del vestido y las maneras; y que si alguna pudiera existir, había de ser en las primeras una perversión más refinada, una, si bien escondida, más desvergonzada corrupción

del alma y de la carne, producida por la molicie y la facilidad mayor de la vida.

La que tenía delante modificaba, sin embargo, algo sus ideas.

Era la primera señora que Muroní veía de cerca y á sus anchas todas las noches; la primera que conversaba con él frecuentemente y que, en cierto modo, se cuidaba de él; la primera de quien, por decirlo así, respiraba el ambiente y sentía el calor, pudiendo notar á su talante, como en su casa, durante dos horas largas todos los días, sus actitudes, sus gestos, sus más pequeños movimientos y todas sus inflexiones de voz.

Comenzó á notar todo esto apenas el aplacado orgullo le dejó libre la facultad de la observación; todo le parecía nuevo, empezaba á vislumbrar que toda aquella donosura no era solamente barniz ó artificio de educación, como antes pensaba.

Era á sus ojos una criatura de una nueva especie.

No obstante su salvaje orgullo, producido, como el de los escasos compañeros de su temple, de una indeterminada ambición, y de una conciencia confusa de facultades no comunes, sofocadas por la pobreza y la ignorancia, principiaba vagamente á reconocer

algo superior á sí, que le humillaba sin exacerbarlo.

Formó decidido propósito de seguir atentamente con la vista y con el pensamiento, todos sus actos y expresiones del semblante; los acentos, buscando el por qué del efecto que en él producían, como se busca *lo que quiere decir* una música, y pocas veces le ocurría reobrar contra aquel efecto con la burla, cayendo en la habitual sospecha de un arte finísimo de coquetería; pero no podía durar por mucho tiempo esta sospecha.

Trataba de reaccionar sobre sí mismo, representándose en la mente imágenes obscenas, poniendo su figura en lugares y escenas vivas en su memoria, entre las cuales aparecía ella como transformada y teñida de sucio color, buscando con la fantasía todo lo que pudiera haber en ella de más distante de su naturaleza propia, los pensamientos más ocultos, debilidades, aberraciones, vergüenzas.

Mas por mucho que hiciera, su imagen acababa por levantarse sobre la sombra y el fango en que se esforzaba por sumergirla, y se le representaba siempre así, tal como aparecía detrás de aquella mesa, con su frente blanca y pura, con aquella gracia infantil,

con aquella timidez llena de dignidad, con aquel no sé qué de extraño y subyugante, cuya esencia verdadera no podía comprender, y que juntamente le agradaba y le ponía airado, le maravillaba, le envilecía, le amansaba, le hacía á la salida vomitar blasfemias más gruesas y obscenidades más brutales, como para avivar las fuerzas de su naturaleza contra la molicie y blandura que sentía penetrar en sus venas.

XV

Este efecto fué lento, sin embargo, y la maestra no se dió cuenta desde un principio, porque también parecía que de vez en cuando pensaba mantener viva entre la escolaresca su reputación de calavera sin respetos y sin miedo, con alguna bravata que promoviera escándalo ó suscitase tumulto.

Pero esto lo hacía ya de una manera nueva, más para llamar sobre sí la atención que por ofender á la maestra; quién, penetrando en su pensamiento, no se indignaba de aquellos actos como antes. A los pocos días, además, notó en él otras novedades; un cierto esmero caligráfico en los trabajos particulares, un ligero cambio de entonación en la lectura, como si se esforzase por vencer su ronquera y modular mejor la voz, y un modo de oír y de aceptar sus correcciones que distaba mucho del de antes; aparte de que trataba casi de prolongarlas, con objeciones y pregun-

tas monosilábicas, como hubiese hecho en una conversación que le agradara.

Una noche, en que á la maestra se le cayó la pluma y fué rodando hasta el pie del primer banco, él se metió por debajo con un rapidísimo movimiento, la cogió y se la devolvió; este hecho despertó en la clase un murmullo de estupor.

Un servicio todavía más cortés le prestó al poco tiempo.

Hélo aquí.

Alguna vez se asomaban al agujero de la estufa ratas enormes que venían de la fábrica de curtidos que estaba inmediata, pasando por los conductos del agua; y los escolares quietos, sin que nadie se moviera para espantarlas ó cazarlas, se divertían con los sobresaltos de la maestra al oírlas chillar detrás de la rejilla.

Cierta noche, habiendo reaparecido las ratas y mostrando la maestra su temor en medio de las risotadas de los chicos, se deslizó por bajo del banco y fué á dar con el pie en la rejilla; después de lo cual, para disfrazar la cortesía del hecho, volvió á su puesto lanzando á la clase una agudeza en su jerga, que promovió nuevas risas. A pesar de esto también fué anotado este hecho,

y agregado á los demás indicios, despertando en los escolares más astutos ciertas sospechas.

Uno de los primeros que se mostró sospechoso fué el chiquito Maggia. Se propuso vigilar á la maestra y al joven corriendo continuamente con sus ojos de águila, con rapidez fulmínea del uno á la otra, tosiendo ligeramente cuando le preguntaba á él, dando con el codo á su vecino, y haciendo señas con los ojos á los demás cuando le parecía que Muroli se quedaba en atenta contemplación mirando á la maestra; con la debida cautela sin embargo, porque conocía bien al amigo y no era cosa de juego.

La Varetti llegó á notarlo, y si bien por instinto ahora que lo veía cambiado, estuviese dispuesta á mirar al joven con menor desconfianza y á preguntarle con mayor frecuencia, no obstante, hacia lo uno y lo otro el menor número de veces posible, temerosa y atormentada por la vigilancia continua de aquellos dos ojos sonrientes y malignos, que le hurgaban en el alma.

Pero, al fin, se veía libre del tormento peor y vivía más tranquila.

XVI

Vivía, en efecto, más tranquila, porque no conociendo la indole de los jóvenes de aquella clase y de aquel temple, pensaba que aquel cambio no pasaría más adelante. Mas cuando él se dió cuenta de que, cesando en ella, por efecto de su nuevo comportamiento, el miedo y la repugnancia antigua no eran sustituidos por la simpatía, sino por una indiferencia igual á la que mostraba por los demás, entonces sintió todo el peso de una desilusión, que lo exacerbó más. En la aversión medrosa que por él tenía primeramente la maestra, al menos encontraba una cierta satisfacción su amor propio, ya que le parecía un efecto de su triste celebridad, de su reputación de hombre capaz de todo género de audacias; y al menos entonces no se hallaba confundido con los demás; tenía, en la escuela y ante ella, la primacía de que luego fuera de la escuela se vanagloria-

ba; en fin, gozaba en producirle una impresión fuerte cualquiera que ella fuese.

Ahora, cesando su poder, se encontraba como desarmado, sin medio alguno para atraer la atención de ella y de interesar su ánimo; y en su creciente simpatía sentía más rabiosamente la diversidad de condición social, la inferioridad de la cultura, la diferencia de educación, de maneras, de todo, que le quitaban toda esperanza de ser correspondido. Hé ahí cómo iba insinuándose en él poco á poco, un nuevo y más amargo fastidio por su estado, una nueva y confusa ambición dirigida á muy otras miras que las de un principio en que buscaba la gloria de las bribonadas, de la importancia, de la victoria en las riñas. No teniendo, sin embargo, esta ambición nueva desahogo posible, le abrasaba su interior como una llama encerrada, que redoblaba á su vez el ardor de la otra pasión. A pesar de esto, por instinto, procuraba en algún modo y casi sin pensar, acercarse á ella. Un ojo atento, hubiera observado en él de un día á otro que el mechón de pelos había sido removido de la frente, que la cara y las manos estaban más limpias, mayor pulcritud en las ropas, algo en sus maneras en clase, y hasta cier-

tas particularidades en medio de las incorrecciones groseras de sus trabajos: todo anunciaba una intención de refinamiento en la persona y en la mente, y casi una imitación de un modelo ideal.

De todo ello no se enteró la maestra, como tampoco de la transformación especial en su modo de mirarla, por lo cual casi hubiera ella llegado á sospechar sentimientos contrarios á los que le animaban.

Era una extraña, siniestra, mirada torva, insistente y tenaz, más bien dirigida á toda su persona que á sus ojos, que pretendía esquivar; una atención disimulada, pero fija é indagadora, que se tomaba por objeto aun el más pequeño de sus movimientos, como si cada uno tuviera para él, el significado de una palatra escrita, no muy inteligible, de alguna lengua extranjera; una visible meditación de todas las frases que salieran de labios de ella, algo distintas del acostumbrado lenguaje didáctico, como si fueran otros tantos resquicios por donde él tratase de penetrar con el pensamiento en su alma, ver lo que en ella hubiera de nuevo y de extraño para producir tales sonidos que él jamás había oído.

En cuanto á su conducta para con ella no

crecían ni poco ni nada las manifestaciones corteses y de respeto; estaba aún por su parte tan en calma, que podía cuidar de no descubrirse abiertamente. A la salida y á la entrada, sin embargo, en los momentos en que creía él poderla mirar sin ser visto, encontrábase la maestra con su mirada aguda, centelleante, no más audaz pero severa, inquieta, ávida, descontenta; velada por una sombra de vergüenza, no la vergüenza de las insolencias pasadas, sino la de la naciente pasión.

La maestra, sin embargo, creía lo primero, y sin sospechar otra cosa estaba relativamente tranquila.

XVII

A este punto habían llegado las cosas, cuando una mañana que paseaba al sol en el patio, durante el recreo de sus niños, la maestra vió presentarse en la puerta á la madre de Muroli, que preguntaba por ella. No pudo reprimir un movimiento de pesar como si la excesiva familiaridad con aquella mujer estableciera algo de común entre ella y su hijo. La pobre vieja entró con las manos debajo del delantal moviendo con respetuoso ademán sus dulces ojos de víctima, en los cuales, ya digimos, parecía haberse congelado dos lágrimas; se acercó á la Varetli, sonriente, como si mediara ya entre ambas una buena amistad, y le dijo en voz baja, con aire misterioso, con acento de tímida satisfacción:

—Es mejor, sabe usted; de algún tiempo á esta parte se porta mejor. Parece algo más tranquilo. Ya no me trata mal. No va á *La*

Gallina. Me parece un sueño, en verdad. Por la noche se queda en casa trabajando. ¡No ceso de dar gracias á Dios noche y día!

Y miró recelosa hacia la puerta.

La madre atribuía tal cambio á la escuela, y precisamente venía á dar las gracias á la maestra, y también á hacerle una súplica.

—¿Sería?—le dijo,—y perdóneme la libertad, señorita, buena ocasión para aprovechar el buen estado de mi hijo que parece tan bien dispuesto, aquello que ya otra vez le dije á usted, de hacerle entrar en su alma un poco de religión; que se decidiera de una vez á cumplir sus deberes, ya que hace diez años que no se acuerda de los Sacramentos. ¡Dios misericordioso, diez años, lo oye usted! Y decir que de vez en cuando tengo que darle todos los cuartos que tengo para hacerle decir un Padrenuestro ó un Avemaria, y que no vaya á acostarse como un perro; y tengo aún en la cabeza la idea de que dice muchas otras cosas que oraciones, por los gestos de la boca, cuando le doy los céntimos!...

Después respiró y prosiguió:

—Si quisiera usted hacer esta obra de caridad, señora maestra, ya que le enseña tantas otras buenas cosas;... hacerle entender que lo primero es salvar el alma, para que

yo tuviera este consuelo antes de cerrar los ojos, de verlo reconciliado con el Señor! ¡Porque si no se aprovecha este momento, créame, otro como este no vuelve más: yo no le he visto nunca tan bueno desde que Dios me lo mandó, á fe de mi alma!

La maestra volvió la vista hacia otra parte para no revelar la satisfacción que su amor propio sentía con las últimas palabras. Le respondió que haría todo lo que pudiera, pero que podía bien poco.

—De todos modos—dijo la mujer, echando otra mirada á la puerta entreabierta,—es preciso confesar que la escuela es una gran bendición de Dios, hace bien aun á mi hijo. Porque no cabe duda, es la escuela.

En este punto quedó, como poseída por una idea nueva, algo pensativa, mirando al suelo; luego alzando los ojos, dijo por lo bajo:

—Salvo el caso...

La maestra la miró.

—Salvo el caso—continuó la mujer, volviendo nuevamente sus ojos á tierra,—de que sea alguna *simpatía de sentimiento*... como el año pasado por la hija del cortador.

A la maestra le asaltó una sospecha, instantánea; veíase que el pensamiento de la

madre estaba á mil leguas de distancia de ella.

—Y sin embargo—repuso ésta, reflexionando,—por más que he indagado, y aun preguntado, no he podido sacar nada en limpio.

De repente volvió otra vez á la religión. La maestra le dijo que por qué no recurría al párroco. ¡Santo Dios bendito! aquel buen viejecillo tan alto, tan sonriente con todo el mundo, era un santo varón, pero no quería mezclarse en estas cosas. Sospechaba ella que tenía un poco de "temor," á su hijo. Y este "temor," que quería decir miedo, era un ripio, en el cual el amor materno ponía, sin embargo, una sombra de vanidad. Y lo mismo que á los demás le pasaba al caballero Sanis, dueño de la fábrica, al doctor, que le habrían podido amonestar y dar consejos; parecía que también por su parte tenían ellos un "poco de reparo", bromeaban con él, cuando se encontraban; pero nadie quería ponerse frente á frente de él.

—En fin—dijo,—nuestro Señor seguirá ayudándonos como hasta aquí, ya que ha comenzado.

Y al irse, mientras repetía las gracias á la maestra con expresión humilde y afectuo-

sa llena de admiración, su mirada se detuvo, avivándose un momento, sobre ella, como al surgir un pensamiento nuevo... Pero el pensamiento pasó.

—Voy á rezar por usted, señorita—le dijo desde la puerta,—y volviendo su pobre espalda corta y encorvada de vieja mártir, se encaminó hacia la Iglesia.

XVIII

—¡En suma, ya está domado!—dijo para sus adentros la maestra. No había ya que temer ni insultos, ni violencias, podía ir y venir libremente por el pueblo, era libre, estaba contenta y en cierto modo orgullosa de su obra. Con tales pensamientos no titubeó un momento en salir de casa sola al día siguiente, al anochecer, cuando vino un muchacho con la llave del cuarto de la maestra Latti y con una esquela escrita en lápiz en la cual su amiga le suplicaba que buscara en su alcoba unas medicinas y se las llevara en seguida al pueblo, á casa del panadero, donde se había guarecido por haberse sentido mal en la calle. Se metió en el bolsillo los frascos, se puso el sombrero y el abrigo, y se fué á buen paso, aguantando la nieve que caía á grandes copos y ya lo había puesto todo blanco. Encontró á la maestra Latti tendida sobre un sofá, asistida por la mujer

del panadero y por sus hijas, que sonreían maliciosamente.

—¡Ay, Enriqueta!—exclamó aquella, cogiéndole lánguidamente la mano.—¡Aún te veo!

Su semblante, sin embargo, no justificaba la tristeza mortal de aquel saludo. Teniendo dolor de cabeza, y habiéndose resbalado en la calle por haber puesto un pie en falso, creyó ella que había caído á causa de un arrebató de sangre á la cabeza, con lo cual se le habían venido encima, valiéndose de la ocasión, todos sus otros males. Transportada á la habitación de arriba, se había incomodado con el médico—un tipo rubio, grueso y burlón—que, por toda medicina le había aconsejado los aires de Massana; y luego había caído en un profundo abatimiento.

—Vete—dijo con débil voz á la Varetti, después de haber engullido la medicina precipitadamente,—ya no te necesito. Esta buena gente me llevará á casa más tarde... viva ó muerta.

Quando la Varetti, escondiendo la risa, se despidió de ella, casi era ya de noche.

Seguía nevando.

En el camino había ya un palmo de nieve.

Dudó un momento antes de decidirse á atravesarla; luego avivó el paso.

Los dos faroles de gas, velados por la nieve, apenas se destacaban en la obscuridad como discos de pálida luz; el estrépito sordo de las máquinas de los talleres próximos, llegaba hasta allí débil como si saliera de debajo de tierra, y el sonido del yunque del herrero, que estaba á la entrada del pueblo, parecía venir de una gran distancia.

Así como á un tercio del camino creyó ver la maestra una sombra que se movía detrás de un árbol; se detuvo con la respiración contenida; recobró el valor y siguió su camino.

A dos pasos del árbol, se le presenta Muroni.

Estuvo á punto de lanzar un grito, le reprimió, viendo que él se quitaba el sombrero.

—¡Otra vez!—exclamó con indignación.—¿Qué quiere?... Déjeme pasar.

El respondió con su ronca voz, pero en tono respetuoso:

—Hay tanta nieve, yo iré haciéndole camino... Si usted quiere.

—¡No quiero!—contestó la maestra.—Quítese de aquí, ó pido á gritos socorro.

—¿Por qué?...—replicó él en voz baja.—¿Cree usted que soy?... ¿Cree que no tengo yo también algo de corazón?... No tiene por qué quejarse de mí hace algunos días.

Y sin darle tiempo para responder, se puso de un salto cinco pasos delante de ella y comenzó á caminar hacia la escuela, con el cuerpo inclinado, resbalando rápidamente los pies uno contra otro para abrir un sendero en medio de la nieve.

Algo serena la maestra le siguió un trecho sin perderlo de vista, pero luego, sobrecogida por un miedo repentino, lanzóse hacia adelante para huir, en un momento en que él iba deteniendo su paso, y le tropezó con las rodillas. Él perdió el sentido, y lanzando un ¡ah! sofocado, se volvió bruscamente, la aferró con las dos manos por la cintura y buscó su cara con la boca.

La maestra luchaba furiosamente bajo el aliento encendido que despedía olor á aguardiente y á tabaco.

—Deme un beso—dijo él con débil voz,—un beso y la dejo marchar... uno sólo y la dejo libre...

Diciendo esto, furioso, abandonó el talle para cogerle la cabeza con ambas manos: ella se deslizó de entre sus brazos con un rápido

movimiento, echando á correr desesperada hacia la escuela gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!—pero con una voz tan apagada, que nadie la hubiera oído.

Él la persiguió, ansioso, pronunciando palabras incomprensibles.

En medio del terror que la privaba del sentido le pareció oír:

—¡Perdóneme! ¡Perdóneme!

Luego no oyó nada, ni siquiera sus pasos.

Llegó traspasada á la escuela tambaleándose en el pasillo, y encontrándose con la mujer del bedel que llevaba una luz, se dejó caer sobre la pared como muerta, agotada y desvanecida.

—¿Qué es eso?—preguntó espantada la mujer.

—¡Un ladrón!—contestó ella.

El portero acudió.

—¿Un ladrón? ¿Un ladrón?—y cogiendo un palo, se lanzó fuera, atravesó el patio... y... cerró la puerta.



XIX

La infeliz maestra pasó la noche con fiebre, pensando cuál sería el camino mejor para recurrir á la Justicia, porque ya no cabía duda, era una cosa necesaria: no sabía si referir el hecho al maestro Gavallo como director, para que expulsara á Muroni de la escuela y lo denunciase á la guardia civil, ó ir sin más ella misma á ver al caballero Sarnis, que era el personaje más autorizado del pueblo, para que él proveyese en el modo que estimara más oportuno. A dar algún paso, cualquiera que éste fuese, estaba resuelta; su ánimo no podía soportar la idea de que hubiera de tener un nuevo encuentro, y sufrir un terror tan grande como los que había experimentado, ante cuyo recuerdo todavía temblaba.

En la mañana siguiente se levantó decidida para ir á casa del Inspector, después de habérselo advertido, por delicadeza.

movimiento, echando á correr desesperada hacia la escuela gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!—pero con una voz tan apagada, que nadie la hubiera oído.

Él la persiguió, ansioso, pronunciando palabras incomprensibles.

En medio del terror que la privaba del sentido le pareció oír:

—¡Perdóneme! ¡Perdóneme!

Luego no oyó nada, ni siquiera sus pasos.

Llegó traspasada á la escuela tambaleándose en el pasillo, y encontrándose con la mujer del bedel que llevaba una luz, se dejó caer sobre la pared como muerta, agotada y desvanecida.

—¿Qué es eso?—preguntó espantada la mujer.

—¡Un ladrón!—contestó ella.

El portero acudió.

—¿Un ladrón? ¿Un ladrón?—y cogiendo un palo, se lanzó fuera, atravesó el patio... y... cerró la puerta.



XIX

La infeliz maestra pasó la noche con fiebre, pensando cuál sería el camino mejor para recurrir á la Justicia, porque ya no cabía duda, era una cosa necesaria: no sabía si referir el hecho al maestro Gavallo como director, para que expulsara á Muroni de la escuela y lo denunciase á la guardia civil, ó ir sin más ella misma á ver al caballero Sannis, que era el personaje más autorizado del pueblo, para que él proveyese en el modo que estimara más oportuno. A dar algún paso, cualquiera que éste fuese, estaba resuelta; su ánimo no podía soportar la idea de que hubiera de tener un nuevo encuentro, y sufrir un terror tan grande como los que había experimentado, ante cuyo recuerdo todavía temblaba.

En la mañana siguiente se levantó decidida para ir á casa del Inspector, después de habérselo advertido, por delicadeza.

Era domingo: contaba con poder ir primero á misa, y luego á la fábrica del caballero Sanis.

Pero mientras estaba acabando de vestirse, hé aquí que se presenta la maestra Mazzara, ansiosa, atareada, excitada como siempre, con la sonrisa en los labios y un paquete de papeles en la mano. Había estado ya en casa de la Baroffi á pedirle un artículo para su *Almanaque*, que querían publicar varias maestras en beneficio de una compañera, viuda de un guarda de consumos. No podía detenerse mas que pocos minutos. Tenía que corretear todo el día por Turin para preparar una función de aficionados en el teatro Scribe, para la fundación de un asilo infantil en la Crocetta; tenía que hacer una visita á la Escuela de Horticultura en la calle de Garibaldi, donde una amiga suya enseñaba á escribir á cuarenta jardineros; también quería llegarse al Instituto del Buen Pastor para averiguar qué había de verdad en una especie que un periódico había publicado, de que las maestras monjas hacían aparecerse de noche al diablo, para atemorizar á las muchachas malas...

Una vez que concluyó de decir toda esta retahíla, tomó alientos y pidió noticias so-

bre la escuela de adultos á su amiga, y se mostró apenada al verla triste, haciéndole estas preguntas:

—¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estás pálida? ¿Qué te han hecho?

Es verdad que á la Varetta no le parecía la confidente más oportuna para las cosas que le habían pasado.

Pero no teniendo otra, se lo contó todo, hasta la escena de la tarde anterior.

—¡De manera que le has enamorado!—exclamó con gran vivacidad...—¡Por eso no se le ha vuelto á ver en las escuelas dominicales!

Y así se quedó pensando un momento, como para saborear, lo que la aventura tenía de novelesca.

Luego le preguntó:

—¿Y qué has decidido hacer?

La Varetta le dijo resueltamente su intención.

Su amiga se quedó absorta por un momento.

Luego respondió con gravedad meneando la cabeza:

—Yo no te aconsejaría tal cosa.

Preguntándole por qué, explicó su pensamiento:

—Porque tú no conoces el alma de esa gente. Vas á provocar una venganza.

—¿Pero qué venganza quieres tú que yo provoque?—preguntó la Varetta alzándose de hombros.—¿Qué cosa peor puede hacerme?... ¿Matarme?

—Eh, á tí nõ te hará nada—contestó la otra,—claro está. Pero si no se venga en ti, se vengará en los que le castiguen, puedes estar tan segura de ello como si fuera ya un hecho. No, no graves tu conciencia con un remordimiento semejante.

—Pero entonces—exclamó la Varetta resentida—¿yo tengo que tragarme la afrenta y esperar lo que hagan los demás?

La amiga estuvo en silencio medio minuto.

—Pero, ¡qué cabeza—dijo—ni siquiera te he dado un beso!

La Varetta no pudo menos de maravillarse y de mostrarse desdeñosa. Sin embargo, su amiga no la dejó hablar.

—Bien comprendo que afrenta la ha habido de todos modos. Pero... ¿no dices que te pidió perdón?... Después de todo no debes dejar de considerar qué hombre es, ó era, mejor dicho. Ya es una victoria hermosa, el haberlo reducido de este modo, el haberle

inspirado un sentimiento... Qué quieres que te diga, si estuviera en tu pellejo, estaría á la expectativa. Querría acabar la obra, llegar á convertirlo... Es un caso raro ciertamente.

Después de mirar atentamente á su amiga:

—¡Ah! pobre Enriqueta mía—le dijo sonriéndose y cogiéndole la barbilla entre sus dedos,—¡con esta carita hermosa de princesita!...

La Varetta se enjugó dos lágrimas.

—Signe mi consejo—replicó la amiga,—perdona una vez más. Yo estoy segura de que no volverá á ocurrir nada... Tú no conoces á estos jóvenes del pueblo. Basta con irritarlos ó humillarlos, se hace de ellos lo que se quiere, aunque sean de los peores. Ese, estate segura, llegará á ser un cordeiro. Te abrió el camino con los pies, pues te lo hará con las rodillas.

La Varetta se quedó perpleja.

—¡Ah! ¡el pueblo!—continuó su amiga.—Créeme, no se conoce bien al pueblo. Por esto no se le ama. Ea, basta. Pronto volveré á verte. Tengo curiosidad por saber cómo concluirá este asunto. ¿Qué has decidido?

—No lo sé,—respondió la Varetta, mirando fijamente á través de los cristales las chimeneas de las fábricas, como si fueran un

elemento del problema que la tenía en duda.

La Mazzara, al marcharse, aún tuvo tiempo de desembuchar un fárrago de noticias de Turín; en la sección de Saboya, la maestra Fulana había sido suspendida por haber aceptado un regalo de las alumnas en el día de su santo; en la sección Sclopis había un matrimonio; la condesa Di Rosa había invitado á uno de sus magníficos bailes á las dos maestras de sus hijas; en el Retiro de la Visitación había intentado envenenarse una muchacha porque le habían secuestrado una carta amorosa; en San Felipe, en la cuaresma próxima, predicaría el P. Calandra. Y estando en el umbral, aún pudo añadir otra noticia más:

— Malon, el famoso socialista francés, piensa dar una conferencia á los obreros de Turín.

Ella esperaba poder asistir.

— ¡Ánimo! — le dijo por último desde la calle con adolorada sonrisa, — bella domadora!



XX

Después de muchas vacilaciones, la Varetta se decidió á esperar más, y volvió á la escuela de adultos, el lunes por la noche, algo turbada en su interior, pero exteriormente tranquila como si nada hubiera pasado.

Apenas se sentó, pudo notar, sin fijar la vista en Muroli, que se hallaba en una actitud en la cual jamás le había visto, con los codos apoyados en el banco y la barba en los puños, y le bastó, un minuto después, echarle una mirada á hurtadillas, para conocer que había bebido. Otra vez se había plantado el mechón en la frente, tenía los ojos lustrosos y soñolientos, la corbata descompuesta, y parecióle á la maestra que á través del denso velo de la embriaguez se descubría la expresión triste y atravesada de los primeros días, como si hubiese vuel-

to al propósito de escarneerla y de causarle miedo.

Mas aquella noche ni promovió desorden alguno, ni cambió de actitud.

Ella ni le preguntó, ni le hizo leer.

A la noche siguiente vino en su entero juicio, con su semblante acostumbrado, y desde entonces le vió que volvía á estar atento, á mirarla, á escucharla con aquel aire de admiración meditabunda y casi sombría, que había tomado antes del último encuentro en el camino.

Solamente que no aparecía ya signo alguno de ambición ó de vanidad ni en su persona ni en su conducta: presentábase con la cara y las manos dudosamente limpias, leía con abandono, hacía los trabajos sin fijarse, ó no los hacía, y daba muestras de no querer que le preguntaran, de que le dejasen tranquilo en su rincón, mirarla en silencio como un perro de caza. Pero esta contemplación, tan prolongada á veces, que le privaba de atender á su libro de lectura cuando los demás leían, y que apoyando su espalda contra la pared, le hacía volverse por completo hacia la derecha cuando á la maestra le correspondía estar en la primera sección, acabó por saltar á la vista aun de

los alumnos menos observadores. Chicos y grandes de cuando en cuando, se lo decían unos á otros al oído.

—¡Qué! ¿Es por consiguiente verdad, que *Saltaventanas* está enamorado de la maestra?

—¡Es una cosa rara!

—Por esta vez tiene que habérselas con la voluntad.

—Se necesita tener el tupé que tiene *Saltaventanas* y una buena dosis de pretensión...

Nadie hubiera pensado que aquel pica-ro que tantas cosas había hecho y probado, de todos colores, diera ahora en semejante tontería. Y los hombres hubiesen sido los primeros en burlarse de él si no temieran los peligros que corrían. Pero los muchachos, más malignos y menos prudentes, no se moderaron tanto. Sin embargo, gracias al temor que ponía en las gentes, no se hubiera producido escándalo alguno, si él no se hubiese dejado arrastrar á provocarlo. ®

XXI

Él, que en los primeros días, había excitado á la clase á la risa y al desorden en odio á la maestra, veía ahora con malos ojos al que la fastidiaba ó la ofendía. Comenzó á mirar de reojo á los que hacían ruido, primeramente sin intención, como el que se siente molestado por una idea fija, luego ya con el propósito manifiesto de tenerles á raya, mirando detenidamente ora á uno ora á otro de los perturbadores. Cuando estos lo echaron de ver, envalentonándose unos con otros al encontrarse conformes y unidos, creció el desorden, y entonces á la ira primera se unió en Mironi el resentimiento de la injuria encaminada á él directamente.

La cosa por algunas noches no pasó de ciertos límites; pero luego él se enfureció. Los perturbadores obstinados no eran mas que los muchachos, pero por esto mismo se sentía más herido en su orgullo, ¡él no hacer-

se temer de un puñado de pilluelos! ¡él, que había hecho temblar á hombres! Principió, cuando cometían alguna diablura más desvergonzada, por decirles impertinencias y por amenazarles con que ya les ajustaría las cuentas á la salida. Y la verdad es que en su cara nadie se atrevía á contestarle; pero contestaban todos juntos levantando un sor-do murmullo como el de perros gruñendo ó el bufido de los gatos ó el hacer la carretilla; todo lo cual le ponía fuera de quicio.

El más encarnizado era Maggia el chiquito, buena madera para un *Saltaventanas* del porvenir, capaz de afrontar á un hombre.

Debía de ser obra suya una copla en dialecto que la Varetti le oyó cantar una noche con sus compañeros y en la cual rimaban *maestra* y *Saltafinestra* (*Saltaventana*) al final de dos versos que le hicieron salir los colores al rostro.

Ella se encontraba en una situación penosa y difícil; sin poder aceptar en modo alguno, y sin saber tampoco de qué medio valerse para rechazar aquella excesiva y descarada protección del peor conceptuado de sus escolares.

Habia sin embargo algo más grave.

Aquella abierta pasión de Mironi, aquella

admiración, continua, ávida y muda, iban avivando en los demás, por simpatía, aquella llama mixta de sensualidad y de sentimiento que había advertido pasados los primeros días. Veía ahora que aun varios de los hombres más serios la miraban con ojos más penetrantes y atrevidos; adivinaba que entre ellos hacíanse comentarios más libres sobre su persona; pescaba al vuelo manifestaciones apenas perceptibles de celos, hasta en la misma cara de bronce de aquel Maggia, de quien parecióle sentir el roce de su mano sobre el vestido, al pasar una noche por entre los bancos.

Quienes únicamente permanecieron inmutables fueron Perotti, con su honrada barba de buen padre de familia, el cual trataba siempre á la maestra con el respeto de un viejo servidor; aquella especie de animal, el tío de Maggia, siempre obstinado en el estudio y encorvado sobre el banco como una bestia hambrienta sobre el pesebre, y el socialista Lamagna. Este sin demostrar ninguna cortesía á la maestra, á quien consideraba como compañera de oficio, parecía fastidiado con la conducta de sus condiscipulos, y daba muestras de disgusto á sus inconveniencias más groseras; según él, el obrero es

quien debería haber enseñado la educación á los señores, y lejos de hacerse despreciar de estos por lo bastos, hacerles que se avergonzaran á fuerza de dignidad y de cultura.

XXII

Á tal punto llegó una noche el desorden, que la maestra se decidió á acudir á Gavallo. Diez minutos después de la lección, cuando aún se oían en la calle los silbidos y los cánticos estrepitosos de los alumnos, llena de tristeza, y estallando de ira fué á llamar á la puerta de su habitación. Contestáronle á la vez, dos voces graves:

—¡Adelante!

Se encontró con el marido y la mujer sentados uno en cada lado de la mesa llena de papelotes, ambos con gruesas cabezas desgredadas; pequeños y corpulentos, pareciendo más bien hermano y hermana. El saloncillo, republicanamente austero, no tenía más adorno que los grabados de Mazzini, Saffi y Alberto Mario colgados en una pared; de la otra pendía un gran cuadro caligráfico dividido en compartimientos coloreados, en el cual estaban indicados los sueldos de los

maestros elementales de todos los países civilizados; la mesa estaba iluminada por una lucecilla de cocina puesta sobre una caja vacía de azúcar.

—¡Oh! ¡Usted por aquí!—dijo el maestro, entrando sin otro preámbulo en su tema favorito, á propósito de una instancia que estaba escribiendo, para que el Municipio de Turín aceptara como válidos, para los derechos á pensión, los años de servicios prestados por los maestros en otros municipios...

—¡Porque es una cosa de sacrosanta justicia!—exclamó.

La Varetta le interrumpió y con voz entrecortada le expuso su situación. Hasta entonces había sufrido con paciencia, por no fastidiarlo; pero ya no podía continuar con una clase indisciplinada, que en todos sentidos le faltaba al respeto y convertía la escuela en una plaza pública. Era absolutamente preciso que el maestro fuera al día siguiente á amonestar solemnemente á todos, y reprender particularmente á los más discolos.

El maestro se puso á rascarse una oreja, y parecía bastante enojado con semejante pretensión.

—Iré—contestó;—pero... ya os lo dije, que para esa clase se requiere energía.

—¿Pero qué energía quiere usted que tenga una muchacha sola delante de cuarenta hombres?—replicó la Varetta.

—Yo les tenía á raya,—dijo con voz de trombón la señora Galvallo.

—Yo no tengo esa virtud,—respondió algo picada la maestrilla.—Usted se imponía más desde luego por su aspecto...

La Galvallo la miró con fijeza.

—Yo no logro atemorizarles—continuó,—no sé qué idear, no atienden á mis reprimendas, hago todo lo que puedo, me desesperan. Es un suplicio que me es imposible soportar por más tiempo.

—Es inútil—dijo el maestro impaciente,—al pueblo hay que tratarlo de un modo especial, es preciso entenderlo... No debe presentarse á él con maneras no digo precisamente aristocráticas porque no es el caso presente, pero ni siquiera, ¿cómo diría yo? demasiado finas; no hay que dejarles entrever que casi... se tiene horror de ellos.

La Varetta se excitó con estas palabras.

—¿Quién ha podido decirle que yo uso maneras aristocráticas?

Y en seguida le preguntó como resentida.

—¿Quién le ha dicho que yo tengo horror al pueblo?

—Es preciso mostrar amor hacia el pueblo,—dijo sentenciosamente la maestra Galvallo.

—¡Y yo le amo!—exclamó la maestrilla en una vigorosa efusión de afecto y de desdén.—¿Qué motivos tienen para pensar lo contrario?

—Ea—dijo para concluir y en tono conciliador Galvallo,—haremos lo siguiente: por ahora daré orden al portero para que asista á las lecciones. Su presencia bastará para que los muchachos no se desmanden. Si á pesar de esto, ocurre algo grave, el portero vendrá á llamarme, y entonces... bastará con que me presente. Entretanto, tenga valor.

La maestra, picada, estuvo á punto de contestarle:

—¡Quien debe tenerlo es usted!

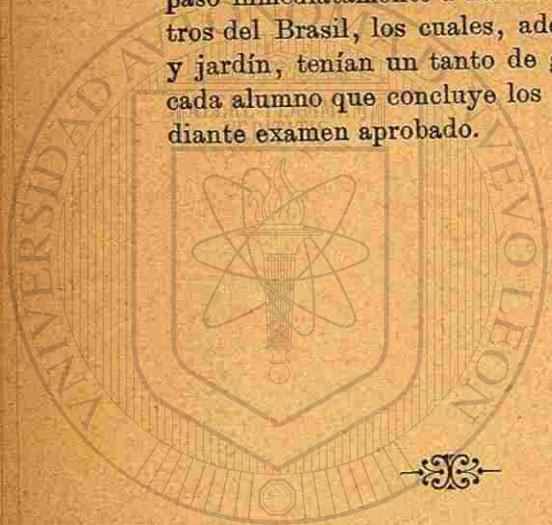
Pero se contuvo y sus palabras no pasaron de la punta de la lengua.

Se contentó con saludarles secamente, y se fué.

Al salir, oyó la voz del maestro que decía por lo bajo:

—No entiende al pueblo, no sabe tratar á esa gente.

Y la curiosidad le hizo permanecer un instante con el oído atento. Pero Gavallo pasó inmediatamente á hablar de los maestros del Brasil, los cuales, además de casa y jardín, tenían un tanto de ganancia por cada alumno que concluye los estudios mediante examen aprobado.



XXIII

A la noche siguiente la Varetti volvió resignada á su escuela. Hacía dos horas que estaba nevando copiosamente; los alumnos llegaban con los sombreros y las espaldas llenas de nieve, sacudiéndose la ropa y dando con los pies en el suelo estrepitosamente. En medio de la galería el portero detuvo á la maestra á quien pidió permiso para decirle una palabra en confianza.

El maestro Gavallo le había dicho que asistiera á las lecciones para mantener el orden; pero á él se le había ocurrido una cosa, le parecía más *político* estar en el pasillo con el oído atento, y entrar en el momento preciso en que oyera algún ruido, porque de esta manera podía cojer *in fraganti* á los culpables.

Y diciendo esto guiñó un ojo como para dar á entender mejor su picardía.

Y la curiosidad le hizo permanecer un instante con el oído atento. Pero Gavallo pasó inmediatamente á hablar de los maestros del Brasil, los cuales, además de casa y jardín, tenían un tanto de ganancia por cada alumno que concluye los estudios mediante examen aprobado.



XXIII

A la noche siguiente la Varetti volvió resignada á su escuela. Hacía dos horas que estaba nevando copiosamente; los alumnos llegaban con los sombreros y las espaldas llenas de nieve, sacudiéndose la ropa y dando con los pies en el suelo estrepitosamente. En medio de la galería el portero detuvo á la maestra á quien pidió permiso para decirle una palabra en confianza.

El maestro Gavallo le había dicho que asistiera á las lecciones para mantener el orden; pero á él se le había ocurrido una cosa, le parecía más *político* estar en el pasillo con el oído atento, y entrar en el momento preciso en que oyera algún ruido, porque de esta manera podía cojer *in fraganti* á los culpables.

Y diciendo esto guiñó un ojo como para dar á entender mejor su picardía.

—¡Otro que tiene miedo!—pensó la Varetta.

La maestra le echó una mirada compasiva, diciéndole que hiciera lo que quisiese, y él disimulando su satisfacción, se plantó con aire majestnoso al lado de la puerta.

Aquella noche faltaban más de una docena de alumnos.

La maestra pidió explicaciones y supo que habían ido con otra mucha gente á pasar la noche á una cuadra, á donde un viejo campesino que volvía de América, espíritu desprecupado y original, había invitado á medio pueblo á oír la historia de sus aventuras.

Era algún alivio para ella; pero, desgraciadamente, de la gente moza no faltaba nadie.

Desde los primeros momentos notó que Muroni estaba más sombrío que de costumbre; algunas palabras debía haber cruzado con los otros antes de entrar.

Notó asimismo en los semblantes de los diez ó quince alumnos más audaces como un pensamiento común, la apariencia de un acuerdo que entre sí hubieran tomado; quién sabe, quizá para sostenerse recíprocamente cuando uno de ellos, al salir de la escuela,

se viera asaltado por *Saltaventanas*, á quien habían decidido provocar.

Y en efecto, apenas la maestra se volvió á la pizarra para escribir, oyó á sus espaldas un estallido de risas y de murmullos más impertinentes que de costumbre; se le oprimió el corazón, adivinando por el ruido particular de aquellas risas, los gestos soeces, los actos inconvenientes, las palabras inmundas que debían correr de banco á banco.

Llegó un momento en que haciéndose más alto el rumor, el portero asomó la cabeza por la rendija de la puerta, diciendo:

—¡Silencio! ¡No es esta manera de estar aquí!

Y desapareció con una rapidez tan cómica que media clase prorrumpió en una carcajada.

A los pocos minutos, y estando aún escribiendo la maestra, cayó á sus pies una flecha de papel, y luego una cáscara de castaña.

Ya no sentía ni siquiera desprecio hacia esta gente; y si sólo una profunda tristeza, y juntamente con esta tristeza una especie de fuerza nueva en el ánimo, que la tenía clavada en el sitio, firme é intrépida, sufrien-

do una mortificación merecida, ó una espia-
ción voluntaria, como una hermana de la
caridad al lado del lecho de un enfermo re-
pugnante. Quería resistir y sufrir, hasta lo
último, ver hasta qué punto llegarían, y si
su paciencia de santa les hacía al fin aver-
gonzarse de su conducta.

De repente oyó sin embargo un ¡oooh!
fuerte y prolongado de muchas voces, un
ruido de burlas y de desafío, y volviéndose
vió á Muroñi de pie sobre el banco, con los
ojos echando llamaradas y los dientes apre-
tados, y enseñando los puños á la clase. La
maestra abrió su boca para llamar á gritos
al portero. En el mismo momento se abrió la
puerta y entró en la escuela un personaje
desconocido.

Todo quedó en profundo silencio.

Era el nuevo inspector general de Turín,
á quien la maestra no había visto jamás. Fre-
cuentemente llevaba á cabo sorpresas como
ésta; iba á visitar las escuelas de los pueblos
anejos en las peores noches de invierno quan-
do menos se le esperaba. Su carruaje se había
acercado sin producir ruido á causa de la
nieve; había entrado bruscamente en el pa-
sillo, haciendo señas al portero amedrentado
de que no se le anunciara, y colgando su im-

permeable en un gancho, estuvo oyendo á
la puerta unos minutos, el ruido descompa-
sado que hacían, entrando de pronto de la
manera teatral que hemos dicho. Su elevada
figura de oficial veterano con los bigotes y la
perilla blanca, vestido de negro, con la ropa
ajustada como un uniforme, inspiraba simpa-
tía é infundía respeto. En un bolsillo salien-
te del costado se dibujaban las formas de un
revólver.

Estaba indignado.

—¿Qué sitio es este?—preguntó encarán-
dose con la escolaresca, después de haber di-
cho quién era.—¿De este modo respetáis
vuestra escuela y á quien os enseña? ¿Sois
vosotros honrados obreros ó qué sois? No
puedo creer que sean los hombres los que pro-
ducen desorden tan escandaloso; pero me
causa maravilla y sonrojo que lo soporten sin
enrojarse de vergüenza, que dejen insultar
de una manera tan indigna la escuela del
pueblo.

Luego, volviéndose á la maestra, con acen-
to severo, sin bajar bastante la voz:

—Y usted, señorita, ¿cómo tolera seme-
jante conducta? ¿Qué disciplina es ésta? ¡Por
propia dignidad, ya que no fuera por deber
de su cargo, no ha debido consentir que se

le falte á usted al respeto hasta ese punto!
¿Pasa esto todas las noches?

La pobre muchacha, en pié delante de su juez, palidísima, quiso mover sus labios para disculparse; pero, su mente se turbó y le faltó la voz; un torrente de lágrimas inundó sus ojos sin poderlas contener; sacó el pañuelo y se puso á llorar como una niña.

—Tranquílicese usted,—le dijo con voz algo más suave el inspector;—esto no le hará reconquistar la autoridad que ha perdido.

Y volviéndose nuevamente á los escolares les dirigió algunas vigorosas palabras, que todos escucharon en silencio con atención fija y llenos de estupor, como si presenciaran una representación teatral, á excepción del socialista Lamagna, que con ostentosa distracción, miraba por la ventana un árbol cargado de nieve iluminado por el farol de la escuela.

Una vez terminada la reprimenda, el Inspector hizo indicación á la maestra para que continuara la lección; reanudó aquélla su tarea, con los ojos encendidos y la voz temblorosa, cuidando él de vigilar con severa mirada á los alumnos. De pronto le preguntó:

—¿Quiénes son los perturbadores habituales?

La maestra los conocía á todos; pero por la bondad de su alma más que por miedo, no pareciéndole acción noble hacer que otro castigara á quien ella no había sabido contener, contestó con voz dulce que parecía sincera:

—Nadie, señor inspector. El desorden de esta noche ha sido una excepción.

Mientras la maestra contestaba en estos términos, los ojos del inspector fueron á fijarse en Muroñi, atraídos por el contraste que hacía la fiera dura de su fisonomía con el sentimiento que reflejaba en aquel momento, producido al parecer por la respuesta que la maestra había dado, y cuya intención digna y generosa él había también comprendido.

—Está bien—dijo,—espero á usted después de la lección.

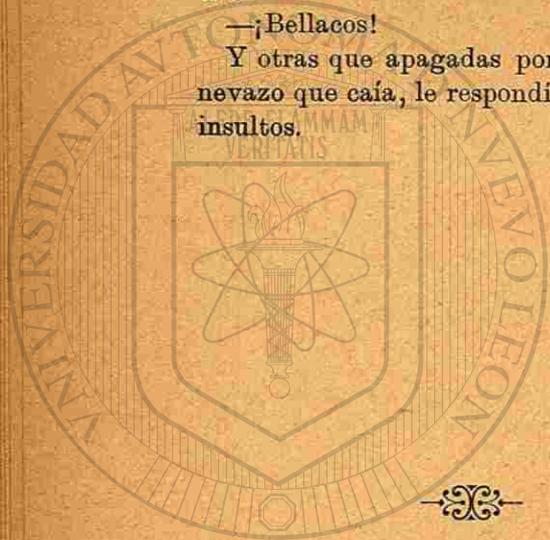
Y haciendo una última advertencia á la clase, salió con paso militar.

Los alumnos, temiendo que de improviso apareciera otra vez el personaje, se mantuvieron decorosamente hasta terminar y salieron con orden nunca visto, haciendo sólo un sordo rumor. Mientras presenciaba la salida de los últimos, y antes de acudir á la cita del inspector, la maestra oyó en el camino

la voz ronca y furiosa de Muro-
ni que gri-
taba:

—¡Bellacos!

Y otras que apagadas por el copiosísimo
nevazo que caía, le respondían á lo lejos con
insultos.



XXIV

Desde aquella noche parecía que en Muro-
ni crecían juntamente la pasión por ella y el
odio contra sus enemigos, y que meditase
desahogar éste, no pudiendo dar satisfacción
á aquella.

La pasión, sin embargo, se manifestaba de
un modo enteramente suyo. La maestra no
vió jamás en su semblante la expresión pro-
pia del amor y de la benevolencia: su fiso-
nomía se iba anublando cada vez más, y su
mirada se hacía más fija y siniestra, como
si con el sentimiento que ella le inspiraba
fuese madurando gradualmente en su inte-
rior el propósito de un delito. Un gran tu-
multo de ideas y de sentimientos hervía en
su pequeño cráneo y en su corazón exaspe-
rado de rebeldé á toda ley divina y humana:
un aburrimiento de sí mismo; un desprecio
cada vez más intenso y más airado de sus
iguales; una amarga ambición de ser educa-

do, instruido, bien vestido, rico por un golpe de fortuna ó de audacia, ó por un milagro; una alternativa monstruosa, estando al lado de ella, de concupiscencias violentas, de impulsos piadosos, de ilusiones afectuosas, ó feroces ó lascivas, de repentinos trastornos del ánimo que unas veces le llevaban á insultarla, á golpearla como á una mujer pública, otros le arrastraban á humillarse, á besarle, á lamerle la suela de sus zapatos. Tenía el aire de un hombre estúpido á veces, á veces rabioso y avergonzado por lo que dentro de él ocurría. Mas, cualquiera cosa que pasase en su alma, mantenían inalterables las formas del respeto hacia la maestra.

Antes bien parecía que lo demostraba más visiblemente para hacer nacer la sospecha de una correspondencia disimulada de parte de ella, lo cual habríale dado alimento aparente á su amor propio.

Y así fué, la sospecha surgió entre los escolares, que no cesaban de observar á ambos. Aquel estudio especial que hacía la maestra para no mirarlo casi nunca; y para no darse por advertida del celo iracundo con el cual la protegía, á muchos no les parecía natural, dándose á pensar que fuera un esfuerzo hecho para disimular la simpatía. Por lo de-

más, él era un guapo muchacho, muy conocido por sus conquistas amorosas entre las gentes de su casta; ni sus compañeros podían comprender que lo que principalmente atraía á las mujeres de su clase, su triste fama, era precisamente para la maestra una causa poderosísima de repugnancia, y ni siquiera se hallaban tampoco en grado de comprender bien qué distancia les separaba por razones de educación.

La maestra se penetró claramente de esta sospecha por el hecho imprevisto y ostentoso de volverse todos hacia él ó hacia ella cuando le preguntaba, por las toses afectadas, por los guiños que se cruzaban, por las medias palabras que dejaban escapar, mirándola con ojos maliciosos, aun los más reposados; y tanto llegó á perturbarla esto, que tenía que hacer un esfuerzo poderoso sobre sí misma antes de nombrarle para leer, y preparar el ánimo y los nervios para contener el rubor que le habría subido al rostro si él le hace de improviso una pregunta cualquiera. ®

Estaba en continua ansiedad temiendo no poder esconder la turbación; porque, á no dudarlo, la escolaresca no la hubiese creído efecto de timidez y de vergüenza por sus sos-

pechas, sino revelación de amor. Por fortuna suya, una noche en que ella temía más, no vino él, y no se presentó en la clase durante varios días.

Una mañana lo vió ella desde la ventana ir de un lado á otro por el prado que está del otro lado del camino, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, como absorto en sus pensamientos. Algunas horas después volvió á verlo allí, sentado en un montón de piedras, con los codos apoyados sobre las rodillas y la barba en los puños, mirando á la escuela, pero á tan larga distancia que no le podía distinguir la cara. Aquella misma tarde, al obscurecer, al pasar por delante de la taberna de *La Gallina*, oyó su ronca y aguardentosa voz en medio de una gritería ensordecedora de jugadores, y á la mañana siguiente el portero la enteró de que después de media noche se habían golpeado ferozmente él y otros guapos de Turín, echándolo á rodar todo, hasta el punto de hacer huir al mismo tabernero. Y con efecto aquella mañana veíanse aún los restos de la contienda sobre la nieve del camino: trozos de corbata, mechones de pelo. Decíase, además, que Muroli estaba en cama herido.

En la mañana del tercer día después de su

primera ausencia, al fin, bajando la Varetti por el camino principal, lo vió en una esquina sentado sobre un tornaruedas, con el sombrero echado hacia atrás, el mechón entre los ojos, las manos en los bolsillos de los pantalones, inmóvil y como mortecino, con la barba sucia del jugo negro que destilaba una colilla de puro, que tenía entre los labios y despechugado como si fuera verano. En una rapidísima mirada que la maestra pudo dirigirle antes de ser vista, vió escritos en su rostro tres días y tres noches de holganza, de altercados, de juego y de borrachera; un embrutecimiento que le oprimió el alma y le hizo estremecerse ante la idea de tener que encontrarse con su mirada. No pudiendo tornar atrás, le ocurrió pasar sin volver la cabeza, pero cuando notó que él la había visto, y que se levantaba, sin atreverse á acercarse, sintió compasión y lo miró.

Estaba blanco; con no poco trabajo logró llevarse la mano al sombrero, que no pudo encontrar en el primer momento y al descubrirse, sin llegar á levantar la cara, le echó una mirada profunda y prolongada, acompañada de una sonrisa extraña, triste, estúpida, tierna, horrible, que le dió repugnancia y lástima, y la descompuso.

Al día siguiente volvió á la escuela, despejado y limpio, y al volver á ver á la maestra y, más aún, al volver á oír su voz, como si todos los sentimientos que tenía adormecidos hacía tres días revivieran de golpe con mayor vigor, volvió á su actitud de inmóvil y sombría contemplación, con lo cual reanudáronse las bromas y los desórdenes de la gente joven. Por esta vez parecía sin embargo que había cambiado de propósito. Ya no amenazaba: volvíase á mirar ora á uno ora á otro como para tener fijos en la memoria los nombres y los insultos, y en aquel momento su cara fría y tranquila estaba más siniestra é inquietante que cuando amenazaba.

Así siguió dos ó tres noches más. Luego faltó á la escuela otras dos veces. Llegó á oídos de la maestra que había tenido otra riña en una taberna del pueblo con dos campesinos de un pueblo inmediato; habíanse visto manchas de sangre en las escaleras de una ermita. Otra noche reconoció su voz entre las de otros varios que pasaban cantando por el campo que hay detrás de la escuela, alejándose por medio de las tierras; y á la mañana siguiente, apenas se levantó, vióle con extrañeza sentado en el foso del cami-

no, bajo la ventana, con la espalda apoyada en el árbol y la barba caída sobre el pecho, durmiendo sobre el hielo. Volvió luego una noche á la escuela, borracho y adormecido; estuvo inmóvil las dos horas, con los ojos vidriosos, en una especie de estúpida é infantil admiración, mirándose el traje nuevo color café que llevaba. Al final de la clase sufrió una fuerte sacudida y se puso furibundo contra un muchacho que había arrojado una piel de rata á la plataforma á los pies de la maestra.

Á la salida oyó ésta un gran tumulto, enterándose á la mañana siguiente que había molido á cachetes y patadas al chico.

Desapareció por otros dos días, y dijose que había sido detenido.



XXV

No era cierto; pero hacía veinticuatro horas que nadie sabía de él, suponiéndose que había ido á Turín. La Varetti, lo supo una mañana por su misma madre, que vino á verla toda llorosa, en un estado de agitación febril, y con un semblante que parecía la imagen del espanto.

—¡Ah! señora maestra —exclamó al entrar en el cuarto,—¿dónde estará mi hijo, no se sabe de él! ¿Qué le habrá ocurrido! ¿Cómo podré yo soportar esta vida, Dios de misericordia, aquel hijo que parecía ya corregido!

Y se cubrió la cara con sus manos, diciendo que creía que se volvería loco, que no había ya manera de traerle á buen camino, que la había amenazado con un martillo.

—Dígame, señora maestra —le preguntó con voz acongojada,—¿ha tenido enemistades con los compañeros de la escuela, no es

verdad? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienen contra él?

La pobre mujer por la noche, á la hora de la salida, venía á escondidas, á apostarse detrás de los árboles del camino, y varias veces había oído proferir amenazas y fraguar propósitos de venganza contra su hijo. La maestra, por compasión, creyó que debía decirle que no sabía nada, y trató de tranquilizarla; pero no encontraba palabra; la perturbaba una cierta expresión que creía notar en los ojos de la mujer, suplicante é investigadora á la vez, que nunca había advertido.

Ésta reanudó sus exclamaciones repitiendo:

—¡Ay, señora, el corazón me dice que va á ocurrir alguna desgracia! ¡Santo Dios, sólo el pensar que voy á verlo entrar una noche en casa con una puñalada, me destroza el alma y me hace perder la razón!

Y en el sobresalto del dolor que tal pensamiento le producía, halló valor para abrir toda su alma.

—Yo había tenido ya la sospecha —dijo en voz baja, cogiéndole una mano á la maestra, sin atreverse á mirarle á la cara,— ya lo había yo pensado, que todo reconocía

por causa una simpatía; y no me había engañado...

Y de repente juntando sus manos, con acento ardiente de súplica:

— ¡Oh! señorita — murmuró mirándola atentamente en los ojos, — si usted tuviera la caridad de decirle alguna buena palabra, una buena palabra solamenta...

Peró se quedó como cortada con la mirada severa que le dirigió la maestra.

— ¿Qué quieren decir semejantes historias? — le preguntó la muchacha encendida de rubor. — ¿Qué papel es el que ahora estáis haciendo?

La pobre mujer rompió á llorar.

— ¡Ah! es cierto — dijo — perdóneme, señorita... ¡perdone á una pobre madre que ni sabe lo que dice!

Y cogiéndole las manos las besó con una efusión de cariño tan humilde y dolorosa, que la maestra, conmovida, puso su mano derecha sobre la cabeza blanca de la pobre mujer con ademán compasivo, diciéndole:

— Tened valor. No ocurrirá nada. Yo veré... haré algo.

— ¡Dios la bendiga! — respondió la vieja levantando el rostro. — ¡Dios la bendiga! A veces, una sola palabra... ¡que no haga mo-

rir de desesperación á su madre, que ha sufrido tanto; que no se exponga á un riesgo peligroso, por lástima á mis últimos años; que salve su alma!

Al salir, otra vez el terrible presentimiento se apoderó de ella.

— ¡Tengo miedo de que lo maten! — exclamó echándose á llorar. — ¡Me dice el corazón que va á concluir mal, tengo miedo de que lo asesinen! ¡Que Dios nos tenga de su mano!

Y ya en la puerta, retrocedió impetuosamente para besar la mano á la maestra. Luego se fué tapándose la cara con la mano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI

La Varetta, movida á compasión por aquella pobre mujer, decidió tener valor y mantener firme su promesa de amonestar afectuosamente al joven, al menos para que no fuera cruel con su madre. No sabia cómo ni dónde hablarle; ni le pasaba por la mente, con el buen humor de sus escolares, llamarlo aparte á la entrada ó á la salida de la clase.

Le duró esta incertidumbre todo el día.

Por la noche *Saltaventanas* vino á clase.

Tenia su rostro todavía más lívido que los otros días, y las facciones tan alteradas, que anunciaban bien á las claras la embriaguez de aguardiente aún no totalmente disipada.

Su entrada fué acogida con un gran murmullo, que bien pronto hizo cesar, plantándose en medio de la escuela y mirando en derredor. Fuése luego á su sitio, donde se

acomodó en la actitud acostumbrada, pero con una cara torva, impenetrable y resuelta, como si hubiera llegado la ocasión, en aquella misma noche, de dar algún golpe.

La lástima que su madre le inspiraba, el temor de que se lanzase á alguna atroz provocación y la esperanza de prevenirla, indujeron á la maestra á intentar una prueba que le pareció muy atrevida. Después de haber pensado en ello un rato, llena de agitación, aprovechando el momento en que le pareció que toda la clase estaba reconcentrada y sin observarla, le miró atentamente durante un segundo, como nunca lo había hecho, con una expresión velada de indulgencia, de bondad y de súplica.

El joven se quedó con el semblante inmóvil, en la actitud del que de improviso oye la voz de una persona invisible que parece pronunciar su nombre; miró en derredor, volvió otra vez sus ojos hacia la maestra, ya no le miraba. Pasó la mano por su frente; una nueva agitación, un orden nuevo de pensamientos parecía surgir en su mente. Los muchachos reanudaron el alboroto y las bromas de siempre dirigidas á la maestra; pero con el propósito de ofenderle á él.

Muroni no hizo caso en el primer momento.

Pero de repente, al oír á Maggia el pequeño murmurar una palabra inconveniente dirigida á la maestra, que no entendió, se volvió airado como un tigre, diciéndole:

—Maggia, te cortaré el pescuezo.

Varias voces contestaron:

—¡Poco á poco! ¡Qué furia! ¡Lo veremos!

Y un vocejón que salió del extremo opuesto de la escuela rugió:

—¡Aquí estoy yo!

Era el tío de Maggia que se había levantado con su deforme cabezota, todo encendido.

No teniendo ningún cariño al muchacho, que lo fastidiaba con sus travesuras, se había levantado en defensa del pariente amenazado, sin saber el por qué de la amenaza, sin preguntar ni menos reflexionar, como un bruto, solamente porque había oído su nombre.

—¡Te arreglaré también á tí!—le contestó Muroi.

La maestra le impuso silencio.

—Ya sabéis quien soy—dijo aún dirigiéndose á toda la clase, y se sentó despidiendo por sus ojos siniestros centelleos.

La maestra, recogiendo con todas sus fuerzas la voz, impuso silencio, y todos se aquietaron, no por respeto á ella, sino por el

presentimiento de algo grave que se leía en las actitudes resueltas de los semblantes y por la entrada en la lid del tío de Maggia, conocido por su fuerza y sus furores de toro.

La Varetti siguió la clase con sobresalto continuo, sin que pudiera echar de su cuerpo más que un hilo de voz. Todos salieron en silencio.

Se fué inmediatamente al patio, buscando en vano al portero; se acercó á la puerta temblando, y creyendo inevitable una terrible contienda. Oyó, en efecto, varias voces que decían:

—¡Sitio! ¡Sitio! para hacer espacio á los contendientes.

Luego la voz de Muroi:

—¡Venid!

Y la del tío de Maggia:

—¡Aquí estoy!—apoyándose en el muro para no caer.

Pero, en lugar de los gritos y de los golpes que esperaba oír, llegó á sus oídos un murmullo extraño, como si una advertencia corriera de boca en boca, y luego el rumor de los pasos de la multitud que se desbandaba en silencio.

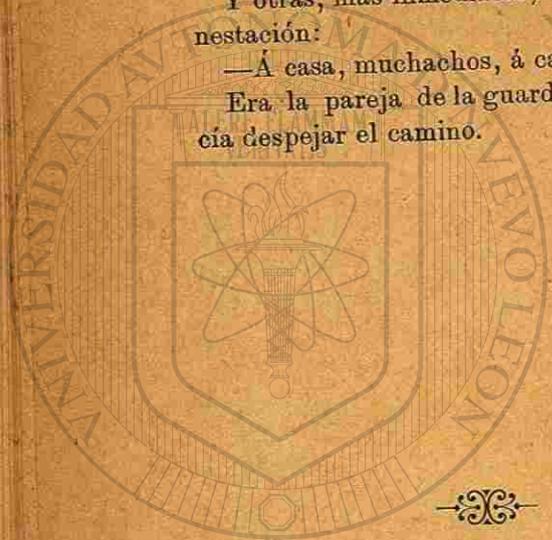
En medio de aquel silencio aún oyó la voz de Muroi, ya lejos, que decía:

—Nos veremos mañana.

Y otras, más inmediatas, en tono de amonestación:

—Á casa, muchachos, á casa.

Era la pareja de la guardia civil que había despejar el camino.



XXVII

Nunca como en esta ocasión se había visto la Varetti tan próxima á experimentar aquel terror, que en su infancia la había puesto en peligro de muerte al presenciar una riña sangrienta entre los obreros de las minas.

Había oído como cruzar por los aires el soplo del delito. Toda la noche tuvo un temblor frío, una angustia, que acumuló en sus sueños las imágenes más espantosas que en el curso de su vida la habían oprimido, y se despertó agotada, llena de negros presentimientos, buscando con ansiedad, sin encontrarlo, un medio para impedir lo que estaba á punto de ocurrir. Un gran consuelo fué para ella el ver aparecer en la puerta á la maestra Mazzara.

Venía tan entusiasmada de sus propios proyectos, que se olvidó de pedirle noticias de la escuela de adultos y de *Saltaventanas*,

que era lo que la había llevado hasta allí á pesar del frío intenso y de la niebla. Quería que la Baroffi le escribiera un artículo sobre la mala alimentación de los niños de los asilos, donde se hacía un abuso de las judías, intolerable; estaba buscando adeptos para pedir una reforma de la enseñanza del canto en las escuelas elementales, donde, con la ilusión de que los muchachos aprendieran la música, les enseñaban trabajosamente á cantar coros sin inspiración y sin vida, cantos fúnebres que hacían dormir á cantores y oyentes; quería promover una suscripción para hacer un regalo de honor á una maestra ciega, bellísima, del Instituto de Azeglio, un ángel por su gracia y por su bondad... Por fin, habiéndose desahogado, preguntó y se dispuso á oír con gran atención á su amiga, que le contó minuciosamente todo lo que había pasado y lo que ella temía.

Pero, ¡ay de mí! ya fuese por una mala disposición secreta de ella, ó por la naturaleza peligrosa del asunto, la conversación había de durar poco y acabar mal.

Así que concluyó, le dió un consejo, que la Varetti sospechó lo tuviera ya preparado por lo pronto que le ocurrió:

—Querida mía, —le dijo con el tono paternal propio de una hermana mayor,—mi parecer es este: que el asunto es necesario que concluya á toda costa, y que el darlo por terminado consiste en tí. Tú no debes consentir que se cometa un delito por causa tuya. Y sólo hay un medio. Valiéndote del ascendiente que sobre él tienes, llamarlo aparte y ordenarle resueltamente que desista de todo género de reacción ó de provocación, que haga el sacrificio de su orgullo, que ceda y se resigne por interés tuyo. De este modo no ocurrirá nada y cambiará. Si tú se lo mandas, te obedecerá. No hay otro camino. Debes hacerlo así por deber de conciencia. Esta es mi manera de sentir.

—Pero, ¿por qué crees tú que me obedecerá?—preguntó la Varetti, no comprendiendo todavía su pensamiento.

La Mazzara dudó.

Luego respondió con franqueza:

—En tí consiste el hacerle obedecer, después de todo.

—¡Oh, querida mía!—exclamó la amiga con altanera sonrisa poniéndose en pie,—por evitar una desgracia estoy dispuesta á hacer cualquier sacrificio, con tal que no sea rebajarme.

La Mazzara se sintió herida, su sangre democrática se sublevó, pensando en que la Varetti habría dado la misma respuesta si se tratara de uno de sus hermanos. Y, conteniendo el despecho, contestó con forzada sonrisa:

—Preocupaciones sociales.

—¿Prejuicios sociales?—repuso la Varetti con vivacidad.—¡Si, sólo que son los prejuicios de la dignidad y del honor! Me avergonzaria delante del retrato de mi padre si llegara á tener sólo el pensamiento de faltar á ellos.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la Mazzara, convulsa.—Los hombres de todas las clases sociales se auxilian; salvo que sus vicios y sus culpas tienen un distinto color: los señores beben vino más fino, frecuentan las malas mujeres mejor vestidas y se dan estocadas en lugar de navajazos.

La Varetti refrenó un movimiento de indignación, y le dijo con altanería:

—Tú no estás en tu juicio. Mi padre se ha batido en duelo, ¿y tú le pondrías al lado de los malhechores de las tabernas?... ¡Es un oprobio!

—¿Un oprobio?...—respondió ella, con voz sofocada por la cólera,—¿un oprobio?... Pues

bien, te digo que me vanaglorio de ser hija del pueblo, que estoy orgullosa de mi familia, que desprecio los humos de la aristocracia y que no sé qué hacerme de las amigas aristocráticas.

Y dicho esto, se marchó precipitadamente con los ojos llenos de lágrimas.

La Varetti corrió á detenerla, llamándola por su nombre y suplicándole que volviera.

Pero ella se volvió irritada, contestándole:

—Vendré otra vez: ¡hoy no corren buenos vientos!

Y desapareció.

La muchacha se dejó caer sobre una silla, descorazonada.

La amiga misma la abandonaba en aquel día en que tanto había menester de distracción y de consuelo. No pudiendo resistir la soledad, se fué á buscar la compañía de la maestra Baroffi. La encontró sentada á la mesa; tenía delante una docena de grandes cuadernos abiertos, donde iba transcribiendo pasajes y sentencias de literatura, periodistas y conferenciantes, las cuales, al cabo de un mes de estacionarse en su almacén, llegaban á ser suyas, y las tenía tan con-

cienzadamente por suyas, que si le ocurría tropezar con ellas en otra parte, creíalas fruta robada de su propiedad.

La Varetta le refirió sus tristezas y sus miedos.

—¡Ah! ¡Bendita criatura—le respondió,— que te obstinas todavía en no hacerme caso! ¡Habla, conmueveles! ¡Léeles algún trozo conmovedor de Thowar ó de Lambruschini, y les veras transformarse por segundos!— ¡Ah, si fuera yo!

Mas no obstante la tristeza grande de su amiga no se detuvo sobre el particular. Estaba completamente excitada con la descripción de una solemnidad que habia tenido lugar en la Universidad de Londres, en cuyo paraninfo, en presencia del canciller, de todo el cuerpo de profesores y de una gran multitud de estudiantes y de pueblo, una señora joven habia sido investida con el grado de doctor en ciencias.

Este hubiera sido el sueño supremo de su ambición.

—¡Figúrate, querida—exclamó entusiasmada,—á esa hermosa señora con la muceta roja y dorada de doctor, en aquel lugar, ante toda aquella gente, en medio de aquellos aplausos, y Londres entero hablando de ella!

¡Quisiera alcanzar esa gloria y morir una hora después!

La Varetta la dejó con sus sueños, más triste que antes, y se fué en busca de la Latti. La encontró escribiendo delante de un altarcito lleno de frascos y cajas de droguería y llorando á lágrima viva. Ella no hacia misterios. Hacía dos días que sentia sintomas tan seguros de su próximo fin, que se habia decidido á escribir su testamento.

La Varetta no pudo menos de sonreirse entonces por vez primera en el día. Pero si el testamento era cómico, la testadora estaba espantada y afligida en verdad, y su compañía para nada le servía.

La abandonó y volvió á su habitación á contar el tiempo, cuarto de hora por cuarto de hora, á los toques del reloj de la Iglesia.

A eso de las cuatro sintióse vivamente agitada, y fué á ver al maestro Gallo para explicarle el estado de las cosas y preguntarle si no seria oportuno advertir á los guardias civiles que pasasen también aquella noche por delante de la escuela.

Le encontró solo, bebiendo, algo excitado, quizá menos por el vino que á causa de alguna buena noticia financiera del mundo escolar.

No le pareció aceptable la advertencia.

—Si nosotros—dijo,—damos á los escolares el diario espectáculo de la guardia civil á la puerta de la escuela, provocamos un desorden para la primera noche que no vengan. Y luego que dónde iria á parar el prestigio de la escuela. Es preciso no presentarse desconfiado á los ojos del pueblo.

Sin embargo, no por esto desconocía la gravedad de las cosas.

Al cabo de cinco minutos de incertidumbre tomó una resolución heroica.

—Esta noche—dijo levantándose y llevándose la mano al pecho,—me presentaré yo.

La maestra se fué algo reanimada.

XXVIII

Al anochecer otra vez se apoderó de ella la ansiedad, la tristeza y el miedo. No tenía fuerzas para separarse de la ventana, por donde veía aquel camino solitario, y parecía preguntarle lo que ocurriría bajo sus árboles aquella noche; parecía de mal augurio la niebla espesa que todo lo cubría, sin dejar ver más que confusamente el árbol más cercano á la puerta de la escuela. Las campanadas del reloj al dar las horas, el sordo estrépito de las máquinas de los talleres, el sonido lejano del yunque del herrero, el farol encarnado de *La Gallina* que ardía en el fondo como un ojo sanguineo...: todo le parecía tétrico y amenazador, y le recordaba aquellos pasajes siniestros de los cartelones de las ferias donde se pintan escenas de asesinatos, que le causaban una impresión tan profunda cuando era niña.

Llegó un momento en que sintió necesi-

dad de orar. Se echó el abrigo encima, atravesó el camino oblicuamente, entró en la Iglesia y se arrodilló al lado de un pilar. El templo estaba obscuro, lucía tan sólo una lámpara colocada delante del altar mayor; había arrodilladas algunas mujeres aquí y allá: á lo lejos oíase el paso sonoro del sacristán.

Hizo oración, recordó á su madre, invocó á su padre para que le inspirase ánimos, y creyó que le había oído.

Pensó luego en tantos ejemplos de fortaleza y de valor, sacados de la religión y de la historia, que ella misma había leído ó contado á los pequeños, con el ardor de la que se siente capaz de imitarlos; y se avergonzó, pensando que era cosa tan miserable en frente de estas virtudes, la que ella necesitaba poner por obra y que le faltaba, que no tenía más que hacer que mantener dignamente su puesto; su persona no corría riesgo alguno, y que en suma, el miedo era una villanía en un maestro tanto como en un soldado.

—¡Valor!—dijo resueltamente levantándose; y ansiosa é impaciente por afrontar la prueba se encaminó á la puerta.

Cuando llegó á la mampara, mientras levantaba la pesada cortina de aquella especie

de cuartito que mediaba entre ella y la puerta, vió delante de sí á un hombre. En seguida reconoció á Muroli y se echó á temblar ante la idea de estar sola con él en aquel sitio cerrado y obscuro. Pero se rehizo en el momento, pensando que le sería imposible intentar una violencia, allí, ¡en la Iglesia! Continuó adelante.

—Señora maestra—dijo el joven con voz firme y triste á un tiempo, —rece usted por mí.

Ella hubiera querido contestar; pero le faltó la voz.

En el mismo instante, sintió que le cogían una mano con cuidado, como si quisieran saludarla; mas al hacer un esfuerzo para desprenderse, se contrajeron sus dedos apretando á los del joven; en medio de esta situación conservó serenidad bastante para comprender que el movimiento que él hizo en seguida no era premeditado sino impuesto por un repentino arrebató de la sangre, que la misma contracción había provocado. En un segundo sintióse oprimida por la cintura, por los brazos y por los hombros, y respiró el hálito de la boca que buscaba su cara: resistió con todas sus fuerzas poniéndole las manos sobre el pecho, se retorció,

luchó, trató de huir arrodillándose, oyó su ronca voz que decía:

—¡Un beso... un beso... un beso, en el nombre de Cristo!

La lucha fué desesperada por algunos segundos en aquella obscuridad cargada de incienso, rota por ardientes suspiros y por ahogados sollozos... cuando se oyó el paso de uno que se acercaba por dentro de la Iglesia; él la abandonó, y ella salió precipitada.

Apenas había llegado al camino, arreglándose la ropa con las manos convulsas, cuando oyó en medio de la niebla la voz de él, angustiada y suplicante:

—Perdóneme. He sido un infame. No lo volveré á hacer jamás: ¡lo juro por mi alma!

Ella no se volvió, corrió á la escuela, subió á escape á su cuarto, y echándose de rodillas ante el retrato de su padre, rompió á llorar.



XXIX

Un triste presentimiento, sin embargo, de que este había de ser el último encuentro y de que algo se agitaba en los aires más grave todavía que el acto violento que acababa de cometer, le privó de dar paso alguno. Y no sólo esto, sino que en el momento de presentarse en la clase se encontró con más valor del que esperaba tener, quizá por efecto precisamente de este mismo presentimiento, que le anunciaba un término, cualquiera que él fuere, á sus angustias. En el pasillo, mientras los alumnos iban entrando, el portero la detuvo, diciéndole con el semblante inquieto:

—Cuidado, señora maestra, porque... he oído ciertas conversaciones: esta noche va á ser ¡de las buenas!

Entró: la clase estaba completa, no obstante el frío y la niebla espesísima que cu-

luchó, trató de huir arrodillándose, oyó su ronca voz que decía:

—¡Un beso... un beso... un beso, en el nombre de Cristo!

La lucha fué desesperada por algunos segundos en aquella obscuridad cargada de incienso, rota por ardientes suspiros y por ahogados sollozos... cuando se oyó el paso de uno que se acercaba por dentro de la Iglesia; él la abandonó, y ella salió precipitada.

Apenas había llegado al camino, arreglándose la ropa con las manos convulsas, cuando oyó en medio de la niebla la voz de él, angustiada y suplicante:

—Perdóneme. He sido un infame. No lo volveré á hacer jamás: ¡lo juro por mi alma!

Ella no se volvió, corrió á la escuela, subió á escape á su cuarto, y echándose de rodillas ante el retrato de su padre, rompió á llorar.



XXIX

Un triste presentimiento, sin embargo, de que este había de ser el último encuentro y de que algo se agitaba en los aires más grave todavía que el acto violento que acababa de cometer, le privó de dar paso alguno. Y no sólo esto, sino que en el momento de presentarse en la clase se encontró con más valor del que esperaba tener, quizá por efecto precisamente de este mismo presentimiento, que le anunciaba un término, cualquiera que él fuere, á sus angustias. En el pasillo, mientras los alumnos iban entrando, el portero la detuvo, diciéndole con el semblante inquieto:

—Cuidado, señora maestra, porque... he oído ciertas conversaciones: esta noche va á ser ¡de las buenas!

Entró: la clase estaba completa, no obstante el frío y la niebla espesísima que cu-

bría el campo como una inmensa nube de humo.

Y era más fuerte que nunca el olorillo á tabaco, grasa de máquinas y aguardiente y bebidas.

Cuando se halló en la plataforma, se volvió hacia los escolares, el silencio era inusitado, y todos la miraban con una nueva expresión de curiosidad. Y en efecto, las sacudidas de todo aquel día, el llanto de hacía pocos momentos, el cansancio que la oprimía, habían afilado y ennoblecido todavía más su hermosa cara de niña grande, cuya delicadísima blancura hacía resaltar más y aparecer más pura, su vestido de lana negra; y había en su figura, alta y delgada, algo de la gracia lánguida de la enferma, que la hacía parecer más bella que las otras noches. Mirando rápidamente á todos sus alumnos pronto reconoció que no faltaba ni uno siquiera de sus atormentadores, incluso Muroni.

Apenas se había sentado, abrióse la puerta y se presentó el maestro Galvallo. Ella desconfiaba ya de que mantuviese su palabra, y se alegró.

En el modo de entrar, meneando su gruesa cabeza melenuda, pisando fuerte y fulmi-

nando terribles miradas sobre los bancos, era de prever que les soltaría una reprimenda fuerte. De pie en la plataforma, en efecto, parecía en los primeros momentos sofocado por el enojo y por el peso de las palabras solemnes que iba á decir. Luego comenzó con el tono de la más afable familiaridad:

—No sé que he oído decir—hijos míos—á propósito de disgustos que existen entre vosotros. Me desagrada esto y no debe ser. ¡Qué diablo! ¿Quién ha de estar en buena armonía en este mundo si no lo están los obreros? Y además tengo entendido que no os portáis muy bien. No comprendo por qué. En mi clase están los alumnos que es un encanto (oíase en aquel momento un gran tumulto en su escuela). Mucho mejor deberíais cumplir vosotros por los respetos y miramientos debidos á la señora maestra. Ea, pues, sed buenos, y que no haya motivo de disgustos... si no queréis vosotros sufrir también las consecuencias. Y tenedlo bien presente—concluyó con una mirada muy significativa—que sólo con la concordia y con la instrucción, la clase obrera podrá *ma-du-rar* sus aspiraciones.

Lanzada esta frase que nadie entendió, se

fué de cuatro zancadas. Alguno de los muchachos se echó á reír; los mayores permanecieron mudos é indiferentes. La maestra, algo desilusionada, comenzó su lección.

Con gran asombro suyo la clase guardaba un silencio nunca usado. Y si al principio le produjo este hecho alegría, pronto fué motivo de inquietud. Observó en muchos semblantes una espectación meditabunda de algo que infaliblemente había de ocurrir sin tardanza; el pensamiento fijo de una acción concertada por un cierto número de alumnos, entre los cuales y Muroñi, más perturbado que nunca, se cruzaban continuas miradas escrutadoras. Hasta el bruto Maggia, tío, tan extremadamente atento á las lecciones las demás noches, le parecía distraído é inquieto. Desgraciadamente, sus presentimientos no la habían engañado. Lo que más cuidado le daba, sin embargo, era la cara de bronce del chiquito Maggia, en la cual se destacaba la provocación, la risa impertinente y miserable del discolo sin conciencia y sin corazón, que sabe que tiene guardadas las espaldas y se siente empujado á una mala acción, saboreando por anticipado el placer envenenado y la gloria infame que espera alcanzar.

Por vez primera evitaba encontrarse con las miradas de la maestra, bajando los ojos, y escondiendo su malvada sonrisa detrás de la sucia mano con que atormentaba el bozo incipiente. Cruzó por la mente de la maestra que la compañía le habría encargado á él lanzarle, en un momento dado, una grave ofensa para provocar á *Saltaventanas*. No obstante transcurrió una gran parte de la lección sin desórdenes. Quizá habían convenido en dar el golpe, ya al final, para que el conflicto inevitable pudiera seguir inmediatamente á la provocación. No ocurrió más que un incidente digno de notarse, una breve discusión literaria entre la maestra y Lamagna, á propósito de una palabra que éste había usado en el trabajo de composición. Había escrito:

—“Entró en aquel momento otro esterilizado.”

Á la maestra, que estaba en ayunas del lenguaje socialista, este participio puesto allí sin más ni más como sustantivo, para expresar el concepto de “obrero asalariado, esquilado por el patrono,” no le parecía inteligible, y á la explicación que Lamagna dió, hizo ella algunas observaciones gramaticales, que él acogió con una sonrisa de respe-

tuosa compasión. Por fin, cuando faltaba sólo un cuarto de hora para salir, viendo que desde distintos sitios se hacían señales para incitar á Maggia, sobrecogida de temor, tuvo la idea de prevenir lo que iba á ocurrir, descendiendo valerosamente entre los bancos y acercándose con ademán benévolo al muchacho para mirar su cuaderno.

Pensaba ella que este acto de cortesía le haría desistir de su propósito. Y en efecto, logró impedir lo que habían proyectado, que era arrojar sobre la mesa un objeto indecente, pero fué peor quizá.

Mientras ella estaba inclinada sobre el banco tocando casi con su cabeza la de él, éste le pasó un brazo por la cintura.

Una gran carcajada estalló en varios bancos.

La maestra se desprendió lanzando un grito; Muroi se lanzó sobre el banco para caer sobre el muchacho.

—¡Muroi!— gritó la maestra con todas sus fuerzas.—¡Á su sitio!

Muroi volvió á sentarse mordiéndose los puños. La maestra mandó salir de la escuela al muchacho. Éste cogió sus libros y se fué contoneándose; pero, al llegar á la puerta se volvió para lanzar á Muroi una mirada des-

preciativa, quien, rechinando los dientes, le hizo una seña con el brazo tendido:

—Espera.

La maestra tornó á su silla sin sangre en las venas, y con un temblor violentísimo, no tanto por la afrenta recibida, cuanto por las consecuencias inmediatas que preveía. Un silencio profundo, que la llenó de terror, se produjo en la clase. Todos se habían puesto meditabundos. Muroi tenía una expresión de odio y de firmeza tal, que bien daba á entender que no habría palabra humana capaz de removerle. El resto de la lección pasó para la maestra como un sueño confuso. Oyó el silbar burlón de Maggia que debía estar en el camino y próximo á la puerta. Hubiera querido mandar al portero que avisara á los guardias; mandar á llamar al maestro; obligar á Muroi á que permaneciera en la escuela; pero no pudo hacer nada de esto: su mal orgánico, aquella terrible debilidad de la espina que la privaba de la voluntad del movimiento, de la voz, se había apoderado de su cuerpo, la paralizaba y la ponía estúpida y le hacía sentir las ansias de la agonía. El toque de la campanilla que anunciaba el fin de la clase le causó el mismo efecto que el de la campana que anunciara el momento

de su muerte. Se dejó caer sobre la silla abandonando la cabeza sobre las manos.

Muroni fué el primero que salió ó más bien el primero que desapareció, atravesando la escuela como un rayo. Todos los demás se precipitaron fuera en desorden, los unos para ir á defender á Maggia, los otros por ir á ver, los más prudentes por no encontrarse en el campo de la lucha. La maestra vió pasar entre éstos como una sombra á Perotti y á su hijo, y tuvo bastante fuerza para llamarlo:

—¡Perotti!

Como para recomendarle que se interpusiera; pero él se largó sin responder llevándose consigo al muchacho espantado.

En este momento comenzó á oír gritos desesperados en el camino, y poco después vió entrar en la escuela ya vacía al portero, con la cara pálida y como buscando refugio.

—¿Qué ha ocurrido?— preguntó la maestra.

—*Saltaventanas* ha dado un golpe á Maggia el pequeño,— contestó, saliéndose en seguida para que no le mandasen acudir al lugar del suceso.

Oíase entre tanto en el camino un ruido confuso de gritos y de pasos precipitados. La maestra salió de la escuela, apoyándose en las paredes, y subió á su habitación, donde

oyó las voces de espanto que daban la Baroffi y la Latti en el cuarto inmediato. Los gritos y los pasos precipitados parecían alejarse. Recobrando ánimos corrió á abrir la ventana y se asomó.

La niebla espesísima todo lo escondía á distancia; mas pudo ver al reflejo de la luz del farol al pie de la ventana, en el suelo, algo como mechones de cabello esparcidos y un garrote. Más allá era una obscuridad densa y misteriosa de donde salían gritos ahogados que ya se oían lejos, ya se acercaban, como si fueran de gente que se perseguía, yendo de una parte á otra:

—¡Por aquí!

—¡Por el otro lado!

—¡A él!

—¡Asesino!

—¡Atravesarlo de parte á parte!

Tres ó cuatro sombras cruzaron corriendo por delante de la escuela, desapareciendo por detrás de la Iglesia. La maestra oyó golpes secos y tremendos dados quizá con palo sobre un cráneo; luego un grito agudísimo, furibundo, como el rugido de un fiero herido:

—¡Asesinos!

Luego gritos sofocados:

—¡Largo!

—¡Sálvese el que pueda!

Y vió pasar á escape en la niebla otras sombras, por debajo de su ventana, y un momento después, otros que por los sombreros le parecieron guardias civiles. Ya no vió más, reinó luego profundo silencio sepulcral.

Separóse del antepecho, y sin pensar en cerrar los cristales, tambaleándose y oprimiéndose el corazón con la mano, corrió á su lecho donde se dejó caer agotada.

Á los pocos minutos oyó entrar á la Baroffi, angustiada, haciéndole muchas preguntas á las cuales no contestó. Ayudóla á levantarse y juntas se encaminaron á la otra ventana, que daba al patio, y donde se oían varias voces; la abrieron: el maestro Galvallo daba gritos animando al portero para que fuera á recoger noticias, repitiéndole que todo había concluido ya. Él se mostraba recalcitrante repitiendo:

—¡Ah, claro, todavía me pueden prender... como testigo!

El maestro barbarizaba lanzándole toda clase de epítetos, pero sin darle el ejemplo.

Volvieron á la otra ventana. En la calle, entre la niebla, se veía un ir y venir de luces y se oía el murmullo de mucha gente. De pronto estallaron los gritos y los sollozos de

una mujer. La Varetti reconoció aquella voz y se abandonó entre los brazos de su amiga, que la arrastró casi á su cama.

Al cabo de algunos minutos, volvió á reinar un gran silencio.

La maestra Baroffi reanudó sus preguntas:

—Alguno había sido herido ó muerto. ¿Ocurrió algo en la escuela? ¿Cómo comenzó la pendencia? ¿Qué ha ocurrido?...

—Nada sé— respondió la Varetti temblando;—no puedo hablar, no me diga nada.

Su amiga volvió á asomarse á la ventana que daba sobre el camino y exclamó:

—¡Oh, Dios mio!... Han venido á llamar al párroco.

La Varetti rompió á llorar.

En aquel momento llamaron á la puerta. Eran el maestro y la maestra Galvallo que pedían permiso para entrar y dar y pedir noticias. La Baroffi les advirtió que callasen, señalando á su amiga tendida en el lecho. Pero el maestro dijo con su voz de bajo:

—Han herido á *Saltaventanas*. Hay varios heridos.

Pero al oír llorar á la Varetti se retiraron los dos para asistir á la Latti que se había metido en cama, diciendo que había llegado su última hora.

Ambas maestras permanecieron algún tiempo en silencio. Tres fuertes golpes dados en la puerta del patio las conmovió. Oyeron la voz del portero que parlamentaba desde dentro antes de resolverse á abrir.

—¡Pronto!—gritó una voz de mujer impaciente.—¡Una comisión del señor Párroco!

La Varetta, por instinto, presumió que el recado era para ella, y adivinó lo que era, y por uno de esos cambios bruscos que se verifican en las almas buenas y nobles ante la voz de un gran deber, sintió que le desaparecía de repente la debilidad, el miedo, la repugnancia, y con arranque generoso gritó:

—¡Voy!

Y cogiendo su abrigo, bajó corriendo, seguida con trabajo por su amiga.

Era tal como lo había pensado.

La mujer venía de parte del Párroco y de la madre de Muroi á suplicarle que fuese al lado del herido.

—¡Héme aquí!—contestó la muchacha, y dejando estupefacto al portero por su valor, sin contestar á la Baroffi, que le aconsejaba que diera alguna excusa plausible, se lanzó por el camino acompañada de la mujer.

XXX

Corría tanto, que la mujer, que llevaba un farol en la mano, apenas podía seguirla con trabajo. Corrían sin hablar. Pasaron envueltas por la niebla cerca de varios grupos de curiosos que iban de un lado á otro del camino, mirando al suelo, buscando rastro de la sangre y comentando el suceso. Al llegar al extremo vieron una multitud delante de la taberna de *La Gallina*, y al volver por una calle, grupos en las esquinas y delante de las puertas abiertas é iluminadas.

Frente á la carnicería encontraron dos guardias civiles que llevaban uno maniatado, seguido por mucha gente que hacía gran ruido.

La Varetta volvió el rostro á otra parte, la niebla impidió á la mujer reconocer al detenido.

—¡Ah, ya han preso á otro!—exclamó.—¡Asesinos! ¡Diez contra uno!

La casa de Muro ni estaba al lado del estanco. La maestra la reconoció antes de verla, por la mucha gente que había agolpada delante, y que se abrió en dos alas, mirándola con viva curiosidad, para dejarle el paso libre.

Al pasar oyó algunas palabras sueltas que la estremecieron.

—La punta del cuchillo—decía uno,—ha llegado hasta la médula espinal, ¿comprendes? no es posible hacer nada.

Apenas pisó el primer peldaño de la escalera, oyó los sollozos de la vieja, y estuvo á punto de faltarle el valor, pero logró vencer este primer momento de debilidad. Subió precipitadamente, vió una puerta abierta y una luz, y entró derecha.

La vieja corrió á su encuentro como una loca, agitando las manos, sollozando:

—¡Se muere! ¡Se muere! ¡Dios de misericordia! ¡Pruebe usted! Ha rechazado el Crucifijo. ¡Muere como un desesperado! ¡Sálvele usted el alma, por amor de Dios, por amor de sus difuntos, sálvele el alma, si todavía la reconoce!

La maestra entró con decisión en una pequeñísima alcoba desnuda y blanca, y vió al herido en el lecho, desfigurado y blanco,

con las señales de la muerte en el semblante, con los cabellos enmarañados, la camisa ensangrentada, descompuesto, furioso, blasfemando, rechazando de su lado al Párroco que le presentaba el crucifijo, blandiendo los puños por el aire, exánime, avanzando ya la parálisis hasta privarle de la respiración.

En un rincón, el grueso médico rubio se lavaba tranquilamente las manos en un cubo. Por todo el cuarto había un horrible desorden de mantas y harapos ensangrentados.

El viejo cura, con aspecto resignado, entre una y otra tentativa para ver si lograba hacer besar la cruz al moribundo, la limpiaba con la mano el polvo que se le había pegado en el suelo á donde aquél la había arrojado de una manotada.

La maestra se acercó valerosamente á la cabecera.

Apenas la vió se quedó de pronto tranquilo, mirándola fijamente con los ojos ya velados por una finísima tela húmeda y vidriosa, y como poseído de profundo estupor.

La madre, de pie á su lado, le dijo llorando:

—¡Hijo mio! Mira, hijo mio: es tu maestra: ¿No la reconoces?

El párroco aprovechó aquel momento para aproximar el crucifijo á su cara; pero él lo rechazó con ademán violento, sin separar los ojos de la maestra.

Una ligerísima sonrisa brilló en sus ojos y en su boca; y anhelante, y tendiendo una mano incierta hacia ella pronunció algunas confusas palabras.

—*¡Dios mío!*—exclamó la madre juntando las manos.—Ha dicho *¡Dios mío!*

No había dicho *Dios mío*. Sólo la maestra había comprendido sus palabras, porque, con muy otra voz, y en muy otros momentos ya se las había oído decir varias veces:

—*Déme un beso*—había querido decir.

Y en aquel terrible momento le sobreco-
gió la piedad y una profunda ternura, al pensar que él moría por ella: cogió con su mano izquierda la mano izquierda de él, y poniéndole su derecha sobre la frente se inclinó y le besó en la boca.

Cuando levantó la cabeza, le encontró transformado.

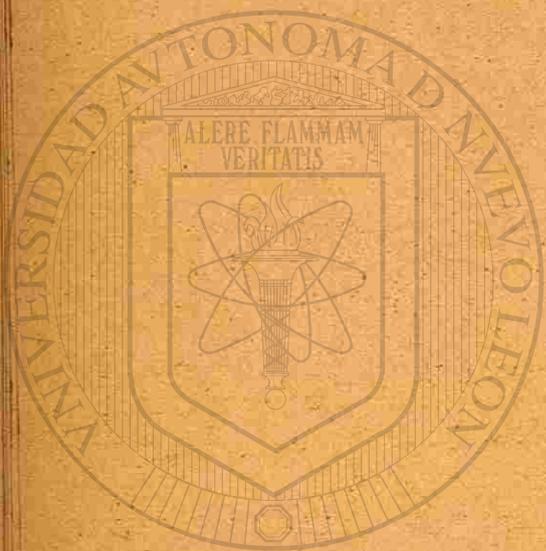
En su semblante se veía una expresión tranquila y bondadosa de gratitud. Lentamente y sin soltar la mano de la maestra, y sin dejar de mirarla, extendió la otra mano hacia el cura, cogió el crucifijo, lo acercó á

la boca y lo besó; luego lo apretó contra su pecho.

La madre no pudo contener un grito de reconocimiento hacia Dios y cayó de rodillas, abandonando su cabeza sobre el costado de la maestra.

El herido siguió con la mirada fija en ella, y con la mano en la suya, hasta espirar.



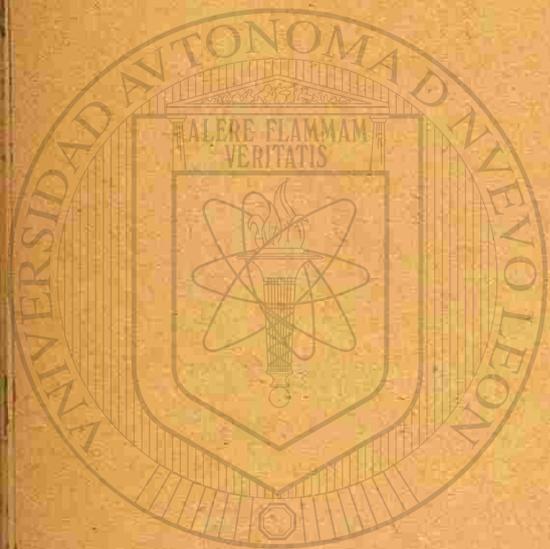


UANE
LATINORUM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE...
1982
MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIÓN
CARRANZA

I

Este era... un picapedrero de aldea, que, a pesar de haber dejado la profesión, quedó tan montaráz de costumbres y modales como cuando comenzó a labrar su fortuna á fuerza de trabajar, en calidad de contratista de casas y carreteras; y seguía habitando donde había nacido, en un pueblecillo, medio salvaje, de Valle Maira, no bajando á Turin sino una vez al mes para sus negocios. Apenas llegaba, solía ir al Instituto-gimnasio de Brofferio, generalmente á la salida de las clases de la mañana, para esperar á un su hijo, que tenía de huésped en casa de una pariente suya, comerciante. Era difícil de comprender cómo se le había puesto al tal picapedrero en la cabeza el dedicar á

estudios literarios á aquel de sus hijos, cuando los otros estaban dedicados á las faenas mecánicas del campo, y las hermanas ocupadas de llevar las cabras á pastar, y cuando parecía que aquel pedazo de adoquín alpino no podía servir para otra cosa que para el oficio del autor de sus días. A no ser que aquella idea de que su hijo estudiase le hubiese brotado en el cerebro, en Grecia; donde estuvo nuestro hombre trabajando un año, como contratista de un trozo de ferro-carril. Y allí debió germinar la tal ocurrencia porque desde la clásica nación escribió á un hermano suyo, dándole la orden de que aquel sucesor de su nombre, entrase á la segunda enseñanza tan pronto como terminase sus estudios en la primaria.

Yo conocía de vista al pequeño escolar, y recibía noticias de él por mediación de cierto compañero suyo de clase que me tocaba muy de cerca. Había pasado de la Escuela al Instituto, con asombro de todos, por una equivocación en la votación del tribunal de examen de ingreso. Era un muchachote sano y robusto, de aspecto benévolo, un tanto soñoliento, en todos sus movimientos acompañado, lleno de miramientos y cuidados por su ropa burda no por vanidad, sino por espíri-

tu de economía, y sobre todo por sus gruesos borceguies de clavos que examinaba á cada paso con ojo inquieto y avizor. A decir verdad, ni la vida de la ciudad ni los estudios habían conseguido afinarlo ni en poco ni en mucho ni en nada. Marchaba siempre como los paletos, á grandes zancadas y oscilando, saludaba con ademanes cómicos quitándose el sombrero como quien levanta la tapadera de una olla y sin levantar la vista del suelo. Servía de diversión á sus camaradas por su singular manera de pronunciar el italiano, como si diese vueltas en la boca á unas pildoras; y cada frase suya que surgía de sus labios, parecía que era consecuencia de una pildora que consiguió tragar. El primer día de clase, el profesor le hizo repetir siete veces, aunque inutilmente, la palabra *tergiversación*, que él pronunciaba *tregirvezasión*, haciendo un gesto como si tragase un casco de naranja. El latín, leído por él, resultaba inglés. Para curarlo de sus trabalenguas el catedrático le había aconsejado que se ejercitase en declamar en alta voz versos difíciles y tiempos y personas de verbos extraños como *estalaclitifiquémonos*, etc.

Mas el pobre chico, cuando debía en clase deletrear alguna palabreja intrincada que

saltaba en la lectura ó la lección, formaba una ensalada tal de sílabas que la clase entera soltaba estrepitosas carcajadas. También la infeliz criatura se ejercitaba en secreto en tales y otras gimnasias; pero era invenciblemente rebelde al latín y á los ejercicios de composición italiana. Tenía una tal pobreza de imaginación que era incapaz de escribir ni decir más de diez palabras seguidas sobre cualquier tema. No podía comprender qué más podía decirse, por ejemplo, en la descripción de un temporal ó de una nevada que *nevó ó estalló una tormenta*, juzgando todo cuanto se añadiera como palabras superfluas. En los exámenes mensuales sudaba la gota gorda sobre los cuadernos, como si estuviera tomando un baño turco, y no salía del primer párrafo, ó lo escribía veinte veces variando el orden de las palabras, barajándolas, con giros y contorsiones de sintaxis que le ponían á uno la piel de gallina.



II

Vi por primera vez á su padre una mañana de Enero, en los claustros del Establecimiento, mientras esperaba á su chico. Era un hombre rollizo, con larga cara achatada, y erizada barba roja, un poco cojo, vestido á lo albañil en domingo, y armado de uno de esos gruesos bastones que se llaman en lombardo *paga deudas*. Tenía aspecto petulante y áspero como casi el de todos aquellos que han hecho á duro precio su fortuna. Por los bruscos movimientos con los cuales volvía la cabeza á derecha é izquierda, comprendí que iba allí por primera vez, y que jamás había visto un centro de enseñanza de aquella clase. Al llegar delante de la Dirección, se paró á ver los bustos de los cuatro Poetas, colocados á lo largo del muro, y se acercó á Petrarca como si quisiera emprenderla con él. Supe después que los había tomado por retratos de profesores muertos.

Dirigió la palabra con ruda franqueza á los bedeles, á mi, á otros padres de estudiantes, que esperaban también. Se adivinaba que gozaba de una cierta satisfacción de amor propio en respirar aquel ambiente del templo de la ciencia en medio de aquellos cartelones de botánica, de aquellos bustos y aquellas inscripciones.

Pero cuando se abrieron las puertas de las aulas y empezaron á salir por todas partes de tropel interminables filas de alumnos de todas clases, estatura, y vestido, se quedó estupefacto y turbado: no esperaba sin duda que su hijo tuviera semejante muchedumbre de compañeros y miraba aquel ejército de futuros abogados, ingenieros y doctores con la cara del aldeano que mira en el horizonte la negra nube de la langosta.

Pero lo peor fué el final de la salida: las alumnas grandes y pequeñas, algunas vestidas con elegancia y peinadas poéticamente, éstas bellas, aquellas con rostro atrevido, la de más allá con pantorrillas un tanto desarrolladas. Precisamente aquel año era un hormiguero femenino. Que hubiese *estudiantus* del sexo débil, lo había oído decir; pero la realidad visible y palpable le produjo un efecto de algo nuevo y desagradable.

Observé que miraba á una después de otra con semblante severo que expresaba todo el fondo de sus pensamientos. Sin duda alguna que, aquel enviar las muchachas á la escuela con los niños, y á la escuela donde se enseña el latín le parecía una locura, un escándalo, un peligro grave y bastaba aquello, sin más, para formar de las mismas niñas y de su respectivas familias un concepto deplorable. Y no pudiendo resistir á la tentación de dar rienda suelta á sus impresiones, al pasar una de las más espigadas me preguntó:

—Pero ¿qué es esto? ¿Hay en todas las clases...—comprendí que hubiera querido añadir...—de esta infección?

Y permaneció pensativo y cejijunto.

Fué extraña la acogida que dispensó á su hijo. Este vino hacia él plácidamente, como si se hubiesen visto una hora antes, mientras que no se veían hacia un mes. No llevaba el chico otra prenda exterior que una chaqueta á pesar de hallarnos á la sazón en el corazón del invierno; pero aparecía tan hinchado por el abrigo interior de varias capas, que cualquiera lo hubiera tomado por uno de esos artistas ecuestres que en los circos se desnudan quedando en cada

vez revestidos de distinto traje. El padre no lo besó no le apretó la mano: le miró solamente el calzado y la ropa. Después le preguntó con brusquedad.

—¿Cómo va el latín?— Mas al percibir al profesor no esperó la respuesta y dirigióse á él á informarse.

Ya estaba yo en el último peldaño de la escalera, cuando ví bajar precipitadamente al chico con el semblante descompuesto por la pavora y á poco al padre que le perseguía para apalearlo.

Los informes no habían sido satisfactorios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D

DIRECCIÓN GENERAL DE B

III

Un mes después le volví á hablar y me quedé asombrado al escucharle que una de las razones por que había puesto al chico en la segunda enseñanza, era porque *quien no sabe latín no sabe italiano*. ¿Quién diantre le había metido en la cabeza semejante idea? Y repitió varias veces lo mismo, aunque indudablemente sin darse cuenta de lo que decía y añadiendo:—*Sin eso, un hombre no es hombre.*

En suma, me las había con un *clasicón* de los más rigurosos. Luego me apuntó sus ideas en materia de educación. Educaba al hijo con mucha rigidez, como lo habían educado á él mismo, que, á los doce años, había salido con un duro en el bolsillo de sus montañas en busca de fortuna; y desde aquel día, no había costado un céntimo á su familia. Comparados con los sufrimientos que

él había pasado, estudiar latín era una delicia. Por esto no quería que su hijo se criara en la vida cómoda. Llevaba la cabeza rapada hasta en invierno; nunca capote ni abrigo exterior; camisa de tela basta; comer, pan seco por las mañanas, y ¡ay de él! si se hubiese lavado una sola vez con agua templada.

Con tales ideas, fácilmente se comprenderá el efecto que le producirían la mayoría de los estudiantes que veía á su alrededor. No los podía compadecer. Aquellos varales de tercero y cuarto año que llevaban todavía pantalón corto; aquellas marmotas de una tercia de altas con gabanes que les arrastraban, con grandes cuellos planchados, con puños, guantes y relój, cuando pasaban á su lado, le hacían estremecerse de cólera y desprecio.

La tercera vez que vino á Turín, me declaró su pensamiento de una manera tan clara y expresiva como gráfica y naturalista:

—¿Sabe usted que la educación que se dá á los muchachos en Turín es una gran M...?

Había observado que los chicos al encontrar á sus padres, ni uno se quitaba el sombrero. Aquello era ganas de sacar adelante

un montón de danzantes, á la fuerza. El tenía que volver la cara á otro lado cuando presenciaba aquellas escenas para no decir una desvergüenza á los padres. Lo mismo que ver á los niños de diez años que en cuanto salían de las clases, se ponían á fumar en la calle: al verlos, se le subía la sangre á la cabeza; el día menos pensado acabaría por arrancarle el cigarrillo de la boca al primero que pasase; en realidad, cada vez que venía al establecimiento tenía que tragar mucha saliva. Y sobre todo, lo que más lo excitaban los nervios eran *las estudiantas*. Cierta día me dijo:

—Pero, dígame, ¿qué quieren ser todas estas... mujeres?

—Respondile que pretendían pasar á la Universidad para tomar el grado de licenciado en Medicina.

—¿Para ejercer la profesión?—preguntó.

—Naturalmente, le repliqué.

No añadió palabra, mas se puso á menear la cabeza, siguiendo con mirada torva á todas las muchachas, hasta que se perdían en el claustro.



IV

Andando el tiempo, averigüé otra cosa verdaderamente original.

Con objeto de que el chico verificase rápidos progresos en latín, alguien le sugirió la idea de que le obligase á que le escribiera siempre en la lengua del Lacio, y que si no, no le mandase lo que el estudiante le pidiera.

El padre, con efecto, había puesto por obra el consejo. Se hacía traducir las cartas por un amigo suyo cura, y él las contestaba en italiano. Pero el pobre muchacho, incapaz aún de amontonar cuatro palabras en latín, no escribía por cuenta propia, sino que se valía de cualquier compañero amigo de algún aventajado de clases superiores, los cuales le vertían aquella prosa que él hilvanaba en un latín caprichoso, *sui generis*, riéndose los traductores más tarde á su costa y sus espaldas de la correspondencia y el

corresponsal; y las frases más chistosas estampadas, corrian luego de boca en boca.

Así, supe que en cierta ocasión, teniendo el chico necesidad de dos camisetitas de lana, le hicieron escribir *duo indusia ex lana*, y el cura traductor no consiguió adivinar qué pedía. Otra vez, necesitando un paraguas, sus secretarios no encontraron mejor manera de denominarlo que *instrumentum quod nos a pluvia defendit*. Pero la perla más preciosa fué la frase con que tradujeron su queja contra el ama de la casa de huéspedes; porque hacía diez días que no le daba de comer más que menestra de coles y patatas. *Ad te scribo, pater, ut querar quod jamdiu domina domus mea nihil aliud mihi quam jus cum oleribus et terrestria tubera praebeat*. Esta carta era de uno ya de último año. En resumen, el pequeño montañés ó montaráz, á pesar de su admirable buen deseo, no sólo no adelantaba un paso en la lengua madre, sino que, antes bien, parecía que los daba hacia atrás.

La literatura no se le pegaba por ningún lado. Leía el enunciado de un problema de aritmética y una estrofa de Berchet, con idéntica entonación, y continuaba fabricando aquellos embriones de ejercicios de com-

posición. De aquí que las notas malas se repetían constantemente, y el padre comenzó á exasperarse. Una mañana que estaba esperando en un café vecino al Instituto, cuando el chico llegó, le arrancó de las manos las *Fábulas* de Fedro, y abierto el libro al acaso y señalando con el índice un verso, le gritó:

—¿Qué dice aquí?

Y el muchacho, poniéndose como la grama, respondió que no comprendía.

—¿Cómo? replicó el padre, ¿ni siquiera estos renglones tan pequeños.

Y murmuró moviendo la cabeza:

—Tengo miedo de que hagamos una mala *especulación*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D

DIRECCIÓN GENERAL DE BIB

V

Su exasperación fué en aumento siempre, manifestándose especialmente contra los signos que creía ver por todas partes de una abominable corrupción. La emprendía con los escolares que jugaban al billar en el café de allá; con los que tomaban el tranvía para regresar á casa; con los de los últimos años que venían á clase en los días de mal tiempo con botas altas. Un día se desbordó porque vió llegar al Instituto á un joven en velocípedo, acompañado de un criado:

—¿Pero á dónde vamos á parar? me dijo; ¡son cosas inauditas! ¿cómo permiten los profesores?... Me parece que todo esto es una jaula de locos. ¡No comprendo una palabra; vamos, no lo comprendo!

Y miraba á todos de reojo.

Lo peor del caso era que aquella figura ruda y áspera, había principiado á ser advertida y comentada por la escolaresca. Los

muchachos, adivinando la antipatía que le inspiraban, al pasar al lado del antiguo picapedrero se tocaban con el codo, mirándose con aire burlón. Él se irritaba cada vez más, y se quedaba mirando á los más atrevidos, murmurando palabras provocativas.

—¿Qué quiere aquel malignillo para mirarme así? ¿Qué se le ocurre á aquel otro reyezuelo con sus zapatitos de *señorita*?

Odiaba sobre todo á un alumno de tercer año, el cual, al pasar por delante de él, le pitaba con un silbato (figurando un gallito) que llevaba en la corbata; cuyo pito sonaba gracias á un tubito de goma unido á una perita, también de caoutchouc, que ocultaba el jovenzuelo en un bolsillo del pantalón.

—El mejor día le doy una lección;—murmuraba mirándolo con ojos de halcón.—¡Y pensar—segua,—que habrá gastado un duro en aquel aparatillo de juguete! Francamente, palabra de honor, si hubiera sabido qué mundo era éste, no habría traído aquí á mi hijo. ¡Mundo podrido!—repetía con frecuencia.—Y para darme una prueba más de que tenía razón en hablar así, me dijo que había visto por las calles un magnífico carruaje con un tronco de caballos, cochero y lacayo, que todos los días iba á recoger á los estu-

diantes, no sabe á qué colegio.—¡Ah, esto sobrepuja á todo!—exclamó con sonrisa irónica.—No falta más sino acostarlos en la escuela para que estén cómodos, y darles una teta entre lección y lección. ¡Qué estenuada raza! ¡Mantengo que va á acabarse el mundo!

VI

Continuando la granizada de las malas notas, aunque él era muy severo con el muchacho, empezó á incomodarse también con los profesores, haciéndoles observaciones y recomendaciones singulares con respecto á la enseñanza, las cuales les habrían ofendido, si no les hubiesen divertido. Conmigo también se lamentaba. — No explicaban las cosas claras—decía,—no piensan más que en hacer papelón con grandes discursos; pero no tienen paciencia para hacer entrar bien las cosas en la cabeza de los chicos. Después siguió discurrendo, asegurando que era una enseñanza insustancial.—¿Sabe usted que hace cuatro meses que se están ocupando con la historia del asno, del buey y de la zorra? No se puede uno extrañar de que los muchachos sean cada vez más aborricados. Me río yo de sus latinajos ó *latinorum*, como

dicen ellos, si no sirven para otra cosa. Ya estoy ahito.

El latin no era ya más para él que latinajos ó *latinorum*; y sin embargo, si le hubiesen aprobado áquel año al hijo, aunque no fuese por otra cosa que por mantener el honor de su nombre, en el Valle de Maira, le habría hecho al infeliz que siguiese los estudios.

Entre otras ocurrencias dejó escapar la sospecha de que el chico se había distraído en los estudios por culpa de las *estudiantas*. Precisamente en su clase había siete; nuestro hombre las conocía á todas y las miraba con aire de inquisidor, las escrutaba con la imaginación, parecía que las husmeaba de un extremo á otro de los corredores; á una, sobre todo, á una morenilla con lentes, con pelo rizado, graciosísima, la cual debía parecerle oso de montaña, dominado por un concepto fantástico de la corrupción de la ciudad, un mónstruo de precocidad sensual y de refinada coquetería.

—Mire usted que cara,—me decía—aquélla... ¡Ah, querido amigo, ya se vé que no conoce usted lo que es el mundo! ¡Si usted hubiese visto lo que tengo visto yo!... ¡Virgen Santísima, qué escuelas!

Y habiendo sido comprendida su aversión á las alumnas, también por esto llegó á ser objeto de curiosidad y de todo género de burlas por parte de los estudiantes, hasta el punto de que el día menos pensado estallaría algún conflicto. Una mañana, con efecto, ocurrió un medio alboroto, porque habían visto á un chico que tenía en las manos un número de *La Luna* con un grabado de mujer desnuda, nuestro héroe hizo la demostración de ir á arrancarle el periódico, diciéndole que debía avergonzarse; y un grupo de estudiantes le dió una grita en medio de la calle con este motivo. Otra vez vino bufando á decir que había visto apostarse pilluelos al pie de la escalera para mirar de abajo á arriba á una muchacha que bajaba, y que él los había tratado *de marranos*. Quería ir á ver al director, y habría recurrido hasta al gobernador de la provincia. ¡Ciertamente que su hijo había caído bien en semejante sitio para aprender educación!... ¡Y todos aquellos profesorones que no veían nada, que no sabían nada!... ¡Hubiera querido mandar él,—añadía blandiendo el bastón,— y en veinticuatro horas todo habría entrado en caja!... Naturalmente, la primera medida habría sido echar á la calle á son de tambor

á aquellas señoritas, para que fueran á “hacer media,” á sus casas.

Hacia fines de año tuvo también un motivo de disgusto.

Se fué á pedir informes al profesor de literatura una mañana, en la cual, precisamente su chico recitando la lección, que era un trozo del *Celeo* de Baldi, había, con su bárbara pronunciación, suscitado en la clase una hilaridad irrefrenable. El profesor aconsejó al padre que hiciera por corregir el defecto de pronunciación por algún maestro especialista en la materia, obligándole á dar lecciones de semejante materia de ortofonia.

—¿Pero cómo es eso, cuando hace un año que está dando lecciones de corrección de pronunciación?—exclamó el padre algo sorprendido.

El profesor permaneció asombrado. Después de un instante dijo:

—¡Entonces... no hay nada que hacer!

Así era, en efecto. El pobre muchacho por librarse de las burlas de los compañeros, había inducido á su padre desde principio de curso para que lo enviase á dar lección á casa de un pobre diablo cuyo nombre y señas leíase en un cartelito colgado en un

puesto de periódicos, con el siguiente anuncio manuscrito:

Verdadera escuela de lectura y de pronunciación toscana, para uso de los estudiantes de los gimnasios y de las escuelas técnicas.

Era un famélico ex comediante, que daba como toscana la pronunciación de Mondoví, y llevaba treinta céntimos por lección. Nadie en el mundo había tirado por la ventana más lastimosamente sus dineros.

Por lo demás, el profesor le dijo al padre una cosa bastante desagradable. Suplicándole que le dijera *francamente* si había hecho bien ó mal en insistir para que su hijo continuase los estudios clásicos, le respondió sin ambages que hubiera sido mejor en hacerle seguir otro camino; mas al oír esta verdad presentida y solicitada, como ocurre siempre, el padre, herido en su orgullo, se descompuso como un puerco-espín. Yo le encontré por la escalera rezando:

—Pues continuará el latín á despecho de todos. ¿Qué creen? ¡Porque no es hijo de un marqués! Se necesita nacer un santo para oír á estos orgullosos. ¡Oh! lo veremos, aun cuando tuviera que gastarme cien pesetas al mes en repasos. Pero tú—añadió, cogiendo por un brazo á su hijo y sacudiéndole fuer-

temente,—tú tienes que ponerte á estudiar hasta quemarte las cejas, ó voto á Dios que te meto en un barco y no vuelves á vér un céntimo en diez años. Porque lo he de conseguir, sí, lo conseguiré... ó no soy quien soy.

El muchacho estudió, estudió tanto que estuvo á punto de enfermar; pero reprobado en los dos exámenes de composición italiana y en el francés, ni siquiera le admitieron al ejercicio oral. Me encontré al padre con su hijo en los pasillos del Gimnasio el día que habían ido á enterarse de la notificación en medio de un ir y venir continuo de muchachos, de padres y de profesores.

Ya se había desahogado con el director, vapuleado á la víctima, y tomado su resolución; no le quedaba más que una rabia concentrada.

—Lo sabe usted ya—me dijo abordándome con la cabeza levantada,—le quito al muchacho del *latinorum*. Al profesor se lo he dicho en presencia de todos. Está decidido. No quiero que se acabe de embrutecer aquí dentro. Seguirá el camino que he seguido yo é irá más lejos que todos estos doctores llenos de viento... Por otra parte—continuó lanzando una torva mirada á dos alumnas que pasaban,—este no es un lugar aseado.

Yo le contesté con un ademán, echándolo á broma.

—Yo bien sé lo que me digo,—replicó guiñando un ojo.—Aquí no hacen fortuna más que los hijos de los peces gordos... y las muchachas. He comprendido el juego. Soy yo muy fino. Y no me cabe duda, además, de que mi hijo sabe lo bastante. No sabía yo otro tanto cuando comencé. Después de todo no se gastará la cabeza en aprender majaderías. ¿No es verdad?

El muchacho contestó con un movimiento de cabeza á aquellas palabras inusitadamente benévolas; pero parecía no entenderlas. Miraba en torno suyo, como si sintiera tristeza al tener que salir como un réprobo de aquel lugar, que, por otra parte, sólo fatigas y humillaciones le recordaba. De sus compañeros que iban y venían, alguno que otro le miraba con aire compasivo. Otros, reprobados como él, le dirigían miradas casi de envidia al saber que abandonaba para siempre aquel áspero camino, por el cual aún tenían ellos que arrastrar la cruz del latín y del griego.

Y se echaba uno á pensar mirando á estos y al envidiado, ¡cuántos no habría allí dentro y de ambos sexos, condenados tam-

bién por estúpida ambición de sus padres á forzar inútilmente sus facultades rebeldes, dejando dormir sólo aquellas que un día quizá les habrían dado el sustento y un buen nombre! ¡cuántos, en aquella lucha ingrata y humillante, consumían su ingenio y tomaban odio á los mismos estudios para que habían nacido ó envenenaban su alma con enojos y emulaciones impotentes, haciendo un interminable viaje en redondo para venir á parar á una tienda ó á la mesa de una oficina, á donde hubiesen podido llegar con brevísimo camino en línea recta, sin desengaños y sin afanes!

—Y *con esto*,—concluyó el "picapedrero,"—*no digo más*,—y así se hubiera ido sin escándalo ninguno, si al pasar por delante de la Dirección, donde había un grupo de profesores, riendo, creyendo que se burlaban de él y sintiendo hervir todas las vías adormecidas, dijo en alta voz, deteniéndose:

—¡Si, ciertamente que es cosa de reirse el haber hecho perder dos años á un muchacho! ¡Brava hazaña! ¡Vale la pena de que se hagan levantar estatuas después de muertos!—señalando los bustos de los cuatro poetas.

Al oír las últimas palabras los profesores se miraron á la cara, y, adivinando el equívoco, se echaron á reír con todas sus fuerzas.

—¡Eh, no se rían tanto!—replicó él perdiendo la cabeza.—Es una risa que suena á muerto, con algo de apetito que en todo se mezcla. ¡Oigan, oigan un poco, á ver si suena mejor esto!—y dando un golpe con la mano en el bolsillo del chaleco, hizo sonar el dinero.

El hijo, avergonzado, quiso llevárselo hacia la puerta. Entretanto habíanse acercado muchos estudiantes, formando ala á su paso, agolpándose á la salida, y haciéndose señas. Mientras estuvieron en los pasillos se contentaron con armar aquel rumor sordo que preludia la gritería, y él no pasó de pronunciar entre dientes palabras entrecortadas de amenaza:

—¡Si les cogiera uno á uno!... Si llego á enarbolar el palo... Fuera de mi lado, gente honrada...

Cuando llegaron á la calle, la demostración adquirió más fuerza. Los escolares comenzaron á mirarle:

—¡A la montaña! ¡Abajo, pierna corta!
¡Rústica progenies!

Él se volvió contestándoles:

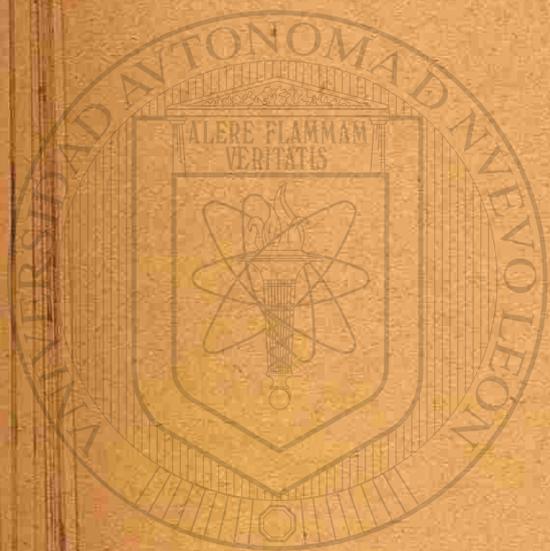
—¡Id á trabajar, ganapanes! ¡Asnos apollillados! ¡Latinorum de mis pecados! ¡Venid, si queréis que os acaricie las espaldas!

Los alumnos arreciaron en sus gritos, estrechándole entre sus filas. Él hubiera querido volverse y hacerles frente. El hijo, llorando, lo sacó de allí, llevandoselo por un brazo.

Pero cuando llegaron á la esquina más próxima, aún se volvió otra vez; titubeó un momento, como si buscase una injuria victoriosa; luego, encarándose, no sólo con la muchedumbre alboratadora que le perseguía, sino con el edificio de las escuelas, *videlicet*, con los alumnos; con los profesores, con el latín, con todas las glorias y con todas las vanidades del mundo clásico que le habían ofuscado y hecho traición, les saludó por última vez... ¿Cómo diría yo? ¡Oh, musa boloñesa, ven en mi auxilio!... les saludó con ademán indescriptible.

Luego, cojeando, se perdió de vista detrás de la esquina, llevándose consigo al pequeño latinista *fallido*.

FIN



ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
Advertencia.....	v
Un drama en la escuela.....	1
La maestra de los obreros.....	179
Latinorum.....	324

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



